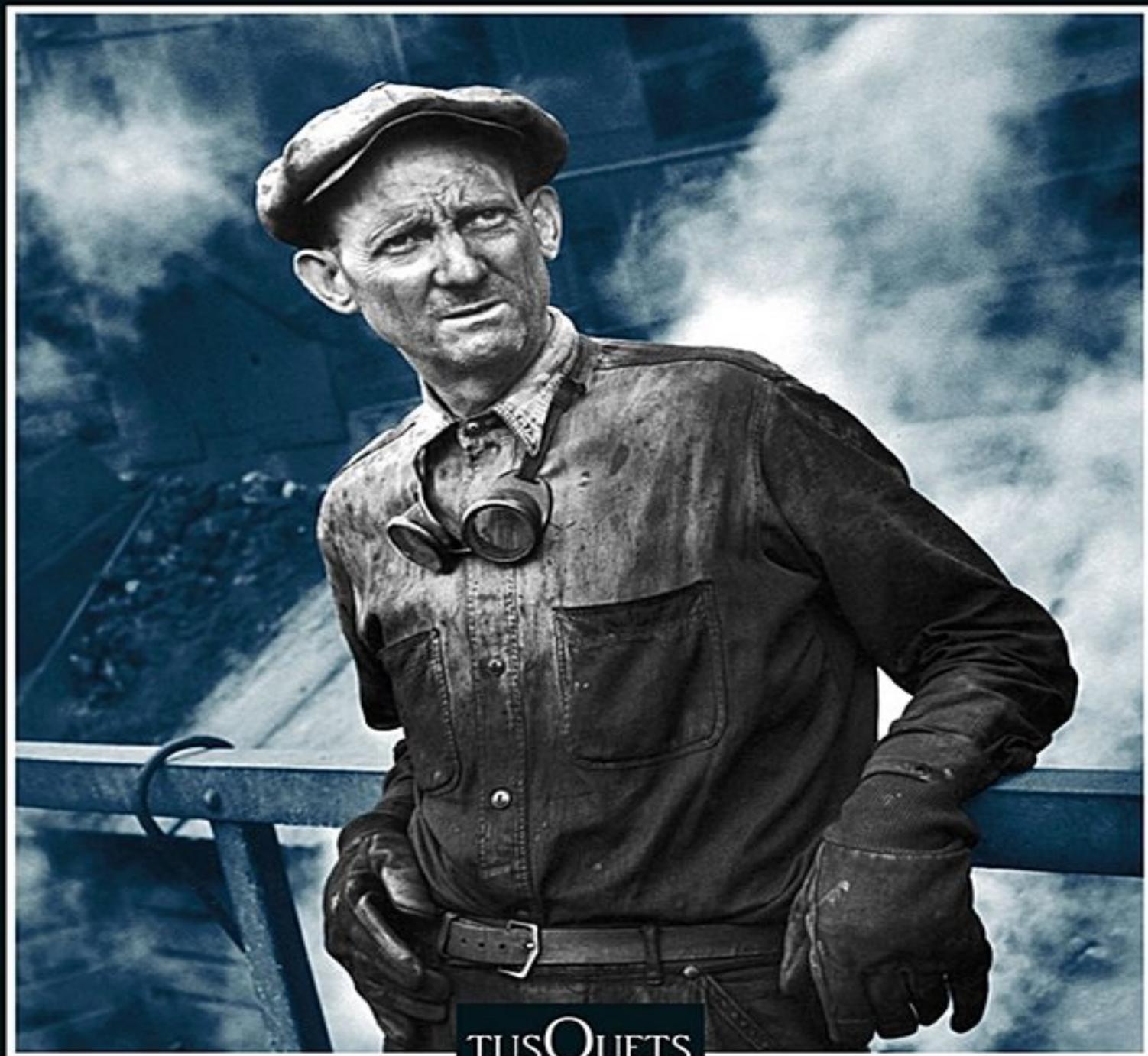


Henning Mankell
EL HOMBRE
DE LA DINAMITA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prefacio
La noticia
1962
1911
La isla
Las hermanas
Los golpes de remo
Oskar Johansson
El accidente
Las palabras clave
Elly
Oskar Johannes Johansson
Magnus Nilsson
Elvira, la hermana de Elly
El miembro del partido
El iceberg
El jubilado

Oskar Johansson, cuarenta y cuatro años
El cartel
El proceso de revelado fotográfico
De una sola explosión y saluda de mi parte
El verano de 1968
Los recuerdos
El bastón de verano
Oskar Johansson 1888-1969
Después
Notas
Créditos

Sinopsis

Norrköping, Suecia, 1911. Los periódicos locales dan brevemente la noticia de que Oskar Johansson, dinamitero de veintitrés años, ha muerto a consecuencia de un trágico accidente producido durante la voladura de un túnel. La nota nunca se desmintió, pero Oskar sobrevivió, aunque quedó gravemente herido y con secuelas atroces; es más, siguió trabajando hasta su jubilación, y no murió hasta abril de 1969.

Narrada a través de distintas voces y perspectivas, la vida de Oskar, con sus sueños y esperanzas, sus alegrías y tristezas, y por supuesto marcada por ese accidente que lo cambió todo, traza no sólo su destino, sino también una imagen aguda y vibrante de la situación obrera en la primera mitad del siglo XX.

HENNING MANKELL
EL HOMBRE DE LA DINAMITA

Traducción del sueco de Carmen Montes

TUSQUETS
EDITORES

Prefacio

Han transcurrido veinticinco años desde que este libro se fraguó. Un cuarto de siglo, en otras palabras. La primera parte la escribí en Oslo, en un piso de la calle Løkkeveien. Era a finales de otoño y hacía frío. Desde la ventana de aquel cuarto de trabajo donde había tanta corriente podía ver la embajada de Estados Unidos. Fuera se celebraban manifestaciones sin cesar. Yo iba allí entre un turno y otro. Aún podías ser blanco de comentarios desagradables por parte de las personas que pasaban por la acera. Pero sucedía menos veces y con menos inquina que antes. Corría ya el año 1972. Los americanos estaban perdiendo la desesperada ofensiva de Vietnam.

Recuerdo aquel otoño a la perfección. Las hojas que amarilleaban en el Slottsparken, los soldados de la Marina, siempre tan ceñudos, delante de la puerta de la embajada. Pero, sobre todo, recuerdo lo que pensaba por entonces. Era una época de gran alegría, de una energía enorme. Todo era aún posible. Nada estaba aún perdido ni decidido. Salvo que los vietnamitas iban a ganar con total seguridad. los fundamentos del imperialismo se resentían. El futuro había ido jalonando las vías marítimas con profundidad suficiente para navegar. Aunque, naturalmente, había muchas limitaciones: ni yo mismo ni ninguno de mis amigos creía en serio que viviríamos para ver la derrota del sistema del *apartheid* en Sudáfrica. Al mirar atrás, veo que teníamos razón y, al mismo tiempo, no la teníamos. Como siempre que miramos hacia delante.

Así que mientras escribía este libro pensaba que sería mi debut. Por primera vez, saldría impreso con toda la seriedad. Hasta entonces había conseguido publicar cosas sueltas en algún periódico. Y se habían representado algunas de mis obras teatrales. Había trabajado como director en varios teatros. Y eso me garantizaba los medios económicos suficientes algún que otro mes para poder escribir. Que era la cuestión. La cuestión vital. No podía ni imaginarme ninguna otra actividad. Porque ¿cuál sería?

Me había propuesto evitar a toda costa que me rechazaran una obra. Al menos, cuando se tratara de textos más extensos. Es decir, novelas. De ahí que, el año anterior, tuviera que romper un par de originales que no me parecieron lo bastante buenos. Nunca llegué a enviarlos. Pero cuando este libro estuvo por fin terminado (la última parte la escribí en un piso igual de frío de Trotzgatan, en Falun), lo metí en un buzón. En junio recibí una postal de Dan Andersson. Sune Stigsjö era por aquel entonces el director editorial de Författarförlaget. Me comunicó que habían aceptado el libro y que iban a publicarlo.

Tuvo buenas reseñas. (Si no recuerdo mal, el único que escribió algo negativo fue Björn Fremer, en el *Kvällsposten*). Gracias a eso empecé a recibir subvenciones estatales, y así pude renunciar a algunos de los trabajos alimenticios.

De aquello hace hoy un cuarto de siglo. Escribí el libro en una vieja máquina de escribir poco fiable, con teclado noruego. Hoy escribo estas líneas en un ordenador que apenas pesa más de tres kilos.

Y sí, han ocurrido muchas cosas en veinticinco años. Han caído algunos muros, otros se han levantado. Ha caído un imperio, otros se han debilitado desde dentro y están formándose nuevos centros de poder. Pero los pobres y los desvalidos del mundo se han vuelto más pobres en estos veinticinco años. Y Suecia ha pasado de un intento decente de construir una sociedad a un saqueo social. Una división cada vez más clara entre las personas necesarias y las sobrantes. En las afueras de las grandes ciudades suecas existen hoy guetos, que no existían hace veinticinco años.

Al leer el libro de nuevo, después de todo este tiempo, tomo conciencia de que este cuarto de siglo quizá no haya sido tan largo. Lo que dice el libro

sigue vigente hoy en gran medida.

En esta edición he introducido algunos cambios mínimos de orden lingüístico. Pero el relato es el mismo, no lo he tocado.

No ha sido necesario.

Henning Mankell
Mozambique, noviembre de 1997

La noticia

—¿Por qué demonios no explota?

Norström pateaba furioso con el pie izquierdo. Se le había enredado en un ovillo de hilo de acero que habían dejado descuidadamente entre las piedras de la cantera. Pateaba y el hilo se le iba enroscando a la bota y le iba subiendo por la pierna. Habría podido agacharse fácilmente y, de un tirón, habría podido quitarse aquella maraña de hilo metálico del pie y de la pierna.

Pero Norström no se agachó. Siguió pateando rabioso con el pie. Estaba sudando. La camisa gris de franela empapada en sudor, que llevaba abotonada hasta el último botón y que le cubría la barriga sobrealimentada, desprendía un olor ácido a piel sucia.

Norström era capataz dinamitero. Era una tarde de sábado a mediados de junio y un calor abrasador caía sobre aquel lugar de trabajo a la intemperie. Norström dirigía la operación de abrir túneles para el ferrocarril. Iba a ser una ruta de doble vía, y se requerían para ello tres túneles nuevos. Ahora estaban trabajando en el central, que también debía ser el más largo y complicado. Acababan de empezar con la abertura en la pared rocosa. La punzante y afilada superficie de granito gris ya estaba limpia de la fina capa de tierra. La mole rocosa reflejaba la luz del sol. La mole se elevaba unos treinta metros aproximadamente, casi en vertical, desde el suelo. No era una peña muy grande, unos cientos de metros de perímetro más o menos, y a través de ella

trazarían el túnel y la vía.

A Norström no le gustaban las voladuras de túneles. «O vuelas la peña entera o nada. Atravesarla con un barreno es un desastre, tarde o temprano se vendrá abajo.» Eso pensaba él. Hasta el momento, en sus cincuenta años de vida, se había librado de tener que volar túneles, salvo quizás una vez cada cinco años, pero ahora debía vérselas con tres al mismo tiempo.

—¡Que venga alguien y me quite esta mierda!

Norström miró iracundo a varios de los picapedreros que estaban apoyados en las palancas. Disfrutaban llenos de gratitud de la pausa que se había producido. Por un lado, no había estallado la carga de dinamita, por otro, Norström se había enredado el pie en el alambre. Así que estaban todos apoyados en las palancas, aguardando de espaldas al sol.

—Ve a ayudarlo.

Oskar Johansson le dio un ligero puntapié al más joven del equipo de dinamiteros. Era un muchacho de catorce años, bajito y flaco. El chico reaccionó enseguida y echó a correr por la explanada de arena hasta donde se encontraba Norström, se agachó raudo y empezó a tironear del alambre.

—No tires así, joder. Desenrédalo.

Norström estaba cada vez más enfadado. Entornó los ojos al sol, giró la cabeza hacia la pared rocosa, echó una ojeada al cuidado que ponía el muchacho en desliar la maraña de acero y luego miró indignado a los dinamiteros, que seguían inmóviles apoyados en las palancas.

—¿Por qué no estalla?

Norström rugió. Oskar Johansson se irguió.

—Voy a ver.

En ese momento se soltó el alambre de acero del pie de Norström. Se había terminado la pausa. Había que inspeccionar por qué no se había producido la explosión. Y le correspondía hacerlo a Oskar Johansson, puesto que él la había preparado. Cada carga era personal. La dinamita era la misma, incontrolable y artera, pero cada explosión tenía un dueño, un responsable.

La creciente expansión industrial exigía mejores comunicaciones. Había que

ampliar el ferrocarril. Se precisaban más vías. Crecían los convoyes, los trenes eran más numerosos y las explosiones resonaban por todo el país.

El verano estaba muy avanzado. El calor que comenzó a finales de mayo había empezado a quemar la tierra. Esta crujía bajo los pies de los dinamiteros mientras caminaban a la sombra de los abedules durante los breves descansos que se tomaban.

Oskar Johansson se limpió el sudor de la frente. Se miró el dorso de la mano. Relucía de sudor y se lo secó en la camisa. Oskar tenía veintitrés años. Era el más joven del equipo de dinamiteros, porque el peón no contaba. Llevaba siete años trabajando de dinamitero y le gustaba. Era alto, corpulento, con una cara redonda y abierta que nunca estaba seria. Tenía los ojos de color azul claro y el pelo rubio le caía rizado sobre la frente. Gracias al calor estival, que tan pronto había llegado ese año, se había puesto moreno. Llevaba una camisa gris claro y un pantalón de lino azul oscuro, e iba descalzo.

Entornó los ojos mirando en dirección a la montaña rocosa.

—¿Quieres echarle un vistazo?

Norström estaba en jarras intimidando a Oskar con la mirada. A Norström no terminaban de gustarle las explosiones fallidas. En parte, porque nunca se sabía lo que podía pasar, en parte porque retrasaban el trabajo. Él era el responsable de que siguieran el plan, y aquel túnel iba a costar mucho trabajo, lo sabía. Además, tenía resaca. Había cumplido cincuenta y cinco años el día anterior, y lo festejó por la noche. Estuvo bebiendo aguardiente hasta que cayó redondo en la cama hacia las dos de la madrugada. Y estuvo vomitando mucho y durante un buen rato cuando se levantó dos horas después para ir al trabajo. Casi lamentaba no haber aceptado la posibilidad que le concedían de tomarse libre un día por la celebración. La dirección le hacía aquella concesión porque, aunque no de forma continuada, llevaba trabajando en la construcción del ferrocarril desde 1881. Además, era famoso por cumplir los

plazos y apremiar el trabajo. Por esa razón, sus dinamiteros le habían asignado el mote de «La honra del trabajo». Nunca lo usaban cuando Norström andaba cerca, únicamente lo llamaban así cuando estaban solos, por la noche, en sus casas o en los descansos, cuando Norström andaba ocupado en otras tareas. La primera vez que Norström se enteró de que le habían puesto un apodo se puso furioso, pero luego empezó a interpretarlo como una señal de que los dinamiteros le tenían miedo, y eso sí lo satisfacía. En la actualidad, él también utilizaba a menudo esa nota para referirse a sí mismo cuando les hablaba del trabajo a sus amigos. Ayer mismo les estuvo contando lo mucho que imponía a los dinamiteros. Se sentó a hablar con su cuñado, que había ido al cumpleaños, y le habló largo y tendido de su oficio.

Eran cerca de las tres y, al cabo de tres horas, darían por finalizado el trabajo de la semana. Luego tendrían el día libre, y Norström podría pasárselo tumbado en la cama matando moscas, mandando callar a los niños, y luego ponerse a planificar el trabajo de la semana siguiente. Según los cálculos de la semana anterior, deberían haber adelantado más. Y nada lo irritaba tanto como que los cálculos no salieran. Eso le arruinaría el domingo, el día de descanso se lo pasaría amargado.

—¿Habéis soltado la mecha?

Algunos de los dinamiteros respondieron que no con un leve murmullo.

—¿Estáis locos? ¿Por qué no?

Norström no salía de su asombro al ver que no habían llevado a cabo aquella operación tan obvia. No comprendía por qué los trabajadores se habían tomado aquel descanso con ese calor.

—¡Pues ya puedes echarte a correr y arrancar el cable!

Norström le dio una patada al peón. El chico salió pitando hacia la caja de madera, que se encontraba a unos metros de ellos, y sacó un cable que se había atascado en una de las pinzas de acero de la parte de atrás.

Oskar se irguió, dejó la palanca apoyada contra una piedra y empezó a andar despacio camino de la gran pared rocosa. Caminaba muy lento, como si no quisiera despertar a la vida a la dinamita. Entornó los ojos en medio de aquel calor y se secó el sudor salado de los párpados. Cuando una carga no explosionaba, se extendía cierto malestar entre todo el equipo. La dinamita

era peligrosa, uno nunca sabía qué podía ocurrir. Pero alguien tenía que acercarse a comprobar lo que pasaba, y no existía más protección que la cautela.

Oskar se detuvo a tres metros de la roca. Se mordió el labio, miró bien el barreno que había en la montaña, por el que se introducía ensortijada la larga mecha. Se volvió y preguntó en voz baja a los que seguían esperando apoyados en las palancas:

—¿Está suelta la mecha?

El propio Norström se acercó en contra de su costumbre unos pasos hacia la caja de madera, echó un vistazo y aseguró en voz alta:

—Está suelta. Puedes seguir.

Oskar asintió, más para sí mismo que para Norström. Asintió para sí mismo, para convencerse de que todo estaba listo.

Luego se vuelve, enfila con la mirada el taladro abierto en la peña y echa a andar a pasitos lentos hacia la pared de roca. No aparta la mirada del barreno. Se muerde el labio, le corre el sudor desde el cuero cabelludo hasta la cara, parpadea para ver mejor y, cuando se encuentra a medio metro de la roca, se detiene y se inclina cauteloso. Sin disminuir la concentración, alarga despacio el brazo derecho hasta que la mano descansa justo encima del barreno. Se concentra, toma impulso y empieza a sacar la mecha del barreno. Evoca vagamente el sonido metálico de una palanca al dar contra la piedra; con las yemas de los dedos rodea la mecha.

Un segundo después explota la montaña, y el jefe Norström contará durante muchos años que, mientras su equipo de dinamiteros trabajaba en el túnel central de los tres que tenían que abrir para el ferrocarril, se produjo lo increíble: uno de ellos sobrevivió a una explosión que le estalló al lado. El dinamitero se llamaba Oskar Johansson, y el peón, un muchacho de tan solo catorce años, se desmayó cuando encontraron la mano derecha de Oskar en un arbusto a setenta metros de allí. La encontraron gracias a las moscas que

se reunieron alrededor de la mano putrefacta. Estaba entre los dientes de león con los dedos extendidos.

Y Norström contaba que Oskar Johansson no solo sobrevivió a la explosión, sino que además siguió trabajando como dinamitero cuando se recuperó.

Aquella tarde de un sábado de junio de 1911, Oskar Johansson perdió todo el pelo. El ojo izquierdo salió disparado de la cuenca por la presión de la dinamita. La mano derecha la cortó una lasca de roca a la altura del puño. Casi con precisión quirúrgica, le cortó la mano. Otra lasca salió como una flecha ardiente hacia el bajo vientre, le cortó a Oskar la mitad del miembro viril y le pasó por la ingle atravesándole el riñón y la vejiga.

Pero Oskar Johansson sobrevivió y siguió trabajando de dinamitero hasta la jubilación, y no murió hasta el 9 de abril de 1969.

El lunes decían los periódicos locales que un joven dinamitero había fallecido en un accidente trágico y atroz. Nadie pudo evitar el horrendo final. Todo había que atribuirlo a la dinamita, esa sustancia tan peligrosa. Una suerte en la desgracia fue que nadie más salió perjudicado, que el fallecido no tenía familia que quedara en desamparo.

Aquella noticia nunca llegó a desmentirse.

1962

El despertador suena estridente e implacable. Son las tres y cuarto de una madrugada de mediados de mayo. En el cuarto el ambiente es frío y húmedo, y la estufa de aceite está helada. El mar se ve negro azulado y sereno. Una densa bruma extiende su peso sobre la superficie del agua. La grisura de la luz moldea como suele hacer esas imágenes. Las ramas de los robles sobresalen como ruinas a través del gris.

Mientras camino por el sendero que bordea la playa, la arena y las algas de color parduzco crujen como cáscaras de huevo bajo mis talones. Un leve movimiento se propaga por la superficie del agua. Las olas ruedan hacia la orilla lisas y silenciosas. A lo lejos ha pasado un barco. Un lucio golpea la superficie del agua y el sonido se desliza entre las rocas al otro lado de la ensenada.

La isla no es grande. Rodearla lleva media hora. Hasta el cabo donde se encuentra la casa de Oskar tardo unos quince minutos. Sigo la orilla, giro entre los robles, allí donde la arena da paso a escarpados bloques de piedra, bajo de nuevo hasta la playa, me agacho al pasar junto a unos matojos de aliso y, a partir de ahí, no hay más que seguir el leve arco de la ensenada hasta llegar al cabo, donde se alza la casa.

La puerta está entreabierta. Oskar ya se ha levantado. Está sentado a la mesa haciendo un solitario, es su particular forma de jugar al idiota. Me hace

una seña con la cabeza y voy y me sirvo el café que hay al fuego. Me siento en el banco, cojo una taza azul desportillada y me limito a esperar hasta que Oskar diga que es hora de irse.

Oskar compró la sauna hace siete años. Fue cuando el ejército desmanteló los barracones que quedaban de los años de provisión durante la guerra. Oskar pudo comprar la sauna por ciento cincuenta coronas, siempre y cuando se encargara él mismo del transporte. Pero Oskar fue en busca del propietario del terreno, que le dio permiso para dejar la caseta donde estaba y vivir allí hasta su muerte. Al año siguiente le ayudé a retirar los bancos de la sauna, a recubrir la cara interna de las paredes con masonita, a hacer una separación para la cama, a meter un armario y a abrir una ventana. Luego lo pintamos todo de rojo y blanco. Oskar se muda a la isla a principios de abril, y allí se queda hasta que llega el frío de octubre.

La sauna tiene metro y medio de ancho por más de tres metros de largo. Si me pongo de puntillas, toco el techo con la cabeza.

La cama: es la vieja y chirriante cama de oficial que le dieron gratis cuando derribaron el barracón grande que había en lo alto de la pendiente.

Una manta marrón, dos juegos de sábanas, las fundas de los almohadones con el borde rojo y las iniciales A.J. en letras rebuscadas. Dos sillas marrones de cocina, la mesa, con un mantel de plástico de color verde. Un infiernillo, un quinqué, un transistor, un juego de cartas, unas gafas, una cartera.

Las tazas, los platos, el café y las patatas.

Oskar alarga el índice de la mano izquierda y pulsa un botón de la radio. Es un índice grueso, más que dos dedos normales juntos. En la mano izquierda solo le quedan el pulgar y ese índice, que juntos han evolucionado hasta convertirse en una garra prensil capaz de asumir la función de las dos manos. El índice pulsa el botón y la música inunda el espacio, altísima. Pero es una señal. Pronto nos levantaremos y nos iremos. Poco antes de las cinco nos sentamos en el bote de remos de Oskar. Es ligero, hecho de masonita

remachada en una sencilla armazón de madera. Es de color verde hierba y tiene el fondo liso. Me siento en la popa y Oskar sale remando de la orilla. Sujeta el remo izquierdo con esos dedos suyos. El derecho, con el pliegue del codo. Cuando pasamos por delante de los tres tablones de madera que forman el muelle de Oskar, el bote gira y nos deslizamos hacia el otro lado de la ensenada.

Nos movemos sin hablar por la superficie del agua. Aún hace frío y la bruma sigue igual de gris. Los golpes de remo de Oskar son parejos y siguen el compás de su respiración. Si para, contiene el aliento.

Al otro lado de la ensenada están echadas nuestras tres redes. Una red para la perca. Otra, para la platija. Primero las percas. Luego las platijas. Sacamos las redes en el mismo orden de siempre. Yo acucillado en la popa. Oskar remando despacio hacia atrás. Oskar va contando en voz alta cada pez que sacamos. Una cifra, un número. Nada más.

—Uno.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

Una perca bien hermosa y tres platijas. Saltan sobre el fondo, a nuestros pies. Tengo las redes enmarañadas sobre las botas. Oskar da la vuelta y regresamos.

Mayo de 1962. Estamos escuchando Radio Nord. Oskar se ríe cada vez que la voz de la radio da la frecuencia de señal y habla de megaciclos.

—¿Qué demonios hacen? ¿Van en bicicleta dentro del barco...?

Se ríe para sus adentros y me mira entornando el único ojo que tiene. Tamborilea con el índice sobre el hule de la mesa.

La niebla continúa siendo densa, el mar sigue igual de quieto, pero la luz gana intensidad y se abre camino hendiendo la bruma. Oskar se revuelve en la silla, agarra el respaldo con sus dos dedos y se levanta lo bastante para poder mirar por la ventana. Echa una ojeada y se deja caer de nuevo en la silla, y vuelve a esa variante suya tan curiosa del idiota.

Las cartas están sucias y rotas. La jota de picas tiene una mancha de sangre en una de las caras. El siete de trébol pertenece a otra baraja. Una que tiene en el dorso veleros de distinto tipo. La otra baraja tiene el fondo de color burdeos, con un fino borde blanco alrededor.

Radio Nord emite algo del grupo musical Den siste mohikanen, con Little Gerhard.

El dedo índice tamborilea despacio en el hule, como el goteo de un bloque de hielo que se derrite. El idiota no sale.

1911

—La conocí seis meses antes del accidente. Yo creo que hacía seis meses justos. La cosa se lio en junio. La verdad es que no habíamos hablado mucho de casarnos, pero en aquella época no cabía otra opción. Si conocías a alguien y empezabas a salir, es que ibas a casarte con esa persona. Ella tenía la misma edad que yo. Nos llevábamos tres días. Ella era tres días mayor. Nos veíamos los jueves por la tarde. Era el único momento en que ella podía. Entonces tenía cuatro horas libres. Trabajaba en casa del director de una fábrica textil. Tenía que cuidar a tres niños pequeños, un niño y dos gemelas. Vivía allí, en el cuarto de los niños. Pertenecía a aquella generación de chicas trabajadoras que pasaban la mayor parte de su juventud o encerradas en una cocina o en el cuarto de los niños de algún burgués. A ella los niños no le gustaban nada, pero no encontraba otro trabajo. Por lo general, paseábamos por la ciudad. En realidad, no recuerdo de qué hablábamos, ni tampoco qué mirábamos. Lo que más hacíamos era andar.

Una cosa sí que recuerdo haber vivido con ella. Sería un mes antes del accidente. En la ciudad los estudiantes celebraban la graduación. Era un jueves, y estábamos paseando. Entonces, tres de los estudiantes se nos acercaron por la acera y no se apartaron, así que tanto ella como yo recibimos

un empujón en el costado. Lo recuerdo perfectamente. Sobre todo recuerdo ese tipo de cosas. Esos detalles totalmente carentes de importancia.

Elly aparece por la puerta de la cocina. Lleva un vestido blanco, botas marrones y un mantón negro sobre los hombros. Es muy bajita, un tanto rechoncha. Tiene la cara redonda, la piel limpia y los ojos verdes. El pelo castaño y rizado. Aprieta los labios. Tiene los dientes amarillentos y ya se le ha caído uno de la parte superior, justo en el punto en el que suele detenerse su risa.

Oskar la espera delante de la verja de hierro. Ve a Elly bajar el ancho sendero de grava que arranca en la gran villa blanca de tres plantas. Sonríe un tanto avergonzada mientras trastea la cerradura, que está en la cara interna de la verja. Y allí se quedan, uno frente al otro, se saludan con un gesto y echan a andar por la acera. No dicen nada, se limitan a caminar. El aire es cálido. Van por una calle ribeteada de altas verjas de hierro, altos muros, casas blancas. Se dirigen al centro de la ciudad, hacia su ambiente.

—¿Cómo lo tienes el próximo jueves? —le pregunta Oskar a Elly.

—Lo más seguro es que lo tenga libre también —responde Elly.

Un tranvía de color amarillo chillón pasa traqueteando en dirección a la ciudad. Se detienen y observan por si reconocen alguna cara en cualquiera de los dos vagones. Se quedan mirando cómo se detiene en una parada, una pareja de mediana edad se baja y se encamina despacio hacia donde se encuentran Oskar y Elly. Sopla un viento suave. Elly se pasa la mano por la cara, la aparta de Oskar mientras sonríe. Oskar le coge la mano. Hoy se ha lavado con un esmero extraordinario, como todos los jueves.

Un mes después, su mano acaba con los dedos tiesos entre matas de diente de león, mientras los dinamiteros la observan estupefactos.

Oskar y Elly cruzan la plaza adoquinada. Desde lejos se les acercan tres estudiantes.

—El latín ha sido lo peor. Nunca le he caído bien a Enoksson. Si hubiera

podido, me habría cateado.

Zapatos negros de charol, bastón de paseo con la contera plateada. Pasos rápidos, entrecortados sobre los adoquines. Un pie negro que se desvía en el aire para evitar de milagro una plasta de excrementos sobre la acera.

—Y pensar que ayer se cargaron a siete. Ha habido muchos cursos malos.

—Los nuevos ricos.

Zapatos de charol, el taconeo de los pasos al acercarse.

—Eh, ¿veis a esa muchacha de ahí? Sirve en mi casa. Tiene los pechos enormes. La noche menos pensada entro en su cuarto y se los toco.

—¿Cuánto cobra?

—Diez coronas, pero tiene que encargarse de todo.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Pues claro. Dos veces.

—¿Con ella?

—Con otras más guapas.

—¿Con quién va?

—No lo sé.

—¿Los empujamos fuera de la acera?

—Venga.

Zapatos de charol, puntiagudos. Calcetines de seda. Pantalones de lana grises. Americana. La gorra de plato blanca del graduado. Acné en la barbilla, en la espalda, en los muslos. Unos codos que aún no se han vuelto afilados empujan a Oskar y a Elly en el costado. Un saludo, se quita el cigarro de la boca, la gorra en la mano delgada.

—Buenas tardes, Elly.

Oskar no dice nada. Ellos siguen andando y él no le suelta la mano a Elly. Pero luego, con rapidez, como para que parezca que sus palabras no tienen importancia.

—¿Los conocías?

Y Elly. Elly, tienes que responder.

—Es el hijo de la casa donde trabajo, pero de otro matrimonio.

—Vaya.

Oskar se ensombrece. Pisa fuertemente con los talones los adoquines. Los

celos le suben por el cuerpo y lo atraviesan de arriba abajo. Siente una idea machacona que lo tortura hasta el estómago.

—¡Menudo cerdo! ¿Te ha empujado a ti también?

—Un poco.

Oskar tiene la cara sombría. Dinamitero de mierda, trabajador asqueroso, chusma, chusma, chusma. Doce críos en una cocina, otros diez en el dormitorio. Apilarlos, unos encima de otros. Policías de ratas. Comida mohosa. Que pasen frío. Aísala del sol con grandes casas blancas. Construiréis casas para nosotros y muros para el sol. Sacadles los dientes, sacadles las cuerdas vocales. Clavadles los pies al suelo.

—¿Qué pasa, Oskar?

Elly retira la mano. Mira a Oskar. Él meneaba la cabeza.

—Nada. Estaba pensando.

Otra manzana de casas. El sol va poniéndose.

—¿Qué estabas pensando?

Otra manzana.

—Nada, de verdad. ¿Damos la vuelta?

—Será lo mejor.

Y ya han dado la vuelta. Desde una ventana abierta resuena al piano una pieza musical. Elly y Oskar. Elly y Oskar.

La ciudad que van atravesando a la vuelta: casuchas de madera que se agarran con desesperación unas a otras, se empujan, se caldean mutuamente. Altos muros blancos de ladrillo enmarcan una plaza, dejan fuera las casuchas. El camino más bien corto desde las casas de los burgueses. El largo camino de regreso.

Elly entra en el cuarto que tiene dentro del dormitorio de los niños. La otra muchacha ya está durmiendo. Se le ha caído el edredón. Está roncando con la boca abierta. El sonido le hiere a Elly los oídos. Se quita el vestido blanco y, sin saber por qué, lo guarda debajo de su parte de la almohada. Trepa por

encima de su compañera de cama y se acuesta al lado de la pared. Muy despacio, hace una marca en el papel pintado con la uña del dedo meñique. De repente, cree que ha visto un tranvía en el dibujo del papel. Al llegar a esa imagen, cae vencida por el sueño.

Sobre Elly: la primavera de 1911 tiene veintitrés años. Trabaja en la ciudad, en casa del director de una fábrica textil.

Sobre Oskar: recorre las calles. Dentro de siete horas deberá estar delante de Norström palanca en mano.

La isla

La niebla se ha aligerado. Me levanto para irme. Oskar mezcla la baraja. Entresaca las cartas con el pulgar y las pone en una hilera sobre la mesa. Con el índice las mezcla. Y con el pulgar las junta otra vez en una pila.

—¿Las echamos esta noche?

—Sí. Debería haber más mañana.

—Llegaré sobre las siete. Hasta mañana.

—Adiós.

Oskar está sentado en la silla. Son las siete y cuarto. Pronto se irá a la cama. Pronto se echará a dormir unas horas.

La isla se encuentra en la periferia del archipiélago. Tiene forma de bumerán. En ella hay robles, abedules, rocas y arena. Desde tres lados de la isla se ve el mar abierto. El cuarto lado se hunde en un estrecho que conduce a una isla con un pueblo pesquero.

En un mapa de Statens Kartverk, la isla aparece sin nombre, dibujada como un islote.

El barco de la aduana atraca una vez en primavera y una vez en otoño. En la

cima más elevada de la isla hay una antena de radio. Los aduaneros suelen bajar a saludar a Oskar. Las ondas de Radio Nord se extienden por la bahía. Los aduaneros se ríen, Oskar se ríe. Alguno de ellos sale a la parte posterior de la casa. Allí hay una despensa subterránea. Un cuadrado de un metro de profundidad con una portezuela de madera. De allí sacan las latas de cerveza, vuelven a la casa y, de vez en cuando, resuena el toscó vozarrón de Oskar.

Las hermanas

—Que al final fuera con su hermana con quien me casé es un tanto extraño, supongo. Pero me pasé más de un año enfermo, y Elly se mudó. Al principio venía a verme, pero yo me daba cuenta de que se mareaba al ver las heridas. El ojo importaba menos que la mano, me parece a mí. Luego me dijo, simplemente, que iba a mudarse de la ciudad, y tenía un poco de barriga, aunque trataba de ocultarlo. Yo no recuerdo que lo sintiera mucho. Tenía todos aquellos dolores... Y luego conocí a su hermana tres meses antes de enterarme de que era la hermana menor de Elly. Es que no se parecían en nada. El color del pelo, quizá, pero nada más. Luego, cuando nos casamos, vi a Elly varias veces. Y nunca llegamos a intimar demasiado. Hace unos años vi en el periódico que Elly murió.

Los golpes de remo

Los golpes de remo se funden con la respiración.

Las distintas voces de Oskar conforman un todo que, en realidad, no existe.

El propio Oskar deforma su historia. Habla de fallos de memoria, de insignificancias, de desgana. Deslinda fragmentos de la historia y habla escuetamente tamborileando con el índice en el hule. Rara vez responde a las preguntas. No es que las evite, pero sus respuestas siempre son ambiguas y abiertas.

Su modo de evitar.

—Eso lo han descrito de forma excelente otras personas.

—Eso lo recuerdo fatal.

Pero no es posible que lo hayas olvidado.

Estamos sentados en el banco, delante de la sauna. Matamos moscas, echamos las redes, tomamos café, y a veces Oskar menciona algo de pasada. Yo oigo las palabras, relleno los huecos, aumento los márgenes.

Oskar Johansson, el dinamitero del cuerpo destrozado. Está ahí, y menciona de pasada alguna cosa acerca de no sé qué. Las frases se deslizan y se superponen entre sí.

El reloj sigue sonando estridente e inexorable, y la distancia hasta la sauna es siempre la misma.

Estamos en el bote de remos.

La cantinela monótona de Oskar al contar los peces que sacamos.

Los juegos de cartas, Radio Nord, frecuencias y tazas azules desportilladas.

¿Y el narrador?

Oskar piensa que está tirando de las redes con demasiada lentitud.

Oskar Johansson

Oskar nació en 1888 en Norrköping. Era el tercero de cinco hermanos. Tres niñas y dos niños. Elsa, Karl, Oskar, Anna y Viktoria. Elsa y Viktoria murieron pronto. A Elsa no llegó a verla. Cuando Oskar nació, ya ni siquiera la lloraban. Oskar tenía siete años cuando su padre salió un día a la puerta, estaba serio y lo cogió cuidadosamente del brazo y le dijo que entrara. Su madre estaba llorando en la cocina, y su padre le contó que Viktoria se había caído rodando por la pendiente que hay detrás de las casas y que se había muerto. Por eso Oskar debía pasar un tiempo en casa lamentándolo.

Ya en el cementerio, se colocaron todos alrededor de aquel hoyo no muy grande y el padre le dijo a la madre para consolarla que con tres hijos tenían bastante. Tres eran bastante.

—La verdad es que no me acuerdo mucho de aquello. Lo que hacíamos. Yo no tenía nada de extraordinario. Jugaba a los mismos juegos que los demás niños. Llevaba el mismo tipo de ropa. A veces estaba entera, otras veces estaba llena de agujeros. Jugábamos en los patios interiores de las casas. Corríamos y nos gritábamos. Perseguíamos gatos, cuando veíamos alguno. Una vez metimos a uno en un agujero, debajo de la letrina de la granja, y lo encerramos con tablones de madera. Era un gato blanco. Creo que se llamaba

Putte. Y al colegio también iba, igual que los demás. Nunca fue nada extraordinario. A veces pienso qué pensaría yo entonces. A lo mejor sería divertido acordarse. Pero no lo recuerdo. Seguramente me dedicaba a corretear por ahí gritando como los demás. Salíamos saltando la valla, entrábamos saltándola otra vez, subíamos un rato a comer algo, luego nos dedicábamos a correr por el jardín. Éramos tres o cuatro niños y siempre andábamos juntos. Uno se llamaba Oskar, igual que yo. Jugábamos a que éramos hermanos. Al final su padre se ahorcó y, por lo visto, su madre hizo lo mismo unos años después. Pero a mí no me pasaba nada extraordinario. Jugaba como los demás. A los mismos juegos.

Un día, el tercer verano, hay alguien sentado junto a Oskar, delante de la sauna. Cuando me acerco, me saluda con un gesto.

—Yo soy Karl.

Oskar sonrío a medias.

—Es mi hermano.

—Llevamos mucho tiempo sin vernos.

Luego se sientan en el banco de madera y contemplan el mar mientras hablan. Karl solo se queda durante el día. Al final viene un barco a buscarlo. Tiene que volver a no sé qué residencia de ancianos. Los dos se dan un apretón de manos, Karl camina con cuidado por los tablones del muelle, sube al barco, que retrocede, vira y desaparece detrás del cabo.

El accidente

Cuando se aplacó el murmullo y remitió la conmoción primera, echaron a correr con Norström en cabeza hasta la pared de piedra.

—Quédate donde estás. Tú no debes verlo.

Norström le rugió al peón que se quedara donde estaba, en medio de todas las palas que habían arrojado al suelo. Le temblaba todo el cuerpo y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Joder.

Los trabajadores se han quedado formando un semicírculo a unos metros de distancia del cuerpo de Oskar, que está allí retorcido en el suelo, con la sangre chorreando y bombeándole de varios sitios. Del pelo rubio no hay ni rastro y huele a piel quemada. El zumbido monótono de las moscardas hiere los oídos.

Pero de pronto: un leve espasmo en la pierna derecha de Oskar.

—¡Qué demonios! ¡Está vivo!

—¿Qué?

—Está vivo.

—Cómo demonios...

—Camisas fuera. Hay que vendarlo ya. Rápido.

Los dinamiteros se quitan rápidamente la camisa. Con sumo cuidado, van taponando los orificios sangrantes, las partes del cuerpo mutiladas. Norström

se vuelve y ruga:

—Corre como alma que lleva el diablo y ve en busca de una carreta. Oskar está vivo.

Y el peón echa a correr.

Y no hay tiempo que perder. Ahí va el cuerpo de Oskar, en una carreta, y los dinamiteros se apresuran en dirección a la ciudad, cruzando las calles que conducen al hospital. Van volando con la carreta que no para de traquetear y de saltar sobre los adoquines. La gente se detiene en las aceras, se vuelve, pregunta a gritos qué ha pasado, pero nadie les responde. Tras subir el camino de grava que conduce al hospital, Norström, que está totalmente al borde de la extenuación, con el corazón latiéndole de forma salvaje en el pecho, cruza las puertas a la carrera.

—¡Es una urgencia!

Y cuando los que van vestidos de blanco se enteran bien de lo sucedido, y de que el cuerpo que hay en la carreta aún tiene vida, todo ocurre muy rápido. Manos cuidadosas que levantan el cuerpo, ese cuerpo achicharrado y cubierto de manchas rojas, lo tienden en una camilla y desaparecen por las puertas, por los pasillos.

¿Qué hicieron después aquellos dinamiteros agotados? ¿Se sentaron al sol en la escalera, conmocionados y asustados? ¿O regresaron al trabajo? ¿O se dispersaron, se fueron cada uno por su lado?

Sin preguntar, obtengo respuesta una vez.

—Mira que trabajé con los mismos tipos varios años seguidos, y, a pesar de todo, no recuerdo el nombre de uno solo. Norström sí, claro, pero ningún otro. Así eran las cosas. Así de anónimos éramos los unos para los otros. Contábamos como dinamiteros, nada más. Un puñado de dinamiteros, un puñado de carpinteros, un puñado de trabajadores del textil. Nos convertimos

en un puñado de dinamiteros también para nosotros mismos. Seguramente por una especie de autodesprecio. A veces venían al hospital. Norström se encontraba entre ellos y decía que se sentía orgulloso de que hubiera salido vivo. Nadie de ninguna cuadrilla de dinamiteros que él conociera había sobrevivido a una explosión así. Los demás hombres se limitaban, por lo general, a sentarse en silencio, y en todo caso a preguntar cómo me encontraba. Si contaron algo, fue que ese día se quedaron trabajando una hora más. Después del estallido hicieron limpieza. Aunque la mano derecha no lograron encontrarla hasta el lunes. Pero es que éramos un puñado de dinamiteros. Y si alguien tenía nombre, era un sobrenombre.

Sin embargo, en ese punto, Oskar se equivoca. En ese punto, él mismo cambiará de opinión. Tiene la memoria dividida. Él era otra persona en aquel entonces. Ahora habla evasivo. No por afán de ocultar nada, sino porque le parece inútil.

Oskar Johansson ha sido un trabajador toda su vida. Ha pensado una cosa y ha hecho otra, y siempre ha sido un trabajador. ¿Qué ha cambiado sus pensamientos? ¿Qué ha cambiado lo que hizo? ¿Por qué habla de un puñado de dinamiteros, de un puñado de carpinteros?

La primera vez que nos vemos, Oskar tiene sesenta y ocho años. Ha vivido todo el tiempo en un piso en la ciudad, junto con su mujer, la hermana de Elly. Después, ella muere y él sigue viviendo allí solo y viene aquí los veranos. Por lo general, lo trae al puerto el mayor de sus hijos, que lo lleva a casa de nuevo en otoño. El hijo es trabajador autónomo. Tiene una lavandería. Oskar y la hermana de Elly tienen otros dos hijos. Dos niñas. Las dos están casadas y viven en otras partes del país. Oskar es, además, abuelo paterno y abuelo materno.

El piso de la ciudad tiene dos habitaciones y se encuentra en un bloque de

viviendas de alquiler construido a finales de los años cuarenta. El piso de Oskar se encuentra en la planta baja, en un barrio que están renovando ahora. No soy capaz de recordar si era la letra A, B o C, pero el edificio sigue allí. En el alféizar de una de las ventanas de la planta baja se ven unas pesadas macetas con plantas frondosas. Tal vez era ahí donde vivía. Podría preguntar, pero carece de importancia.

Oskar es un caso llamativo y raro. Un trabajador que sobrevive a una explosión. Por eso lo han puesto en una habitación propia. Tiene el techo alto. Como debe permanecer allí ingresado mucho tiempo, han colgado en la pared, enfrente de la cama, un retrato de la familia real. El rey y la reina están sentados, los príncipes y las princesas, los cuñados y los primos están de pie. Colores aguados, desvaídos. La habitación de Oskar se encuentra en lo más alto del hospital. Por la ventana se ve el cielo y la silueta de los tejados de latón al fondo de la imagen. A veces aletea en la imagen una paloma. A veces son dos, o diez.

—Bueno, me limitaba a estar boca arriba y a mirar por la ventana. No se veía nada, pero supongo que yo esperaba que allí fuera pasara algo. Para aliviar el dolor no podían hacer mucho, claro. Al cabo de medio año más o menos, apareció por fin algo al otro lado de la ventana. Un globo amarillo con una cesta debajo. Pasó por delante de la ventana. Lo estuve viendo a lo lejos un buen rato. En la cesta había tres personas. Miraban en distintas direcciones. Se conoce que se trataba de una competición, y estos se habían despistado, habían perdido el rumbo.

»Uno nunca aguanta el dolor, pero sí que se acostumbra a él. Lo peor era lo del ojo. No me dolía nada, pero el hueco donde había estado me resultaba desagradable en otro sentido. Quería parpadear, aunque no había nada con que hacerlo. De aquella época recuerdo muy bien lo que pensaba, seguramente porque no hacía nada.

El caso de Oskar lo han descrito con detalle tanto expertos en explosivos

como médicos. Hay bocetos y radiografías, fotografías. Ahí están los áridos datos de los informes hospitalarios. Ahí está el relato desenfundado de Norström sobre lo que ocurrió aquella tarde de sábado poco después de las tres. Ahí están las palabras del propio Oskar. Tres frases. Breves, dubitativas.

—Acababa de echar mano del cable de encendido. Iba a empezar a tirar. Y entonces se vio como un rayo.

El caso de Oskar resultaba inexplicable. Los expertos en explosivos hablaban de impulsos eléctricos, sobrecalentamiento... Los médicos hablaban de una suerte inconcebible al ver las heridas. Pero el caso se diagnosticó como «pese a todo y en el fondo, imposible de describir cumplidamente».

Un catedrático de universidad fue varias veces a visitar a Oskar aquel otoño. Era teólogo.

—Como todo el mundo, él también me preguntó si recordaba algo. Pero yo no recordaba nada. Me preguntaban si todo se volvió negro de golpe, y les dije que se volvió blanco. Me preguntaban cuándo volví en mí de nuevo, y les respondí que no lo recordaba. Pero no me creían. ¿Por qué iba a ocultarles algo? Era solo que no me acordaba de nada.

El informe médico está escrito con letra apretada y poco legible. Aún se conserva. ¿Para quién?

Después de una violenta lluvia de agosto, Oskar se da cuenta de que hay una gotera en la esquina, justo encima del infiernillo. Le echo un vistazo y veo que la tela asfáltica del tejado está podrida por las esquinas.

—Habrà que hacer un tejado nuevo. Si seguimos vivos, será buena cosa tenerlo listo.

La tela asfáltica llega con el barco del correo. Mientras la claveteo tendido sobre el tejado escucho Radio Nord, que me llega desde la habitación que queda debajo. A veces se oye un arrastrar de pies en el suelo. Dentro de diez minutos estará listo el café.

Café de puchero, bastante flojo.

El último verano, Oskar volvió al piso el 24 de octubre. Soplaban un fuerte viento del norte y al barco le costó atracar junto a los tres tablones del muelle de Oskar.

A mediados de noviembre empezó a notar dolor en una pierna. Por las mañanas la tenía casi muerta, sin sensibilidad. Fue al hospital y lo ingresaron por segunda vez en su vida. En esta ocasión, no volvería a salir de allí. Se le gangrenó la pierna. Se la amputaron. Y una mañana, poco antes de Navidad, sufrió un derrame cerebral. Se le paralizó la pierna que le quedaba, y también un brazo, y perdió el habla. Así estuvo hasta primeros de abril. Entonces se le repitió el derrame y murió una hora después de la medianoche del 9 de abril.

Era un martes. El entierro se celebró el sábado. A las 12.45 empezaron a tañer las campanas, y quienes entraron en la iglesia fueron sus tres hijos. El ataúd era marrón. Había velas encendidas y un fondo de flores sencillo que había preparado la funeraria. Dos piezas breves de órgano, las palabras del pastor según el libro y se terminó el acto. Fuera hace fresco. En el cementerio están arreglando los setos. Los tres hermanos se van juntos, toman café juntos, acuerdan un día para repartir la herencia.

El lunes aparece la esquila en el periódico local, el último periódico que queda.

Ya se ha celebrado el funeral.

La urna con las cenizas la entierran al cabo de algo más de un mes. El hijo de Oskar se acerca al cementerio en la hora del almuerzo.

El reparto de los bienes va rápido. Los muebles no los quiere nadie. Las sábanas, los enseres domésticos, unos libros, los cuadros y el televisor se los

reparten sin problemas. El poco dinero que hay basta para pagar el entierro. La ropa va a la hoguera.

Nadie recogió nunca lo que Oskar había dejado en la sauna. Allí sigue la radio, un bote de pastillas efervescentes con monedas de diez *öre*, unas sábanas y un almohadón. Un espejo, un cazo y unas tazas azules desportilladas.

El olor sigue allí. Un olor amargo a hombre viejo.

Las palabras clave

El relato.

Perlas minúsculas de historia que juntas forman un rosario.

Las anotaciones y los recuerdos. Oskar Johansson, que son dos. Un dinamitero real, que los veranos vivía en una sauna. Otro Oskar Johansson que se convierte en parte de un relato. Pero los dos murieron un día de un derrame cerebral.

El relato es un intento de reconstruir lo que Oskar no dijo nunca en realidad. Un intento de describir las causas de los cambios que experimentó.

Y para ello hay algunas palabras clave.

—Yo jugaba a los mismos juegos que los demás.

—Naturalmente, seguí trabajando de dinamitero en cuanto me curé.

—Uno siempre ha sido un trabajador.

—Han cambiado muchas cosas, sí, pero no para nosotros.

Elly

Una lámpara de noche con pantalla proyecta una luz débil y pálida. Oskar está boca arriba en la cama y respira acompasadamente. Tiene la cabeza cubierta con un vendaje blanco. Sobre el ojo izquierdo se ve una gruesa capa de gasas, sujetas con vendas alrededor de la nuca y de la barbilla. El edredón azul y blanco lo cubre hasta el cuello. Lo que se ve de la cara de Oskar, la boca, el ojo derecho, que tiene cerrado, una mejilla, la nariz..., todo está amarillento. Tiene los brazos extendidos por fuera del edredón. El brazo derecho termina en un amasijo redondo de gasas y vendas. La mano izquierda tiene la misma forma, una bola de color blanco. Allí donde se encuentran el vientre y los genitales se eleva el edredón empujado por todos los vendajes informes que le cubren las heridas que le causó la dinamita.

La cama de Oskar es de color gris azulado. En algunos sitios se ha caído la pintura y debajo se ve brillar el acero. A los pies de la cama están colgados los informes médicos. La curva de la fiebre dibuja perfiles de un paisaje alpino que se desliza suavemente hacia un territorio más plano y sin accidentes. Las cortinas están echadas. Todo lo que hay en la habitación es rígido y blanco.

Una enfermera de noche con el pelo blanco abre la puerta cuidadosamente. Se acerca a la cama sin hacer ruido, se inclina sobre Oskar, escucha atenta y le pone la mano en el corazón. Luego se vuelve, sale y cierra

la puerta sin hacer ruido.

Oskar no está dormido. Está allí tumbado escuchando su dolor. Bajo las vendas del ojo nota un estremecimiento en la cuenca vacía. Trata de recrear mentalmente el agujero, pero la imagen oscila temblorosa e insegura. Primero ve un agujero rojizo, luego cambia la imagen y lo que distingue es una pústula viscosa que flota en un cuenco de piel. El ojo no está, pero los espasmos, el eco de los parpadeos sigue ahí. La persistencia del recuerdo le produce unas náuseas leves y recurrentes. Oskar trata de forzar los pensamientos y las imágenes para que se centren en otras cosas, pero cada tres segundos parpadea, y la cuenca vacía del ojo izquierdo responde.

Por los genitales siente un dolor constante. Nota el palpitar y el desgarramiento en todos los circuitos nerviosos. No sabe qué ha pasado con exactitud, solo que tiene destrozada la mitad de los órganos sexuales. Pero que las vías urinarias y el escroto se han salvado. Él no lo sabe, no lo ha visto. Lo tiene todo vendado formando un abultado paquete, pero nota que supura y está pegajoso por dentro. Cada vez que le cambian el vendaje se propone armarse de valor y mirar, pero al final o no puede o no tiene fuerzas. Cada movimiento, cada giro del cuerpo le provoca un dolor insufrible y grita siempre que se mueve. Al principio trataba de contenerse por todos los medios. Se mordía la lengua, tensaba todos los músculos del cuerpo para oponer resistencia al grito que le burbujeaba en el pecho, pero nunca lograba impedir que saliera por la boca como un chorro. Ahora grita sin tratar de impedirlo.

Oskar dormita todo el rato las veinticuatro horas. No hay frontera entre la noche y el día. Cinco veces al día le dan alimento líquido, una mano cálida que le sujeta la cabeza por la nuca, y cada trago le reaviva la llama de la tortura. Cuando ha orinado, le cambian las vendas. Luego duerme, se despierta cuando se mueve, se queda tumbado mirando alrededor o cierra los ojos, y el día no se diferencia de la noche. El tiempo se funde y los pensamientos y las imágenes aletean en el interior de su cabeza.

La situación no tiene para él el menor atisbo de realidad. Todo le es extraño y ni siquiera cuando las medicinas solo lo aturden un poco es capaz de entender ni remotamente lo que ha ocurrido. Nada resulta comprensible.

No ve ninguna imagen de rocas que explotan. No hay ninguna imagen en la que él se encuentre a cierta distancia, en el calor del mes de junio, en la que se vea a sí mismo junto a una pared rocosa con una mano en el cable de encendido, y en la que luego ve cómo todo explota y desaparece en el vacío. No hay ninguna imagen en la que se vea retorciéndose tendido en el suelo. No hay ningún sonido de los gritos atronadores de Norström ni del llanto del joven peón. Por la cabeza de Oskar se pasea una hilera interminable de gente vestida de blanco. De blanco y con el rostro claro que a veces adopta la forma del de Elly. Caras que se inclinan sobre él, le sonrían, le acarician la mejilla, le alisan la manta, le cambian el vendaje. La realidad se ve reducida a lo netamente presente. Todo lo demás se ha desdibujado. Dentro del cráneo no lo mira ningún recuerdo. Ningún elemento procedente del pasado aparece. Su mundo es tangible y fácil de comprender. Termina en aquellas paredes. La infinitud es el cielo azul o gris. Los viajes son la cama, que llevan sobre ruedas por los pasillos a radiología o al laboratorio. Las caras que se inclinan sobre él mientras está en la cama son a un tiempo proceso y recuerdo.

Lo único presente de otro tiempo es la cara de Elly. Aún no le han permitido visitarlo. Aún se encuentra demasiado grave. Pero ahí está la cara de Elly, que se inclina sobre él con esa sonrisa apretada. A veces, durante el día, ve la cara al otro lado de la ventana, como un relieve sobre un fondo gris o azul.

Y luego están los sueños. Coloridos y caóticos. Como se despierta tan a menudo, casi siempre los recuerda. Cada nuevo estado de vigilia comienza con el recuerdo del último sueño que ha tenido.

Sueña que está sentado en un sótano oscuro cosiendo banderas. Un estrecho ventanuco justo allí donde la pared se convierte en techo arroja una leve luz en la habitación. Son muros grises, desnudos. El suelo es de barro prensado. Hace frío y humedad. Está sentado encima de una mesa de madera mientras cose el dobladillo de banderas de dos metros de largo. Apoyado en una de las paredes se ve un rollo de tela con los colores azul y amarillo. La cruz amarilla ya está estampada en la tela rugosa. Él cose sentado, la aguja atraviesa el dobladillo y el hilo se enrolla formando una espiral regular. De repente, la bandera que tiene sobre las rodillas empieza a agitarse. Empieza a

correr el aire en la habitación y la bandera le da en las rodillas como si soplara mucho el viento.

Sueña que Elly y él corren de noche por una calle y persiguen a una rata que galopa ante ellos. Es tan grande como un pastor alemán. Tiene el pelo pardo manchado de moho. La cola gris va dando contra los adoquines como un cable de acero. Elly y él corren detrás de la rata. De repente, ve que Elly también es una rata, con unos ojillos casi negros.

Se despierta y deja que las imágenes de los sueños se repitan una vez más. Para él son imágenes, superficies. Nada más. Oskar abre el ojo, el hueco vacío del otro se estremece bajo la venda, y ve enfrente el retrato de la familia real.

Empieza a amanecer. La luz gris se va extendiendo. Comienzan a llegar a la habitación sonidos débiles procedentes del pasillo. Pasos, unas voces que se oyen de pronto al otro lado de la puerta y desaparecen enseguida.

Oskar lleva ingresado en el hospital dos meses y diez días. Fuera, el verano empieza a tocar a su fin y los dinamiteros acaban de abordar el tercero y último de los túneles para el ferrocarril.

El día que tiene Oskar por delante es distinto. Hoy podrá recibir visitas sin que él lo sepa aún. Irá Elly. Irá Norström. Y, a través de sus palabras, Oskar empezará a comprender lo que ocurrió de verdad. Los pensamientos empezarán a ser preguntas, las imágenes y los sueños empezarán a ser otros.

Es por la tarde, y Norström llega el primero. Entra en la habitación. Se ha cambiado y no viene con la ropa de trabajo, sino con un traje negro que le queda estrecho. El cuello le aprieta, está asustado y tiene la cara sudorosa. Hace con la boca un movimiento circular y trata de mojarse los labios de saliva. Acerca una silla y se desploma al sentarse. Se limita a mirar a Oskar.

—Vaya, Johansson, así que vas a salir de esta. Joder, no está nada mal. Creíamos que la cosa se había ido a la mierda, claro. Era imposible creer lo contrario. Aquello explotó a no más de medio metro de ti. La montaña entera estuvo a punto de derrumbarse.

Se seca los labios y trata de ocultar la mezcla de asco y malestar que

siente ante la visión de Oskar, que está envuelto en vendas y sábanas.

—Supongo que te duele muchísimo. Tenía muy mala pinta.

Oskar mira con su único ojo. Reconoce a Norström, pero no entiende lo que le dice y no es capaz de situarlo en ningún contexto.

—No me quedará mucho rato. Me han dicho que tenías otra visita.

Norström trata de sonreír. Se siente inseguro y quiere irse después de aquellos pocos minutos. Tiene la boca seca, y los labios se le mueven cada vez más rápido. Trata de lamerse los dientes para activar la salivación.

—A partir de ahora vendremos a menudo, alguno de los muchachos o yo mismo. Hasta hoy no nos lo han permitido.

Silencio. Oskar trata de sonreír, pero las vendas le tiran.

—Bueno, pues me voy ya.

Norström se levanta, se pregunta si debería devolver la silla a su sitio, pero la deja donde está.

—Bueno, pues adiós. Que te mejores.

Norström se dirige a la puerta, se da la vuelta y mira una vez más a Oskar. Luego sale y cierra despacio.

Oskar permanece inmóvil. Los recuerdos de algo desconocido empiezan a rozarle la conciencia. Pero aún no sabe lo que es.

Elly.

Está sentada en el borde de la cama, mirándote.

¿De verdad fue tan terrible?

Debe de doler mucho, ¿no?

¿No ha quedado nada del ojo?

Oskar.

La veo sentada en el borde de la cama. Reconozco ese vestido.

No lo recuerdo.

Me he acostumbrado.
No, me temo que no queda nada.

Elly. Cuéntame qué ha pasado.

—El lunes leí en el periódico que estabas muerto. Se había resbalado de la mesa y había caído al suelo del recibidor. Iba simplemente a recogerlo. Me dirigía a la cocina para tomarme el café del desayuno.

Ha empezado a llorar. Muy agitada, se inclina hacia Oskar, que está tendido en la cama con el edredón subido hasta la barbilla.

—Fue espantoso. Creí que me iba a desmayar. Tuve que sentarme en el suelo. Me quedé sentada encima de los chanclos temblando de los pies a la cabeza. Luego fui en busca de la señora y le dije que mi marido había muerto, y la señora, que estaba desayunando en el sofá pequeño, se enfadó porque no había llamado a la puerta.

—Elly, pero si tú no estás casada. O al menos, yo no tenía noticia. Vuelve al cuarto de los niños, anda. No puedes dejarlos solos. Venga, ve.

—Pero mi marido ha muerto. Acabo de leerlo en el periódico.

Elly se queda con el periódico en la mano. Da los pasos que la separan del sofá donde está sentada la señora tomándose el té y le muestra el periódico. Lo sujeta con las dos manos.

—Lo dice aquí.

Y la señora coge el periódico, lee la noticia.

—Elly, tú no te llamas Johansson, te llamas Lundgren. Si Johansson es amigo tuyo, comprendo que estés triste. Pero vuelve al cuarto de los niños, anda. Tienen que estar acompañados. Y sal con ellos esta tarde. Lo necesitan. Hace buen tiempo. Anda, vete. Y deja el periódico aquí.

Y la señora vuelve a centrarse en el desayuno y Elly sale al pasillo.

—Cierra la puerta, Elly.

Elly cierra la puerta. Vuelve a su cuarto y se tumba en la cama. Se encoge, adopta la postura fetal y tensa todos los músculos del cuerpo. Se

mueve despacio. Se mece.

Pero ¿y el accidente, Elly?

¿Qué quieres decir?

Si yo no sé nada.

Elly se sienta en el borde de la cama. Lleva puesto el vestido blanco.

—Me han contado que hubo una explosión. Te llevaron a través de toda la ciudad en una carretilla. Nadie creía que fueras a sobrevivir. En el periódico decía que habías muerto.

Y de repente estás ahí, Oskar. Junto a la pared de roca, una tarde de junio, y empiezas a tirar de un cable de encendido que sobresale, retorcido, de un agujero. Pero ¿y después? El ojo va de la cara de Elly al retrato de la familia real que hay colgado en la pared. Y entonces te ves a ti mismo. Estás en lo alto de la pendiente, a unos metros de donde están trabajando en el túnel. Te ves junto a la pared rocosa y de repente explota la montaña entera y sales despedido hacia atrás y tu cuerpo queda mutilado sobre la grava.

Elly pone la mano en el edredón. Es una mano ligera, apenas la notas.

—¿Fue así? ¿Así ocurrió?

—Sí.

—¿Un accidente?

—Sí.

Por eso estoy aquí. He sufrido un accidente, una explosión. Un estallido que te pilló por sorpresa. La dinamita que salió disparada de la montaña con una fuerza desquiciada y te hizo pedazos.

Elly.

—Me alegro muchísimo de que estés vivo, Oskar.

La visita de Elly.

Primero, a diario. Luego, cada tres días. Más adelante, una vez a la semana. Después, una última vez.

Elly, con un vestido blanco. Está junto a la cama. Se mira las manos, que tiene entrelazadas.

—¿Qué pasa, Elly?

—Estoy con otro hombre. Nos vamos a mudar de la ciudad.

Y ves que le sobresale un poco la barriga. Pero ¿tú qué piensas? ¿Qué sientes?

—No lo recuerdo. Es difícil, claro. Fue algo inesperado. Porque había venido a verme la semana anterior y no había dicho nada. Tampoco la vi rara ni nada por el estilo. Supongo que la cabeza decía no, no. Pero claro, es fácil de comprender. Seguro que yo tenía una pinta horrenda. En aquellos tiempos hacían falta fuerzas y hombres sanos. Y se casó con un buen hombre. Hace unos años, cuando Elly murió, vi por la necrológica que había muchos hijos y muchos nietos. Uno de ellos se llamaba Oskar, lo recuerdo bien.

Oskar Johannes Johansson

Oskar está sentado en la silla. Tamborileando con el dedo índice. Es por la tarde y estamos esperando a que deje de llover. Empieza a oscurecer en la sauna. El quinqué está encendido. No vamos a echar las redes. Es demasiado tarde. Muchas noches nos limitamos a sentarnos a esperar a que deje de llover. Si se pasa toda la noche lloviendo, Oskar se queda despierto. Nunca duerme cuando llueve.

—Me cuesta conciliar el sueño.

Agosto. El archipiélago ha empezado a quedar vacío de veraneantes. Los barcos que pasan por la isla son cada vez menos. Ahora solo queda la población residente. Esta mañana, cuando sacamos las redes, vimos un velero solitario que se alejaba mar adentro.

Elly se marcha. Está contenta porque Oskar no va a morir. Le promete que escribirá. Roza el edredón con la mano. Luego se va.

Y Oskar se queda tendido en la cama y en la cabeza le resuena un no, no. No puede evitar que el ojo empiece a llorarle. Y la cuenca vacía responde.

Las demás visitas.

El teólogo.

Norström.

Los otros dinamiteros.

Pero ¿y sus padres? ¿Sus hermanos?

El tercer verano, me cuenta lo siguiente:

—La cosa se había torcido entre mi padre y yo. Él tendría algo más de cincuenta años, estaba cansado y destrozado. Era vaciador de letrinas. A eso se dedicaba, y era un trabajo duro. Eran tres, a cuyo cargo tenían un montón de casas, y debían trabajar las veinticuatro horas. A veces decía que él lo tenía peor que todos los demás. Un obrero de mierda, eso soy yo. El año entero. Nunca libraba, y no era posible deshacerse de aquel olor. No recuerdo haber oído su risa ni una sola vez. A veces sonreía, pero entonces parecía más bien triste. En cualquier caso, la cosa se torció. Fue a causa del agitador. Iba a celebrarse una reunión en otra granja de por allí y yo pensaba asistir. No el tal Palm, otro menos conocido. Vendedor y agitador. Era natural de Blekinge y hablaba un dialecto muy gracioso. Pero se expresaba bien y, cuando terminó la reunión, estábamos indignados. Le compré un periódico por cincuenta öre, y, cuando llegué a casa con él y lo dejé sobre la mesa de la cocina, mi padre lo vio y se enfadó. Lo cogió bruscamente, se quedó mirando una foto del rey y luego se dio cuenta de que debajo había un dibujo, el rey estaba encima de una cabeza que representaba a un estibador o algo parecido. Entonces dijo que él no quería tener aquello en su casa. Que esas cosas solo acarreaban más desgracias. Luego se me quedó mirando y me preguntó si yo era de esos. Y le dije que sí, más que nada por llevarle la contraria.

—¿Y qué aspecto tenía tu padre?

—Es difícil de decir. Sobre todo estaba cansado.

Un día laborable de 1910. Una conversación.

—¿No se puede prohibir? Son muy fáciles de provocar.

—No lo creo. Irán arrasando un rato. Luego se calmarán.

—¿Y no sería mejor prohibirlo?

—Naturalmente. Pero no creo que se consiga más que con amenazas. El propietario de la finca ha dado permiso.

—¿Quién es?

—No lo recuerdo. Pero es el cervecero.

—¿Kvist?

—El mismo.

—¿Qué creen que van a ganar con esto? ¿Acaso entienden los trabajadores de verdad lo que les dicen?

—Algunos puede que sí. Pero la cuestión es que hablan un lenguaje donde uno y uno son dos, sin trampa ni cartón.

—¿Cuál es el tema?

—Nada, vamos a hacer la revolución...

Risas. Desganadas, indiferentes.

—El partido crece.

—Claro que sí. Pero eso no importa. Las fuerzas están de nuestra parte.

—Por así decirlo, sí.

—¿Tú crees que se producirán enfrentamientos?

—Seguro que sí. En algún momento.

La conversación se agota. Aquellos señores tan orondos se levantan, se dan la mano y salen cada uno por su lado. Con pasos lentos, con los ojos clavados en el suelo.

—Seríamos quince niños y quizá diez adultos los que formábamos el público. No puede decirse que se tratara de una reunión multitudinaria. El que hablaba era de Blekinge y pensaba ir a distintas granjas. Pero al final no hubo más que aquella reunión. Al parecer tenía que irse de viaje. Se subió a un tonel, y nosotros nos quedamos a unos metros mientras los niños corrían por allí,

aunque a él, por lo visto, no le importaba. Nos resultaba extraordinario que pudiera estar hablando tanto tiempo sin leer ningún papel. Tenía buena voz. No gritaba, como otros. Y lo cierto es que entendimos bastante de lo que dijo. Recibió aplausos. Unos cuantos le compramos la revista que llevaba. El dinero iría destinado a financiar la continuidad de la publicación. Luego se acercó para preguntarnos en qué trabajábamos, si estábamos en el partido, cuánto ganábamos. Muchos le dijeron que la cosa estaba fatal, y él se mostró de acuerdo. Seguramente era un hombre muy inteligente y se supone que nos hizo sentir como debíamos, importantes y fuertes. Yo conservé aquella revista muchos años.

—Pero la cosa se torció. Si me hacía socialista, no podría quedarme en casa.

¿Dónde estaba la madre de familia? ¿Escuchando desde la cocina? ¿Dijo algo? ¿Y los hermanos?

Oskar se ha quemado con el sol. Ha sido un verano caluroso. Los párpados pegados sobre la cuenca vacía del ojo izquierdo brillan con ese color moreno claro.

Oskar Johannes Johansson. Oskar es por el rey. Johannes por el abuelo. Oskar no lo conoció. Murió en 1886, a los noventa y tres años.

—Si hubiera nacido un poco antes, habría podido conocer a alguien nacido en el siglo XVIII. El abuelo era de un pueblecito a orillas del lago Boren. Participó en la construcción del canal de Göta. Cuando terminaron la obra, empezó a trabajar en una de las esclusas. Y allí se quedó y trabajó durante toda su vida. Se ve que tuvieron seis hijos, pero mi padre fue el único que

sobrevivió. En los años treinta, no sé cuándo, estuve allí. La esclusa sigue en su sitio, y tiene el mismo aspecto de siempre. Fuimos allí en bicicleta un verano, el chico y yo. Nos quedamos el día allí viendo las embarcaciones que pasaban. Atravesaron el canal cuatro buques con madera, uno con ladrillo, procedente de Linköping, y el barco de pasajeros. Si hubiéramos tenido dinero, habríamos vuelto a Söderköping en el barco, y luego en bici hasta nuestra casa. Pero era demasiado caro. Y yo entonces no tenía trabajo. Pero fue interesante verlo.

También estuvimos en el cementerio buscando la lápida. Johannes Johansson, dice. Debajo se lee: Brita Johansson. Ella murió casi diez años antes que él. No había fotos de ninguno de los dos, así que no sé cómo eran. Pero luego mi padre se fue a Norrköping. Quería vivir en la ciudad, como tantos otros, porque por aquel entonces empezaban a abrir fábricas. Pero mi padre se convirtió en limpiador de letrinas. En toda su vida no tuvo otro trabajo. No había en él nada extraordinario. Hacía lo que tenía que hacer. Y nunca creyó que se pudiera hacer nada mejor. Yo creo que estaba amargado. Trabajó a destajo toda su vida, sin parar. Seguramente tuvo tiempo de pensar mucho. Murió en 1936. Él también vivió muchos años.

Oskar Johannes Johansson ha sido un trabajador toda su vida. Igual que su padre. Igual que su abuelo. Vigilante de la esclusa, albañil en la construcción del canal. Limpiador de letrinas. Dinamitero, dinamitero. Johannes, su padre, Oskar.

El hijo de Oskar tiene una lavandería en la ciudad. Es trabajador por cuenta propia. En la guía de teléfonos figura como director.

Era una casucha de madera, gris y mal aislada, igual que las demás, y hacinada junto a ellas. Detrás de las casas había una hilera de jardines parecidos, con una caseta de madera que hacía la función en parte de letrina y en parte de leñera. Las barracas estaban unidas por una alta valla de madera que se alzaba en el borde de un precipicio de unos treinta metros de altura.

Por allí pasaba el ferrocarril que iba y venía de la ciudad.

Axel Johansson vivía con su familia en el segundo piso de una de las casas grises de madera. Una cocina, una habitación. El apartamento tenía dos ventanas y las dos daban al jardín trasero. En la habitación estaba la cama de los padres. El cuarto de los niños era la cocina. Oskar tenía una cama estrecha de madera que colocaban en el rellano de la escalera durante el día. Karl dormía en el banco de la cocina que había debajo de la ventana, y Anna en el otro banco de madera, el que estaba a este lado de la mesa. La cocina era tan pequeña que apenas podíamos movernos en ella más de dos personas al mismo tiempo. Por las noches, cuando todos estábamos en casa, unos nos sentábamos en la cocina, y los demás, en el dormitorio, encima de la cama. Y así hablábamos de una habitación a otra. Era un piso frío y con mucha corriente. En invierno no había forma de caldear el ambiente a más de doce grados, por mucho que atizáramos la chimenea.

Los datos que ofrece Oskar son pobres y escasos. El narrador tendrá que ensamblar los fragmentos hasta obtener un todo grisáceo. La información va apareciendo como apéndices cuando Oskar habla de otros temas.

—Era como las casas de los demás trabajadores. Ni mejor ni peor. Nosotros éramos muy pocos niños, algo excepcional, así que seguro que teníamos más sitio que la mayoría. Por lo demás, eso era lo que conocíamos. Y no había nada esperanzador en el horizonte. Allí estaban las casuchas en las que nos hacinábamos y nos moríamos de frío los trabajadores. Y los grandes pisos y los bloques de piedra del centro. Y también los chalets con sus jardines. Sin embargo, todo aquello me resultaba tan ajeno que apenas había reflexionado al respecto hasta después del accidente, cuando empecé a pensar así, en general.

»Una noche, lo recuerdo bien, durmieron en nuestra casa once personas más. Se había producido un incendio en la ciudad, en alguna parte, y todo el

mundo tuvo que echar una mano. No comprendo cómo nos las arreglamos para que durmieran allí dos adultos y nueve niños más. Aunque solo fuera una noche. Pero se la pasaron llorando. Lo habían perdido todo. Y encontrar otra vivienda era difícil. Las casas de madera siempre estaban a rebosar. Y no había otra opción. Lo recuerdo solo vagamente. No era muy mayor cuando ocurrió.

Así vivía Oskar.

Así vivía Elly.

Y su hermana.

Los dinamiteros.

Todos los demás.

Pero los partidos de los trabajadores crecieron. El derecho al voto, la vivienda, el horario laboral, el salario. Los nervios de ese cuerpo vivo que era la sociedad empezaron a moverse.

Hay un detalle del piso donde pasó Oskar su infancia que destaca con más claridad que el resto.

Es una piedra que Johannes Johansson encontró un día cuando estaba trabajando en la construcción del canal. Es un pedazo de granito totalmente redondo, pero en una parte tiene una grieta de color rojo que atraviesa el granito como una cruz. La piedra cabe en una mano. La cruz es roja y la piedra blanca. Axel Johansson se la llevó cuando se fue a la ciudad. Al morir, Oskar la heredó. Ahora la tiene al lado del transistor, encima del hule verde.

—No digo que vaya a pedir que la pongan en mi tumba, pero bonita sí que es.

La sopeso en la mano y trato de detectar el significado. Es un recuerdo. El padre de Oskar la llevaba en el bolsillo o envuelta en un pañuelo cuando recorría los caminos de grava hasta la ciudad. Ahora está en la sauna de

Oskar. En la parte trasera se ha soltado una lasca.

—Siempre la ha tenido. Cuando éramos pequeños preguntamos cómo se había hecho la grieta, pero siempre había estado ahí.

La piedra es como una bola de cristal. Sostenla en la mano, sumerge la mirada en el granito blanquecino y en la cruz de color rojo.

El verano posterior a la muerte de Oskar nos llevamos la casa haciéndola rodar sobre unos troncos. Somos cinco. Cargamos la sauna en una barcaza y la transportamos hasta la otra orilla de la isla, donde deberá permanecer en lo sucesivo. Trabajamos un día entero, pero luego ahí está, debajo de unos robles muy altos, en la cima de una colina. Trasladamos la sauna en junio. Hace calor, y no terminamos hasta última hora de la tarde.

Hacia las cinco de la mañana voy caminando por la playa, giro a la altura de unas rocas escarpadas y llego al cabo de Oskar. La niebla lo envuelve todo y las botas se me hunden muy profundamente en la tierra.

Las cuatro piedras angulares. En el suelo, entre ellas, la hierba está amarilla y muerta. Hay una portezuela oxidada de un horno, un tubo negro de chimenea con grandes agujeros. Fragmentos de cristales rotos, un par de tapones de botellas de aguardiente. Una lata oxidada que servía para guardar el cebo de pescar. Al ponerla boca abajo veo que caen porosos hilillos grisáceos de musgo. En el fondo de la lata hay un gusano tieso. Parece una raja en el metal. En el sótano hay una botella de cerveza vacía.

Subo por detrás de las piedras angulares y cojo la cuerda gris llena de pinzas de la ropa.

Es un verano espléndido. La hierba pronto estará muy crecida. Los arbustos crecerán por encima de la portezuela del horno y el tubo de la chimenea.

Me siento en el bote de masonita de color verde. Me alejo remando del cabo.

A finales de los años cincuenta hubo un fotógrafo que viajó por el archipiélago para tomar fotografías con el fin de hacer postales. Visitó las islas en octubre, y las fotos son frías y nada agradables. Todas son en blanco y negro y no se vendieron muy bien. Unos años después aparecieron las fotos en color, y las postales en blanco y negro pasaron a engrosar los restos que quedaban en los almacenes de los comercios.

Ahí encontramos una postal de la isla. La sauna se atisba como un decorado negro entre las ramas desnudas de los árboles. El fotógrafo debía de hallarse a unos treinta metros de la playa cuando tomó la foto.

Al contemplarla creo intuir que la puerta está entreabierta.

—Recuerdo la primera vez que vi a Norström. Entonces no estaba tan gordo como llegó a ponerse después. Estaban dinamitando para despejar el terreno por donde pasaría la carretera nacional. Llegué en mitad de la jornada.

—Si quieres ser dinamitero, ya puedes aplicarte bien, demonio de muchacho.

—Pues eso haré.

—Muy bien. Yo soy Norström.

Oskar Johannes Johansson. Peón, dinamitero, dinamitero otra vez. Casado con la hermana de Elly. Un hijo, dos hijas.

Oskar compra lotería. La tiene encargada en el quiosco en tierra firme. Una vez al mes le llega, con el barco de correo, un boleto de lotería. Y casi todos los meses gana. Cincuenta o veinticinco coronas, no más. Al día

siguiente, llega el pedido con el barco de correo. Pasa a las seis y media. Y a esa hora está Oskar saludando desde la puerta. La llegada del barco significa una botella entera de aguardiente.

Por la noche, el barco de correo atraca después de haber concluido el trabajo del día. El cartero va a la sauna.

Esa noche no echamos las redes.

—En casa ya nos habían advertido de los peligros del alcohol. Mi padre no bebía nunca. Luego, quienes nos enseñaron a ser socialistas también estaban en contra. Yo creo que no probé el alcohol fuerte hasta después de cumplidos los cuarenta.

Están sentados en la sauna, el cartero y Oskar. Dos vasos y gaseosa. El cartero, que vive en una isla no muy lejos de allí, alisa la gorra del uniforme.

A veces, cuando Oskar lo saluda desde la puerta por la mañana, pasa la tarde con él en la sauna.

¿De qué hablan?

Correo. Cartas. Paquetes curiosos.

Pesca.

Guardan silencio.

Cuando la botella está vacía, el cartero se va a casa.

—Es una mierda que haya que hacer una ronda también por la mañana. A veces se trata solo de una postal, y son tres horas de trabajo.

—Pues vaya.

—La gente escribe muchas tonterías. Suelo leer las postales.

—Demontre.

Expresiones típicas de Oskar. Recurrentes, con acento dialectal.

Demontre.

La gente habla.

Vaya que sí.
Mientras está viva y tiene salud.
Demontre.

—Hasta tres veces han dejado este verano una caja con un erizo. Los veraneantes no entienden nada. Los erizos casi nunca sobreviven al invierno en el archipiélago. Cuando vuelvan el año que viene, creen que habrá erizos por todas partes. Y no es así, claro...

Luego hablan del verano que han tenido con tantas avispas. Los avispones en el cobertizo donde guardan los botes. Tan grandes como el pulgar. Y venenosos en otoño.

¿Lo son más en primavera?

Bueno, depende, como casi todo lo demás.

El cartero habla. Oskar responde.

—Demontre.

—Vaya que sí.

La peste del lucio.

—Se ha extendido también al bacalao. Ni siquiera puede uno devolverlos al mar. Hay que enterrarlos. Pero es una mierda ponerse a enterrar pescado cada día. Tiene que ser por toda la basura que hay en el agua. Una mañana estuve a punto de chocar con un escritorio que estaba flotando en la superficie. Es una barbaridad.

A Oskar le entra sueño con el aguardiente. Cuando ha bebido, siempre duerme hasta muy tarde. El cartero le ayuda a meterse en la cama. Luego baja al barco, que ha tenido todo el tiempo con el motor en marcha, ese sonido monótono del motor de fuel.

Cuando Oskar se levanta por la mañana, sale y se tumba en la tierra, debajo de un roble. Sus ronquidos se alejan desliziéndose por la ensenada. Las hormigas rojas trepan por su cuerpo. Es capaz de dormir hasta que dan las doce.

De repente, Oskar hace una pausa, para los remos y contiene la respiración. Y luego, señalando con el remo izquierdo, dice:

—¿Qué es eso?

Yo vuelvo la cabeza y miro. Las platijas aletean levemente en la cubierta, delante de mí.

Ve algo blanco que flota en el agua, a unos diez metros.

—¿Vamos a ver?

Oskar se dirige allí remando y yo me asomo y echo mano de aquella cosa blanca.

Cuando volvemos remando a casa, llevamos en el barco tres cuadernos de bitácora empapados de agua. Al verlos más detenidamente comprobamos que proceden de un barco alemán, *M/S Matilda*, Bremen.

—El comandante estaría borracho y debió de hartarse ellos.

Sentado, trato de desentrañar las frases y las cifras que figuran en aquellas páginas. Las hojas se pegan y resulta difícil separarlas. Números, coordenadas, cargamentos, puertos... Le leo a Oskar en voz alta. Tenemos la puerta abierta y los mosquitos bailan por el cuarto. Oskar levanta la cabeza y los mira.

—A mí no me molestan. No pasa nada porque se lleven un poco de sangre.

Una vez cada dos semanas quemamos basura en la tranquilidad de la noche. Los cuadernos de bitácora arden entre bolsas de plástico, restos de comida y periódicos. El plástico despide ese olor agrio tan propio y Oskar ahuyenta el

humo con el bastón.

—Tuve que empezar a usarlo hace diez años. Las lesiones en el estómago volvían a dolerme, y la cosa se mitigaba un poco si caminaba algo inclinado. Entonces resultaba útil el bastón.

Es marrón claro y tiene una contera de goma en el extremo.

—Es mi bastón de verano. En casa, en la ciudad, tengo otro. Ese es negro.

Ahora Oskar ya está muerto. Entonces vi el bastón como una vara amarilla con un capuchón negro de goma en el extremo y el mango algo desgastado.

Ahora recuerdo la expresión «bastón de verano».

Bastón de verano. Inclinado sobre las rodillas cubiertas con ropa azul.

Bastón de verano.

¿Bastón de invierno?

Oskar no quiere un garfio metálico en lugar de la mano dinamitada. Y tampoco quiere un ojo de cristal en la cuenca vacía. Quiere el muñón y los párpados cosidos.

Cuando sale del hospital está delgado y pálido. Camina con suma cautela. Va mirando dónde pone el pie, tanteando a cada paso, pone un pie delante de otro sin advertir las miradas de los que pasan a su lado. Las muecas que hacen al ver ese ojo deforme. Las muecas al ver el muñón que asoma por la bocamanga del abrigo.

Oskar sale del hospital en enero. Hace mucho frío y la nieve compacta cruje bajo sus pies. Le sale una nube de vaho por la boca y le arden las orejas. Oskar deja el hospital.

No le sale el solitario. Oskar junta las cartas para volver a empezar.

¿Qué hay entre solitario y solitario?

Hay fechas, sucesos. Desde 1910 hasta 1965, hasta 1969. Hay una realidad en permanente cambio, un Oskar siempre distinto. Ha sido un trabajador inválido toda su vida. Lo ha pasado igual que otros. Grandes fluctuaciones entre trabajo y falta de trabajo. Ahora gana más. Vive en una casa mejor. La sociedad cambia y Oskar cambia también. Oskar nunca habla de desarrollo. Habla de cambio, y el narrador piensa que es la palabra exacta para aquello a lo que Oskar se refiere. Oskar es un obrero. Pertenece a un grupo que, para él, está claramente definido y también claramente separado. Ahí las tenemos otra vez, las palabras clave. Sin cesar emergen a la superficie. Las palabras clave, que siempre vuelven, ordenan la vida de Oskar en algo más que fechas. Y son algunos de los cambios, no los súbitos, sino los que se producen lentamente, los que dividen en apartados la vida de Oskar. Una vez más. Hay algunas palabras clave. Los juegos, que eran los mismos. Uno siempre ha sido un obrero. Todo ha cambiado, pero no para nosotros. Oskar no tiene ninguna perspectiva acerca de sí mismo. Sostiene una y otra vez que él nunca ha tenido nada de extraordinario, pero no explica a qué se refiere con extraordinario. Dice que es uno más. Solo eso. Dinamitero y familia. Importante para la familia, pero para nada y para nadie más. No se siente partícipe de los cambios. Se han producido y le han influido. Pero él no los ha creado. El obrero es un ciudadano en la sociedad, pero son otras las fuerzas que operan y provocan cambios. Esa es la esencia del discurso de Oskar acerca de su condición de no ser extraordinario.

Y en ese punto es donde pensamos diferente.

Magnus Nilsson

El compañero de Oskar se llamaba Magnus Nilsson y Oskar se mudó a su casa un año antes del accidente. Magnus Nilsson tenía una vivienda idéntica a la que había sido anteriormente el hogar de Oskar. Las casas de madera seguían todas el mismo modelo. Las habían ido construyendo allí donde había espacio a medida que crecían las fábricas. En un principio se alzaban en los suburbios de las ciudades, pero luego fueron comiéndole terreno al centro de la ciudad al tiempo que esta se expandía. Magnus Nilsson vivía en otra parte de la ciudad, y allí se mudó Oskar cuanto ya no pudo seguir viviendo en casa por ser socialista. Magnus trabajaba en el mismo equipo de dinamiteros que Oskar y era uno de los que descubrieron su mano entre los dientes de león. Magnus había vivido en aquel piso toda su vida. Desde que murieron sus padres, los hermanos siguieron viviendo allí hasta que empezaron a mudarse uno tras otro y Magnus se quedó solo. Él nunca se casó. Ahora tenía cuarenta y cinco años y empezaba a estar hecho trizas. Era un hombre callado, menudo y bastante grueso. Tenía la cara tosca y angulosa, los ojos castaños hundidos detrás de unos párpados colgantes y el pelo negro y enmarañado. Era un buen trabajador y resultaba fácil trabajar con él.

Fue Magnus quien le ofreció a Oskar que se mudara y compartiera el piso con él. Sucedió un día, durante la pausa del almuerzo. Los dinamiteros estaban tumbados dormitando debajo de los abedules que había a unos metros

del lugar donde trabajaban. Estaban dinamitando una zona para construir un puente que pasaría por encima del ferrocarril. Sin saberlo, se encontraban justo detrás de la colina que al año siguiente quedaría atravesada por un túnel. Una conversación queda, parca en palabras. Están tumbados boca arriba en la hierba, con los ojos medio cerrados. Uno de ellos pregunta si alguien ha ido a escuchar lo que dice el propagandista.

—Yo. Era bueno.

Oskar se incorpora y se queda medio sentado.

—Habló de lo importante que es que nos hagamos miembros del partido. Cuando llegué a casa, mi padre me dijo que, si me hacía socialista, podía irme de casa.

Magnus Nilsson está tumbado, con los ojos cerrados. Sin moverse, dice:

—¿Tú eres socialista?

—Sí.

—Entonces puedes mudarte a mi casa. Hay sitio. Te dejo la cocina entera.

La conversación deriva en un diálogo entre Magnus Nilsson y Oskar Johansson. Los demás dormitan cuando lo que se dice ya no les atañe. Uno de ellos se ha dormido y ronca un poco.

—¿De verdad?

—Sí. Puedes mudarte cuando quieras.

Después de la jornada laboral, Magnus y Oskar se van juntos. Se llevan veintidós años y hay entre ellos una diferencia de treinta centímetros.

Dos semanas después, Oskar se muda. Lleva dos petates. Uno en cada mano. Llega hacia las nueve de la noche. Magnus prepara café y Oskar se hace la cama en el banco de la cocina.

—No habrá problemas con la llave, porque nos iremos y volveremos juntos.

—Eres muy generoso.

—Bueno, hay bastante sitio.

Cuando Oskar se marchó con sus petates reinaba el silencio. Su padre no había vuelto aún a casa y la madre no existe en los relatos de Oskar. Sus

hermanos estaban allí. Sus hermanos no estaban allí. Su madre estaba allí. Su madre no estaba allí.

Luego se sientan a la mesa de la cocina y se van tanteando. A partir de ahora van a vivir juntos. Se van haciendo preguntas de tipo práctico.

—Lo compartiremos todo. Y ya iremos viendo.

—¿Tú sabes cocinar?

—Claro, llevo mucho tiempo viviendo solo. Y puedo seguir guisando en lo sucesivo. No tiene nada de extraordinario. Comida normal y corriente.

—¿Te despiertas por ti solo?

—Pues claro.

Oskar pregunta por Elly.

—Claro, naturalmente.

—Será solo de vez en cuando. Algún jueves que otro.

—No pasa nada. Por mí no hay inconveniente.

Oskar pregunta sobre otros aspectos y Magnus responde. Pronto se conocerán. Pronto podrán hablar.

Oskar se refiere a Magnus con muchísimo cariño. Menciona a menudo la palabra «solo». La palabra «agotado».

—Como es lógico, era muy emocionante vivir solo. Para mí era eso, aunque viviéramos los dos juntos. La presencia de Magnus apenas se notaba. Cuando llegábamos a casa del trabajo, estábamos cansados y, después de comer y fregar los platos, nos íbamos a dormir. Los domingos yo salía por mi cuenta. Magnus siempre estaba en casa a mi regreso. No creo que saliera en todo el día. Se quedaba en su cuarto haciendo rompecabezas. O leyendo algún periódico. Para eso era socialista. A veces comentaba algo que había oído o leído, y al final siempre decía que eso lo van a cambiar los socialistas.

—¿De verdad lo crees? ¿Cómo lo van a hacer?

—Mediante la revolución. Naturalmente, es así como lo van a hacer. Cae por su propio peso.

—¿Cuándo?

—Pronto. Dentro de diez años.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque cae por su propio peso.

—A mí me cuesta creerlo.

—No es difícil. Llevamos veinte años organizándonos. Y la gente ha ido entendiendo cada vez mejor lo que implica el socialismo para ella. En el plano privado, quiero decir. Los burgueses hablan de asesinato, pero no es cuestión de eso. Es cuestión de que nosotros tengamos mejores condiciones en cuanto a la comida y la vivienda y esas cosas. Tenemos que participar en la propiedad de lo que da dinero. Tal y como están ahora las cosas no podemos seguir. Es que cae por su propio peso.

Cae por su propio peso.

¿Qué respondió Oskar? Caía por su propio peso, ¿lo entendió?

—Pero ¿cómo se va a hacer? ¿Vamos a luchar?

—¡Pues claro! Ellos no van a renunciar a nada voluntariamente. Si lo hacen, es que hay algo raro. Si lo hacen, nos están engañando.

—Luchar... ¿Y cómo?

—Con armas.

—¿Qué armas?

—Eso cae por su propio peso, tenemos que conseguir el apoyo de los que tienen armas.

—¿La policía?

—Ellos también. Algunos. Los suficientes.

—¿Tú crees de verdad que lo harán?

—Su situación también mejorará.
—¿Y los militares?
—Son trabajadores que hacen el servicio de los soldados.
—Pero ¿y los capitanes? ¿Y los demás, los tenientes?
—Ya, pero esos, ¿cuántos son?
—Ya, eso sí... Pero ¿cuándo va a empezar?
—Cuando seamos lo bastante fuertes.
—¿Y cómo lo sabremos?
—Lo sabremos. Eso cae por su propio peso.

Oskar está tumbado en su sofá.

Oskar está tumbado en su vieja cama de oficial.

Está despierto.

—Siempre le tuve aprecio a Magnus. Se podía confiar en él. Era un buen obrero. Un buen compañero.

Aún se conservan los registros del sindicato. Allí están todos. Johansson, Johansson, Karlsson, Lundgren, Larsson, Larsson, Marklund, Moqvist, Nilsson, Nilsson, Nilsson, Nilsson.

Hay dos M. Nilsson. Uno de ellos es Magnus Nilsson.

Elvira, la hermana de Elly

Magnus Nilsson ve a Elly varias veces, pero también está presente cuando Oskar se casa con su hermana. Oskar está contento y le rodea los hombros a su amigo con el brazo mutilado.

Elly, hermana.

Elvira, hermana.

—Nos conocimos en una manifestación. La verdad es que mucha gente se conocía así por aquel entonces. Y quizá no fuera tan raro. Era una de las pocas ocasiones que teníamos para juntarnos. Y, en esas circunstancias, era la casualidad la que te ponía al lado a una persona u otra. Y la gente se sonreía e intercambiaba unas palabras. Luego, cuando acababa la concentración, había que volver a la ciudad. No tenía nada de extraño. Puede parecer algo llamativo, pero no lo era.

Íbamos hablando y se ve que a ella no le parecía que mi aspecto tuviera ninguna importancia. En aquel tiempo había mucha gente herida. Casi todos los trabajadores sufrían un accidente tarde o temprano. Fueron muchos los que padecieron raquitismo, el mal inglés. Muchos sufrían ataques de tos

mientras cantábamos y algunos tenían que apartarse un poco del grueso de la manifestación hasta que se recuperaban. Unos cojeaban de un pie. Faltaban muchos brazos. Recuerdo que, durante muchos años, el que llevaba una de las banderas era un hombre que tenía un solo brazo. Un brazo de una fuerza impresionante. El otro se lo había rebanado una cortadora. A ras del hombro. Y también había muchas mujeres que solo tenían un brazo o que habían perdido varios dedos. Era casi algo natural. Después de la manifestación, tomamos café. Supongo que le pregunté si podía invitarla. Entonces me dijo que se llamaba Elvira y aceptó la invitación. Fuimos a una cafetería. Me contó que trabajaba en la fábrica textil. Era hilandera. Vivía con sus padres. Eran siete hermanos. Puede que dijera que una de las hermanas se llamaba Elly, pero no reparé en ello. Hablamos del tren, supongo. Recuerdo que dijo que solo se sabía la primera estrofa. Que leía muy mal, dijo. Y entonces me di cuenta de que entornaba los ojos, porque veía mal. Le pregunté por qué no llevaba gafas y me dijo que entonces perdería el trabajo. Pero ¿después del trabajo?, le pregunté. Y me dijo que tenía miedo de que la viera algún capataz. Pero tenía unas en casa. La mala visión era congénita.

Luego la acompañé a casa. Decidimos que nos veríamos la semana siguiente. Vivía muy lejos, en las afueras de la ciudad, en las casas más viejas y malas. Yo estaba muy contento de haberla conocido.

Cómo me iba a figurar que la muchacha a la que había conocido era la hermana de Elly. Fue una extraña coincidencia.

Cuando Elvira murió, Elly fue al entierro. Ella y Oskar se sentaron juntos en el crematorio. Los hijos de Oskar se sentaron detrás. Luego, cuando murió Elly, tan solo un año después, Oskar tuvo que enterarse por el periódico. De lo contrario habría ido. Eso lo sé yo sin necesidad de que él me lo diga.

En la mesa hay círculos pegajosos que han dejado las botellas de cerveza. En el local hay bastante gente y Oskar está sentado en un rincón y va saludando a los que entran y a los que salen. La mayoría son hombres. Es una tarde de

entre semana.

Entonces aparece Elvira y muchos se la quedan mirando mientras ella trata de localizar a Oskar desde la puerta. Al final, cuando ella se acerca y se sienta a su lado, algunos sonrían y le guiñan el ojo a Oskar y le hacen gestos de complicidad.

Piden café. Lo remueven en la taza, y esta vez es más difícil hablar.

Elvira lleva un vestido blanco. Se lo ha dado Elly.

—Es un vestido muy bonito.

—¿De verdad?

—El blanco es bonito. ¿Quieres más?

—Sí, gracias. Ya, gracias, ya no más.

—¿No le pones azúcar?

—No. Nunca.

—Pues yo sí. Siempre.

—Sabe mejor sin azúcar.

—¿Tú crees?

Están en el café, y se oyen murmullos y ruidos. El arrastrar de las sillas, que resuenan chillonas sobre el suelo de madera. El tintineo de tazas y copas.

Entonces viene la pregunta, y Oskar está preparado.

—Una explosión accidental, hace un año. En los periódicos dijeron que había muerto. Pero me libré.

—¿Qué sentiste?

—No lo recuerdo. Todo el mundo me pregunta, pero yo no recuerdo nada. Todo se volvió blanco, diría yo. Como tu vestido.

Elvira suelta una risita y baja la vista. Oskar pregunta cuántos años tiene.

—Este año cumplo veintidós.

—Yo tengo veinticuatro.

—Creía que eras mayor.

—Pues no.

Las cucharillas removiendo.

—¿Podemos vernos el domingo?

—Tengo que quedarme con mis hermanos para que mis padres puedan ir a la iglesia.

—Pues yo te ayudo.

—¿Te gustaría?

—Claro. Si quieres, voy.

—Pues ven a las once.

Luego pasean un rato por la ciudad. El 7 de mayo de 1912.

Elvira le ofrece café. Oskar está sentado a la mesa de la cocina con el traje del domingo. Los hermanos pequeños alborotan alrededor. Elvira quiere mostrarse decidida y les dice que no enreden tanto y que armen menos jaleo. Oskar le dice que no importa.

Hablan y hablan hasta llegar a lo más importante.

—¿Cuándo nos vemos la próxima vez?

—Alguna noche.

—¿El miércoles?

—El jueves me va mejor.

Y Oskar empieza a salir con Elvira los jueves por la tarde.

Le habla de ella a Magnus, que sonrío y asiente.

—A lo mejor venimos aquí un día para un rato.

—Claro. Yo puedo salir cuando vengáis.

—No, no hace falta.

—No me cuesta nada. Siempre que no se haga muy tarde.

—No, tranquilo.

Y Elvira va a su casa. Se quedan más callados aún. Se sientan a la mesa de la cocina, y solo cuando llega el momento de que Elvira se marche, Oskar le coge la mano. La mano izquierda, la mano izquierda. Elvira estaba preparada.

En la sección de consultas de los lectores de una revista semanal, o llamando al Instituto Meteorológico de Upsala, se puede averiguar qué tiempo hacía entonces. ¿Estaría lloviendo cuando Elvira volvió a casa? En la hemeroteca se puede averiguar que eran buenos tiempos para la industria textil en la que trabajaba Elvira, que tenían buenas ventas y un nivel de producción elevado.

Pero ahí están, sentados a la mesa de la cocina. Cogidos de la mano izquierda. Las tazas de café vacías. Una mosca zumba en la ventana. Magnus Nilsson recorre las calles mientras tanto.

A Oskar le duele cada vez que orina. Le duele el vientre, se le tensa. Es una tortura con la que tendrá que vivir. Pero ahora está acostado en el sofá de la cocina. Magnus ronca en el dormitorio. Hace varias horas que se ha ido Elvira. Pronto irán a trabajar, cada uno por su lado. Oskar nota cómo se le levanta el miembro. Ha empezado a curarse, y los médicos le han dicho que podrá tener hijos. Se levanta, y Oskar nota que es corto. Pero se eleva y se pone duro. Oskar se lo toca con la mano. Piensa en Elvira antes de darse cuenta de que funciona.

Se levanta. Se sienta en la cocina en camisa de dormir y se pone a soñar.

—Empecé a esperarla a la salida de la fábrica cuando me daba tiempo. Allí el

aire olía fatal. Justo al lado había una fábrica donde hacían algo que apestaba. Elvira trabajaba en un edificio de ladrillo cubierto de hollín. Recuerdo que yo solía pegar la oreja a la pared, y se oían las máquinas allí dentro. Sentía cómo temblaban las paredes. Luego, cuando las sirenas empezaban a aullar, salían todas en masa. Parecía que fueran corriendo para alejarse de allí. Elvira nunca se encontraba entre las primeras. Solía lavarse a conciencia. Muchas no se lavaban nunca. Seguramente estaban demasiado cansadas. O quizá lo que querían era irse cuanto antes. Cuando la sirena empezaba a aullar, yo cruzaba la calle y esperaba a la entrada. Era un poco infantil, supongo. Siempre me ponía un poco nervioso antes de verla salir por la puerta. Una de las veces que me encontré con ella allí, a la salida, me contó que Elly era su hermana.

Cuando Oskar volvió al equipo de dinamiteros, lo recibieron con todo respeto.

—Que sepas que eres muy bienvenido.

Norström, con ese corpachón, le da una palmada en el hombro.

—A partir de ahora tú harás estallar la dinamita, no al contrario.

Norström suelta una sonora carcajada.

—Y ya hemos terminado con los malditos túneles. Ya no hay que perforar agujeros que tarde o temprano se nos caerán encima. Ahora se trata de eliminar cada maldita piedra. —Norström señala. Están dinamitando a lo largo de la carretera nacional. Hay que ensancharla—. No entiendo para qué. No se ha vuelto tan estrecha, la gente sigue transitando por ella. Pero qué más da, mientras podamos seguir dinamitándolo todo.

Y así reanudan el trabajo. Oskar hace lo que le permite su minusvalía. Mezcla la dinamita, la carga, se ocupa de los cables de contacto y las detonaciones. Pero son otros los que se acercan cuando la explosión no se produce. Otros usan la palanca y otros llevan las carretillas y las palas. Norström lo supervisa todo, espolea al peón, que es nuevo.

—Mira, Johansson, el otro peón se asustó tanto al verte volar por los aires que dejó el trabajo. Gallinas.

Norström les ruge a todos menos a Oskar. El accidente de Oskar es la

joya de la vida de Norström como dinamitero. Oskar vuelve a ser dinamitero. Por segunda vez en su vida.

Una noche, Norström invita a Oskar a su casa. Norström va a reunir a algunos colegas, mineros de otros equipos, y les presentará a Oskar. Se hartarán de beber y de fanfarronear.

Oskar llega hacia las siete. La misma casa de madera, el mismo piso, pero en otro lugar de la ciudad. A los niños los han mandado a la calle. La mujer está en el cuarto. Los dinamiteros, sentados alrededor de la mesa de la cocina.

—Este es Johansson. Ya podéis tratarlo como se merece.

Norström tiene la cara roja. Está sudando por todo el alcohol que le fluye por las venas. A la mesa hay otros tres dinamiteros. Todos de la edad de Norström. En cierto modo, todos se parecen. Las mismas barrigas colgando. Los mismos puños, enormes. La misma voz atronadora.

—Siéntate a mi lado.

Norström acerca una silla con el pie. Oskar se sienta. Los chicos lo miran maliciosamente.

—Así que tú eres el que salió airoso de aquella explosión. Pues bien hecho —dijo uno de ellos.

—¿Bien hecho? Es lo menos que se puede decir.

Norström muestra su piedra preciosa. Los vasos se llenan y se vacían sin cesar.

—¿Tú no bebes?

—No, gracias.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Qué dinamitero no se toma un trago?

Norström da un puñetazo en la mesa.

—En fin, supongo que estás perdonado, después del accidente... Tómate una cerveza, anda.

Oskar se queda sentado con el vaso y los capataces empiezan a fanfarronear contando quién ha conseguido mejores resultados en el trabajo,

refiriendo sucesos extraños con la dinamita, hablando de dinamiteros sorprendentes, de accidentes terribles. Oskar escucha.

—Tuvimos a uno que se voló. Iba borracho, desde luego. En el descanso de mediodía, cogió un poco de dinamita, le prendió fuego y se la guardó en el bolsillo. No quedó nada de él. Creo que encontramos medio zapato.

—Joder.

—Joder.

—En 1890 perdimos a dos dinamiteros el mismo día. Un accidente por la mañana y otro por la tarde. Y eran hermanos. Por un tiempo creímos que el hermano que murió por la tarde lo hizo a propósito. Le entristeció mucho lo que le pasó a su hermano.

Luego, la conversación empieza a discurrir hacia el tema del socialismo.

—Debemos cuidar el partido.

—Pero ¿tienen que ponerlo todo tan negro? Llamar al rey traidor a la patria y asesino es pasarse un poco. ¿No han acabado en la cárcel?

—Sí, claro. Recogimos dinero para ellos.

—Claro, y haremos la revolución, ¿verdad que sí, Johansson?

—Desde luego, eso cae por su propio peso.

—Claro.

Oskar cree en la revolución. Es mérito de Magnus Nilsson. Le ha hablado de ella de una forma nueva. Ha inculcado en Oskar cierta inquietud. Las cosas pueden cambiar. Por supuesto que pueden cambiar. Tal y como está ahora la situación no está bien, es injusta. Y la inquietud crea necesidades.

Cuando Oskar deja a los capataces de las minas se va a casa, pero, al mismo tiempo, se dirige a otra forma de ver la realidad.

El miembro del partido

El relato es superficial. Es tan parco en palabras como Oskar. Tiene grietas y espacios en blanco. Pero en la superficie hay poros. Empieza a volverse hacia dentro lentamente, y se abre. Detrás de la superficie se encuentra la historia.

La historia de los cambios.

Hjalmar Branting. Dirigente del partido.

Oskar Johansson. Miembro del partido.

Per Albin Hansson. Dirigente del partido.

Oskar Johansson. Miembro del partido.

Tage Erlander. Dirigente del partido.

Oskar Johansson. Dinamitero que ha abandonado el partido.

Olof Palme. Dirigente del partido.

Hilding Hagberg. Dirigente del partido.

Oskar Johansson. Miembro del partido, antiguo dinamitero.

C.H. Hermansson. Dirigente del partido.

Oskar Johansson. Miembro del partido, antiguo dinamitero. Viudo.
Jubilado.

Oskar es una persona de humor inalterable. Lo tengo por alguien que nunca se enfada, que se ríe a menudo, que es optimista. Lo tengo por un hombre estable.

¿Siempre fue así? De vez en cuando, Oskar cuenta el clásico chiste de Albert Engström del hombre que dice: «Yo nunca he sido pesimista. He sido óptico toda la vida». Lo cuenta como si él fuera el protagonista.

Puede que sea verdad. Pero el narrador duda.

¿Ha sido siempre así?

No, desde luego que no.

—Elvira y yo no discutimos nunca. No creo que nos habláramos con dureza ni una sola vez en todo el tiempo que vivimos juntos. A los niños los reñimos en alguna ocasión cuando eran pequeños y daban guerra, pero nunca les pegamos. Elvira y yo siempre estábamos de acuerdo. Nunca tuvimos que discutir por nada. Queríamos lo mismo. Pero eso no tiene nada de extraordinario.

El iceberg

El verano de 1912 se celebran las Olimpiadas en Estocolmo. Los dinamiteros comentan los resultados mientras descansan debajo de los abedules.

Sin embargo, a ninguno se le ha pasado por la cabeza la idea de que tendrían la oportunidad de vivir unos Juegos Olímpicos.

El relato se convierte en anecdótico. Los fragmentos son fragmentos. Oskar está vivo, está muerto, lo van a enterrar, está enterrado, vuelve a estar vivo. Pero la realidad siempre tiene sentido. No hay en ella intervalos ni grietas ni márgenes. La realidad de Oskar Johansson es una cuestión de lucha entre capitalismo y socialismo, entre revolución y reforma. Ahí se enmarca la vida de Oskar Johansson. Él se considera insignificante, significativo, otra vez insignificante...

Las preguntas sobre las causas.

La cuestión del desarrollo político que constituye la vida de Oskar.

Año 1968. Oskar habla de lo que está ocurriendo en París, en Berlín. Habla de América. Está sentado en la sauna, unos días antes de mi partida, y de que no volvamos a vernos nunca más. Está sentado en la sauna, es otoño y nos alumbra la cálida luz del quinqué. Acaba de cambiarle la mecha y de ponerle queroseno. Nuestras caras y nuestros movimientos arrojan sombras sobre la pared. Fuera sopla el viento, es noche cerrada y las olas se arrastran hasta la orilla. Oímos el leve rumor del oleaje que se estrella contra las rocas al otro lado del cabo. La radio está puesta y escuchamos el noticiario *Dagens Eko*. Se han vuelto a intensificar las incursiones aéreas. La voz de la radio resuena áspera y seca en la habitación. Oskar escucha. Tiene los brazos apoyados encima de la mesa.

Tiene la cabeza algo inclinada hacia delante, el bastón sobre las rodillas, encima de los pantalones azules. Cuando termina el noticiario, el dedo pulsa el botón. Se hace el silencio. El mar azota la isla. Luego, Oskar hace un breve comentario sobre las bombas. En ningún momento levanta la cabeza. El dedo índice permanece inmóvil.

—Están locos. Es como si, después de todo, cuando uno oye lo que están haciendo, el diablo existiera. ¿Qué creen que pueden hacer? Pueden matar a un montón de gente, pero es que somos muchos.

Me levanto y nos damos la mano como siempre que llego y siempre que me voy. Asentimos, decimos que nos vemos la próxima vez y salgo. El viento me araña y me desgarrar. Está oscuro y cuesta ver algo. El aire está salado.

El relato de Oskar es como un iceberg. Solo se ve una mínima parte. La mayor parte se encuentra oculta bajo la superficie. Ahí se encuentra esa compacta masa de hielo que guarda el equilibrio en el agua, que hace que la velocidad y el rumbo sean estables.

Hay dos procesos que se dan de forma paralela. Los episodios y los

recuerdos vividos durante los veranos que compartí con un dinamitero jubilado. Y luego está el desarrollo histórico que cambió la sociedad en la que vivió Oskar. Él habla de su vinculación con uno de los procesos y deja de lado el otro. Son dos superficies rugosas que se rozan la una contra la otra, dos ruedas dentadas que se encajan la una en la otra. Cada imagen es reflejo de la otra. Las dos se recogen bajo la misma identidad. Dan la descripción de la sociedad a la que pertenece Oskar Johansson.

El rostro de Oskar Johansson.

El rostro del narrador.

Juntos conforman el relato.

El aire está salado. El viento me escuece en los ojos y voy por el bosque en lugar de seguir la orilla. Es como atravesar una pared negra. Los arbustos y las ramas me dan en la cara. Las zarzas me pinchan, los abedules me azotan.

Estamos a principio del otoño de 1968. El narrador ha visitado a Oskar Johansson por última vez.

El jubilado

En una ocasión menciona el último día de trabajo. Terminó la jornada a las seis de la tarde del 14 de septiembre de 1954. Estaba en el barracón de los vestuarios, con un ramo de flores en la mano. Dos tulipanes y tres ramas verdes. Estaba allí de pie, con las flores sujetas entre el pulgar y el índice, oyendo hablar a uno de los subdirectores de la empresa de construcción. La mala ventilación del local hacía que el aire se volviera pesado y caliente, y, con el mal tiempo, apestaban las botas y las gabardinas.

Había nueve hombres en el pequeño barracón. Cuando me lo describe, me da la sensación de que era más pequeño aún que la sauna que luego se convirtió en el verdadero hogar de Oskar.

Oskar había pensado trabajar ese año hasta Navidad, pero, un día, cambió de idea.

—Pues es que no sé por qué, pero cuanto más se acercaba, más absurdo me parecía seguir trabajando sin necesidad. Así que avisé un viernes. La próxima semana será la última. No me dijeron nada. Ya entonces, los viejos eran innecesarios en los trabajos. No hay que creer que eso de que ya se es viejo antes de cumplir los cuarenta es una novedad. Claro que entonces no había tanta gente.

Cuando la limpiadora llegó a las cuatro de la mañana del 15 de septiembre para limpiar el barracón, se encontró las flores tiradas en el suelo. Oskar no dice en ningún momento si las dejó allí a propósito o si se le olvidaron.

—Nunca me llevé las flores a casa. Se quedarían allí.

El 15 de septiembre, Oskar se quedó en la cama. Se quedó allí escuchando el traqueteo de los vagones del tranvía que pasaban, y se alegró de no tener que salir a la calle embarrada. Recuerda claramente cómo llovía aquella mañana. Recuerda que caía una lluvia intensa y pertinaz, y recuerda cómo aleteaba al viento el toldo del balcón del piso de arriba.

Se quedó en la cama y oyó cómo caía el correo en el buzón. No sintió la menor tristeza de que para él se hubiera acabado el trabajo. Se quedó tumbado pensando que, el año siguiente, el verano siguiente, se iría pronto al archipiélago.

Por la tarde sale y compra un almanaque. Es algo que no había hecho nunca. Pero ahora se compra uno y lo cuelga en la cocina. Cada día que pasa hay que arrancar una hoja con la fecha. Cada mes hay que girar un disco grande de cartulina. Los dibujos del disco van cambiando según la estación. En el de septiembre de 1954 hay una foto en blanco y negro de gente con chubasqueros que espera un autobús amarillo, el número 34.

Cuando el subdirector termina de pronunciar su discurso, le da a Oskar una palmadita en el hombro y grita un «¡viva!». Un alboroto recorre el barracón y el subdirector se marcha. Luego, al igual que sus compañeros, Oskar empieza a cambiarse para irse a casa. Tira el pantalón azul en una caja que sirve de cesto de la basura. Lo deja allí, entre piel de embutido y papel vegetal.

Luego se van a casa uno tras otro.

—Pues nada, que lo disfrutes. Con este tiempo...

—Gracias.

—Ya solo quedan dos años.

—El tiempo pasa.

—Esperemos que sí.

—Gracias por estos años.

—Gracias a ti.

Salen por la puerta del barracón y, con mucho cuidado, pisan el suelo cubierto de barro. Algunos cogen la bicicleta, otros se alejan medio a la carrera. Oskar se dirige a la parada del tranvía.

—Pues no recuerdo lo que dijo. No mucho. Pero algo sí dijo del accidente.

Oskar y el accidente siempre son uno. Todo el mundo menciona el accidente como parte de la descripción de Oskar.

—Un hombre que salió volando por los aires pero que se las apañó para sobrevivir de alguna forma.

—Un pulgar con una pinta asquerosa. Pero es un tío legal.

—Se las arregla con ese dedo de todos modos.

Pero Oskar casi nunca habla del accidente. A veces, cuando alguien lo menciona, se refiere a él con desgana y sin extenderse, y como si aquello que le ocurrió en su día le fuera ajeno.

Oskar está en su cama. Es la noche del 15 de septiembre de 1954. Ha apagado la lámpara de la mesilla de noche y se encuentra tumbado en la semipenumbra, contemplando la habitación. De repente se levanta y se dirige a la cocina. Una vez allí, coge un lápiz de la mesa y tacha con una cruz el día 13 de septiembre. Deja el lápiz en la mesa y vuelve a la cama.

Al día siguiente, cuando está tomándose el café, descubre que ha tachado el día equivocado, pero no se molesta en corregirlo.

—Todo aquel otoño y aquel invierno me lo pasé sentado esperando la primavera. Creo que no hice otra cosa, la verdad. Pero albergaba dentro de mí una añoranza, y de un sentimiento así puede vivir uno mucho tiempo. No solo cuando se es joven.

»Pasaban los días. Yo me los pasaba casi enteros esperando. Y por suerte, ese año el invierno fue corto. Así que no tuve que esperar demasiado.

Cuando Oskar deja el Partido Socialdemócrata no es una reacción violenta, sino el resultado de una larga cadena de sucesos. Pero cuando habla al respecto, destaca sobre todo la sensación de que sucedió demasiado poco en demasiado tiempo. No ofrece indicaciones claras de lo que quiere decir. Simplemente, dice que la cosa no se mueve. Y puesto que Oskar rara vez profundiza en las causas de los cambios que él mismo provoca, la única información que aporta son las palabras «no se mueve». No establece comparaciones entre el partido que abandona y el partido al que se une. De forma totalmente singular, cambia de partido.

De pronto, una noche de agosto, uno de los últimos veranos, menciona que le han subido la pensión, que ha comprobado muchas veces que uno no tiene nada que perder por cambiar de opinión si es necesario. Dice que bien se puede cambiar de partido una vez al año si uno cree que vale la pena.

—Pero lo de la pensión, ¿qué quieres decir?

—Que me la han subido.

—¿Ah, sí?

—Deberían haberla subido aún más. ¿Tú sabes lo cara que está la comida?

—Sí, claro que lo sé.

—Pues ahí lo tienes.

Durante un par de veranos consecutivos, Oskar se convierte en un fiel oyente del teatro radiofónico. Una noche lo escucha por primera vez y luego sigue haciéndolo con regularidad un par de veces por semana. A partir de ahí, lo repite durante dos veranos. Pero el tercer verano deja de escucharlo. No es que se pase a otro programa. La radio deja de sonar. Ahora ha empezado a hacer crucigramas. En los viejos periódicos que tiene debajo de la cama ha localizado una decena de crucigramas. Los ha recortado y los ha dejado en la mesa, delante de la radio. Empieza en mayo y, uno de los últimos días de agosto, resuelve el último; y una noche, mientras quemamos desechos, los veo arder entre los restos de comida y las cajas de cartón.

Pero uno de los crucigramas se queda en la cocina, se ha caído al suelo y está detrás de la mesa. A la hora de trasladar la sauna tras la muerte de Oskar, el trozo de papel amarillento cae al suelo cuando sacan la mesa.

El crucigrama está resuelto. Pero veo que en un hueco hay una falta, de modo que ha hecho que encaje la palabra equivocada. Ha escrito «instante» sin ese. Y después de esa falta, toda una sección del crucigrama está coja, pero él se las ha ingeniado para que las letras encajen, aunque las pistas que da el crucigrama indican palabras totalmente distintas. Así que mientras hacía el crucigrama se ha equivocado y, de ese modo, se ha inventado uno nuevo.

La imagen de Oskar es turbia. Contradicciones y respuestas mudas, silencio y declaraciones ambiguas constituyen solo una parte de una imagen parca en palabras. También hay sucesos insignificantes que irrumpen en la imagen, hacen saltar las juntas consiguiendo así que la imagen permanezca incompleta.

A veces pienso que es algo que hace Oskar conscientemente.

Otras veces pienso que estoy equivocado.

En una ocasión se me olvida la cartera encima de la mesa. Al día siguiente, cuando la recupero, al ir a buscar un sello que tenía dentro, compruebo que no está.

Otro día en que estamos en la penumbra de la sauna con la radio apagada y Oskar tamborilea sin cesar con el índice sobre el hule, estampa de pronto el puño en la mesa y empieza a cantar en voz alta y desafinada unos versos de la balada *La fortaleza de Elfsborg*. Está sentado con la cabeza inclinada sobre la mesa, y canta a pleno pulmón. En medio de uno de los versos calla de pronto y empieza otra vez a tamborilear con el índice en la mesa.

En una tercera ocasión, Oskar me pide que le traiga una revista pornográfica cuando vaya a comprar a tierra firme. Primero enumera los artículos normales que siempre me pide. Leche, café, pan. Pero luego añade que quiere que compre una revista con mujeres. No conoce el nombre de ninguna en particular, pero me pide que elija por él. Vuelvo después de haber comprado *Kriminal journalen* y *Cocktail*. Su único comentario es que habría bastado con una sola.

Luego se sienta a hojear las revistas. Al texto no le presta atención, simplemente las hojea, se detiene un instante en cada foto. Luego sigue hojeando, y cuando termina, deja las dos revistas con los demás periódicos que tiene en la casa.

Una cuarta vez, llego para sacar las redes con él y me lo encuentro durmiendo. Duerme con una respiración acompasada, y cuando abre el ojo y me ve en la puerta, se da media vuelta y sigue durmiendo sin más.

—A veces pienso que sería un alivio que todo hubiera pasado.

En una sola ocasión expresa con palabras el hastío y el cansancio. Es un día muy hermoso en el que estamos sentados delante de la sauna y las moscas zumban a nuestro alrededor. Nos sentamos y vemos un barco pesquero cargado de turistas que pasa por allí mismo, y todos nos saludan con la mano. Pero esta vez Oskar no les devuelve el saludo con el muñón, sino que alza la

voz para acallar el rugir del motor.

—A veces pienso que sería un alivio que todo hubiera pasado.

Y no añade nada más. Poco después aparece un barco igual de cargado. Y entonces sí que devuelve el saludo.

—Yo creo que seguiré saludando a pesar de todo.

—Sí.

—Se los ve contentos.

—Están de vacaciones.

—Se pasan volando.

—Les ha tocado buen tiempo.

—Eso no se sabe.

—Bueno, esperemos.

—Sí.

Esa imagen de Oskar que nunca llega a completarse está indisociablemente vinculada a la sociedad en la que ha vivido. Su modo de describirse a sí mismo como presente pero casi nunca participante constituye siempre el hilo conductor. Los fragmentos, las medias palabras, las frases a medias, los episodios breves e inconexos que rescata de la memoria son su modo de ratificar lo que quiere decir. La imagen que da de sí mismo es la de quien está presente. Pero a lo largo de todos los años que pasamos viéndonos, él es el que participa. Oskar trata de crear una imagen falsa de sí mismo, y en el ámbito de esa motivación es donde debe situarse y ampliarse el relato. Uno de los últimos veranos trato de interrogarlo más metódicamente, pero eso nos lleva a la única situación de desconfianza que vivimos juntos. Durante más de un mes se muestra reservado y taciturno, a veces también un tanto brusco.

Pero un día, vuelve a comportarse como siempre, y el relato de sí mismo tal y como él lo formula continúa avanzando a trompicones a intervalos irregulares. Sus palabras casi nunca dan la sensación de seguir pensamientos que él lleve dentro, sino más bien dan la impresión de sorprenderlo, de surgir de una habitación que él quiere mantener cerrada a cal y canto, y salir de sus labios sin más. Cada recuerdo, cada palabra que afecta a su vida, va seguida de un silencio apenas perceptible. Puede seguir hablando de cosas que hacemos, pero siempre existe, pese a todo, cierto silencio detrás de las palabras. Y en su modo de narrar rara vez hay deseo de hablar. Lo que dice puede ser en ocasiones extraordinariamente inoportuno, pero casi nunca eleva la voz o la baja. Ahí es donde ese canto repentino, el súbito estallido de *la fortaleza de Elfsborg*, constituye una enigmática excepción.

En alguna ocasión, Oskar dijo que llevaba desde mediados de los años treinta sin ir al cine. Y recuerdo también que dijo algo de que, sencillamente, no le divertía. Luego yo le pregunté no sé qué y él repitió que, sencillamente, no le divertía, y que incluso a él le parecía raro.

Un verano, Oskar siente de repente un picor extraño en el ojo cicatrizado. Se agudiza hasta el punto de que empieza a arañarse la cicatriz por las noches y, una mañana, ve que hay pus en el almohadón. Va al hospital, donde lo dejan ingresado una semana. Le abren la cicatriz y le limpian la infección. Luego vuelven a coserle el ojo y así puede volver a la isla. Una semana después, regresa a la ciudad para que le quiten los puntos. Al volver cuenta que los médicos han dicho que tenía un trocito de grava en el interior de la cuenca del ojo, y que seguramente llevaba allí desde el accidente. Oskar sonríe malicioso y despliega un pañuelo. Sobre la superficie blanca veo el pedacito de grava grisácea. Entonces sopla y el grano cae al suelo.

—Me lo he traído para que lo vieras.

Luego, justo cuando me voy a ir:

—Un cantautor de los de antaño habría podido escribir una canción sobre ese grano de grava en el ojo.

Y la grava, que estaba en el pañuelo, que cayó al suelo y desapareció en alguna grieta, es el último episodio que puedo recordar. Después de ese no hay más recuerdos lo bastante nítidos como para describirlos.

La piedra.

El grano de grava.

La concisión en las palabras.

Los muchos veranos.

Oskar Johansson, cuarenta y cuatro años

Bajó la escalera de piedra que conducía al malecón del puerto. El aire estaba húmedo y frío, primeros días de septiembre de 1932. Iba caminando despacio, agarrándose bien a la barandilla oxidada para no caerse. Notaba el pie derecho más húmedo que el izquierdo, y vio que la suela estaba algo suelta por la costura.

Tomó un atajo por el muelle y giró hacia el viejo barrio de casas que se encaramaban a las rocas que había a un lado del puerto. Caminaba bastante rápido y sabía que no necesitaba andarse con cuidado. Todas las carretillas estaban colocadas en fila delante de los largos almacenes pintados de cal grisácea. La vía del tren estaba desierta y los vagones de mercancías se apiñaban vacíos en los cambios de agujas, entre los contenedores.

Al borde del muelle no había barcos, estaba resquebrajado y tenía grandes agujeros por los que emergía el agua del puerto, sucia y llena de grasa. Aspiró el aire dulzón del agua marina y contempló el puerto. Las únicas embarcaciones que había eran las lanchas medio podridas que utilizaban cada tres años para limpiar el limo de la bocana del puerto. Un pesquero, varios botes de remos. Y nada más.

Cuando llegó al barrio de casas, entró en una calleja de grava que se extendía serpenteando entre las casas. Dejó atrás los primeros edificios de dos plantas hasta que llegó al tercer bloque. Entró en el portal y se detuvo

ante la primera puerta a la izquierda, en la planta baja.

Y a la débil luz de la entrada llamó a la puerta, que se abrió casi en el acto.

En cuanto entró vio a Lindgren sentado en un extremo del banco de la cocina. Allí estaba, pálido y flaco, y se veía claramente que llevaba varias semanas sin afeitarse. Lindgren levantó con desgana la vista hacia Oskar, que estaba en la puerta.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Le había abierto la puerta la madre de Lindgren. La mujer tenía más de setenta años y se había encogido tanto con el tiempo que apenas le llegaba a Oskar al pecho. Le tendió la mano derecha, que parecía un palillo quemado, y agarró con ella el pulgar de Oskar para saludarlo.

—Vaya, si es Johansson, que viene a visitarme. Esto sí que no me lo esperaba.

—Como ahora tengo tiempo..., he pensado venir a saludar.

—Has sido muy amable. Ahora no veo apenas a nadie.

Lindgren estaba sentado mirando boquiabierto a su madre y a Oskar. Llevaba una camisa de cuadros grandes y unos tirantes muy anchos que le colgaban junto a la pernera. Tenía el pelo negro muy enredado, y los puños apretados encima de la mesa.

Oskar miró a Lindgren. Hacía casi un año desde la última vez. Vio que Lindgren había empeorado. Tenía los ojos acuosos y totalmente carentes de expresión. La vez anterior, Oskar aún pudo apreciar cierta movilidad, signos débiles pero inconfundibles de que el cerebro recibía y procesaba las impresiones.

Lindgren sufría una enfermedad que, lenta pero implacable, iba matando el cerebro. Se había pasado muchos años trabajando en el mismo equipo de dinamiteros que Oskar, hasta que la enfermedad hizo que resultara imposible

contar con él. Desde entonces, vivía con su madre, se pasaba los días sentado en el banco de la cocina mientras ella lo atendía. La madre ya andaba un tanto embotada por todo lo que había aspirado durante los treinta y cinco años que trabajó en la tintorería, y, además, aquel último año había empezado a manifestarse la arteriosclerosis.

—¿No quieres sentarte, Johansson?

Oskar toma asiento en el banco, al lado de Lindgren, que gira despacio la cabeza y se lo queda mirando con esos ojos vacíos. La madre está en el centro de la vieja cocina, mirando a su hijo.

—¿No vas a saludar a Johansson?

Casi irritada, se acerca y le da a su hijo un codazo en el hombro. Él reacciona despacio, la mira.

—¿No ves que Johansson ha venido a verte?

Lindgren gira despacio la cabeza y mira a Oskar.

—Bienvenido, Joha, pero ahora tengo que..., me duermo que..., podemos tomar café...

El cerebro es incapaz de terminar la frase que ha empezado. Guarda silencio y clava la mirada en la mesa.

Oskar se levanta. No se ha quitado el abrigo.

—Había pensado llevarlo a la calle para que le dé un poco el aire.

—¿El aire?

—Supongo que se pasa los días ahí sentado. Y ahora tengo tiempo.

—Qué bueno eres, Johansson. Claro que este muchacho necesita salir. Pero en ese caso prepararé algo de merienda para llevar.

—Es que ahora hace un poco de frío para tomar el café fuera. Septiembre es un mes algo frío para hacer excursiones.

Pero la mujer ya ve a su hijo de excursión con Oskar. Con una velocidad de vértigo prepara café y saca unos bollos resecos, y lo enrolla todo en un paño. Luego le pone al hijo el abrigo y le encaja el bulto de la merienda entre las manos, y Oskar y Lindgren cruzan la puerta y salen al camino de grava, y Oskar toma el desvío hacia la parcela de bosque que hay a unos quinientos metros del puerto. Caminan en silencio hombro con hombro. Lindgren lleva el fardo de la comida bien apretado contra el pecho, y mira fijamente al suelo

sin cesar. Así llegan al bosque, y Oskar no tiene el valor de impedir que aquello se convierta en una excursión con la merienda y todo, a pesar de que unas cortinas brumosas humean en el aire y les apesta el aliento alrededor de la cara.

Después, Oskar sienta a Lindgren en un tocón del claro del bosque, cogen el bulto con la merienda y, al cabo de un rato, consiguen encender un fuego minúsculo y húmedo para calentar el café. Luego se sientan en un tronco el uno frente al otro, tienen frío y guardan silencio, y el otoño ya ha llegado lejos este año.

Lindgren mira al frente distraído. Oskar mira a Lindgren afligido. Y así se quedan, sentados y en silencio, en esa excursión para merendar en el bosque en el mes de septiembre, y de repente, Oskar dice con cierta cautela:

—¿Cómo estás, Lindgren?

—Muy bien, gracias, me ha encantado ver...

Y ahí se le ahogan las palabras. El cerebro es capaz de enviar un impulso inicial y los nervios son capaces de transformarlo en unas palabras introductorias, pero luego no puede continuar con la frase.

Así que se hace el silencio, hasta que Oskar vuelve a intentarlo.

—Tu madre parece estar en forma.

—Está en forma y ti...

Y ahí mueren las palabras en la nada, y a Lindgren le cuelgan los labios flácidos y se queda con la boca abierta.

Así se pasan casi una hora sentados, hasta que Oskar lo recoge todo, le coge el brazo a Lindgren y lo lleva a casa otra vez.

Cuando se va de la casa de Lindgren ya está entrada la tarde, y cuando gira en dirección al muelle del puerto, piensa que hoy hace exactamente seis meses que se quedó sin trabajo. También fue un domingo, como hoy, cuando comprendió que con el lunes llegaría también el despido.

Oskar tiene ahora cuarenta y cuatro años. Lindgren, que ahora está tumbado y arropado en el banco de la cocina, tiene la misma edad. Oskar es uno de los miles de desempleados. El cerebro de Lindgren no tardará en apagarse del todo. Los dos han celebrado juntos un domingo de septiembre en que el otoño se acerca cada vez más.

Los domingos, los desempleados ya no llevan el uniforme de trabajo, como sí lo llevan durante la semana, aunque no tengan ninguna ocupación. Cada mañana, los días laborables, se ponen la ropa normal antes de que comience el largo peregrinar desde la oficina de la caja sindical, del paro hasta las puertas de fábricas, cafeterías y hogares. Pero no hay trabajo, porque la depresión se ha apoderado de toda la economía social. Los productos aguardan apilados en los almacenes. No hay compradores y las puertas siguen cerradas. Los puestos de trabajo de la caja sindical, ya sea cortando leña, limpiando el bosque, apilando nieve o transportando carbón, tienen cientos de solicitantes cada vez que se anuncian. Y la masa desempleada no para de crecer. Los días se suceden unos tras otros. Los nacionalsocialistas y los comunistas se dan el relevo en las calles. Los socialdemócratas refuerzan poco a poco el poder gubernamental que han adquirido recientemente.

Sin embargo, los domingos se cambian y se ponen la ropa nueva y pasean por la ciudad, y Oskar, que aún no va a comer, se dirige a un café del puerto. Entra en el local atestado de gente. Saluda con la cabeza y le responden del mismo modo. Busca un sitio libre en una mesa ya ocupada, pide café y se echa el aliento en las manos para calentárselas. Enfrente de él hay sentado un viejo trabajador ferroviario. Oskar lo reconoce de unas fotos en el periódico local. Sabe que se llama Leandersson y que tiene cierto éxito como luchador en el municipio. Leandersson gana casi todos los combates en la categoría de peso gallo, y si no tuviera ya casi cuarenta años, habría cosechado éxitos en competiciones de mayor ámbito.

Leandersson mira a Oskar con una sonrisita. Oskar mira con cierta curiosidad para ver si tiene las orejas de coliflor que muy pronto empiezan a

caracterizar a los luchadores. Pero Leandersson tiene las orejas lisas, sin bultos de grasa en los lóbulos y sin bultos cartilagosos.

Leandersson bebe cerveza. En la mesa tiene, además, un cuaderno negro. Se ve grasiento, y no deja de pasarle el pulgar por la superficie lisa.

—¿Está libre este sitio?

—Claro.

—Hace un tiempo desapacible.

—Este año el otoño ha llegado pronto. Las casas están heladas. Y tú también estás en paro, por lo que veo.

—Pues sí.

—¿A qué te dedicas?

—Dinamitero.

—Vaya, pues yo soy ferroviario.

—Y luchador, ¿no?

—Bueno, podría haberlo sido, pero yo creo que ahora es un poco tarde.

—A veces sales en los periódicos.

—Bueno, no creo que sea porque yo soy bueno, sino porque el adversario es malo. Lo que hago es meter un montón de chatarra en un colchón y entrenar con él. Casi diría que es el peor adversario que tengo.

—Vaya. ¿Tan pocos luchadores hay?

—Qué va. Pero estoy en el peso equivocado. Parece que no hay nadie que pese tanto como yo. O quizás habría que decir tan poco.

—Vaya. ¿Y no puedes subir o bajar de peso?

—Es que no quiero. No vale la pena. Al menos ya no.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—¿Sin trabajo? Durante un par de días sustituí a un leñador que estaba enfermo, pero de eso hace ya cuatro meses, casi cinco, diría yo.

—Es una mierda.

—Y que lo digas.

—Y la cosa no parece que vaya a mejorar.

—Bueno, sí, seguro que sí, con el tiempo.

—Esperemos.

—Sí, esperemos.

Luego Leandersson empieza a hojear el cuaderno negro y Oskar remueve el café y echa un vistazo por el local. Le escuece el ojo por el calor y el humo, y pide la cuenta. En el preciso momento en que va a ponerse de pie para irse, Leandersson cierra el cuaderno.

—Uno no puede pasarse las horas sentado sin hacer nada. Y no puedo dedicarme a luchar todos los días contra el dichoso colchón.

Oskar, que ya se marchaba, se queda sentado.

—Ya.

—Por eso me dedico a investigar mi línea familiar.

—Ya.

—Trato de averiguar mis orígenes. La verdad, es muy divertido cuando encuentras algo. He estado mirando en registros parroquiales de aquí y de allá. Por suerte, mi familia es toda de pueblos de los alrededores, así que puedo ir en bicicleta.

—Ya.

—Yo sabía que mi abuelo había sido labriego, pero no tengo ni idea de dónde venían sus padres. Pero ahora sé un poco más. —Entonces el luchador Leandersson saca el bloc de notas y empieza a leer—. El abuelo de mi abuelo paterno se llamaba Leander y era de Dinamarca, se mudó aquí en 1802. Lo llamaban campesino, pero seguramente era marinero también, puesto que, según los documentos, desapareció durante una tormenta, como no dio señales de vida lo dieron por muerto en 1821, a petición de su mujer, que se llamaba Maria Louisa. También he escrito a una parroquia de Jutlandia y dicen que hay un tal Leander que se mudó en 1800, y el tío tuvo los huevos de irse el uno de enero de ese año, y llevaba consigo a la mujer y un niño. El abuelo nació más tarde, pero en la carta que me han enviado de Jutlandia dice que Leander nació en 1769, y que era hijo de alguien llamado Christian Leander, que también era campesino, y que había nacido en 1738. Pero ahí se para la cosa. Ahora he empezado con la familia de mi madre. Será divertido

averiguar adónde me lleva. Quién demonios iba a pensar que había daneses en la familia... En fin, algo hay que hacer.

—Está bien saber esas cosas.

—Pues claro.

Oskar se levanta, los dos se saludan con un gesto de la cabeza y él sale del café.

De camino a casa se detiene delante de la ventanilla del quiosco de prensa y se queda mirando las fotografías. Cuenta nada menos que hasta once fotos en las que aparece Per Albin Hansson.

Saliendo del parlamento.

Entrando en el parlamento.

Acariciando a una vaca y sonriendo a la cámara.

Conversando con Von Sydow.

En una tribuna en la Casa del Pueblo de Sala.

En una tribuna en la Casa del Pueblo de Norrtälje.

En una tribuna en la Casa del Pueblo de Värnamo.

En un sillón, en su despacho.

Con el Gobierno, camino del consejo de ministros.

Con el Gobierno, saliendo del consejo de ministros.

En su despacho, custodiado por un general.

La ventanilla está cubierta de vaho por dentro y la luz de la vela delante de la ventana se ve débil. Oskar observa una tras otra las imágenes y las cuenta dos veces. Y se va.

Luego se sientan él y ella en la cocina y hablan de Lindgren.

—¿De verdad está tan mal?

—Sí, no va a durar mucho. Y ella está un poco tocada también, pero claro, es normal.

—Pobre.

—Es terrible.

—¿Y no hay medicamentos que le ayuden?

—No, se ve que es una enfermedad incurable. Sigue avanzando silenciosamente. Se te pudre la cabeza.

—Qué horror.

—Bueno, parece que él no nota nada.

—Pues menos mal, por lo menos...

—Ya. Pero seguro que le ha sentado bien tomar un poco el aire.

—Y ella se habrá puesto tan contenta.

—Sí, claro.

Luego guardan silencio, pronto se irán a dormir.

Ya en la cama, ella le dice que, dentro de unos días, el 12 de septiembre de 1932, retransmitirán por la radio un debate político. Mientras el sueño se va apoderando de ellos, siguen hablando.

—¿Quiénes participan?

—Per Albin. Wigforss.

—¿Y de los otros?

—Pehrsson. Axel Pehrsson-Bramstorp.

—¿Y Sköld? ¿Y Engberg?

—No son solo los nuestros, ¿verdad?

—¿Van a hablar de Kreuger?

—Tendrán cosas más importantes de las que hablar. Ahora que estamos en el Gobierno. Hay treinta millones de parados en el mundo en estos momentos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo he leído en el periódico.

—¿Y aquí?

—Seguramente hay más de cien mil personas sin trabajo.

—Deberíamos escucharlos.

—Sí.

Hasta finales de la década de 1920, Oskar no sabe qué es lo que manda sobre sueldos y puestos de trabajo, crisis y buena coyuntura económica. Trabaja y solo siente una débil angustia ante la posibilidad de acabar entre ese dieciséis por ciento largo de trabajadores del sindicato Landsorganisation que no tiene trabajo. Oye conversaciones, aprecia cambios, lee periódicos, pero en su interior no tiene una imagen clara de qué fuerzas actúan en la situación económica y social. Trabaja y está atento.

Al día siguiente, Oskar se sienta en un café del puerto y escucha atento una conversación. Son dos hermanos que están sentados a una mesa, delante de una ventana. Por lo demás, el café está vacío. Y es que hoy se juega en la ciudad un partido de fútbol muy importante.

El más joven de los hermanos es sindicalista. El otro sigue a Kilbom. Guardan entre sí un parecido asombroso. Hacen los mismos gestos y tienen la misma forma entrecortada de expresar lo que quieren decir. Oskar está solo, sentado al fondo del local, y oye la conversación cada vez más acalorada que están manteniendo. La camarera se rasca la barbilla apoyada en la barra.

Lo que se dijo en esa conversación no se sabe, pero Oskar se va de allí con una idea. Camina rápido y deja que los pasos lleven también ese pensamiento que lo colma por dentro. Cuando llega a su casa, se para en seco delante de la puerta y luego continúa a la misma velocidad.

Rodea la manzana cuatro veces antes de cruzar el portal y de subir los dos pisos. Llega entonces con la idea como una imagen definida en la cabeza, y casi se siente eufórico.

Por la noche, cuando ella se ha dormido, va a la cocina y se sienta a la mesa. Coge una hoja del cuaderno del sindicato. La arranca con cuidado. Luego, después de pensar un rato, escribe lo siguiente en el papel con letra clara:

MAÑANA SE EMITE POR LA RADIO UN DEBATE POLÍTICO.

SE EXIGE DE NOSOTROS, TRABAJADORES EN PARO Y SOCIALDEMÓCRATAS, QUE ESCUCHEMOS LOS PENSAMIENTOS Y LAS PALABRAS DE NUESTROS REPRESENTANTES ELECTOS.

Luego lo firma como «Oskar». Deja el papel en la mesa y vuelve al dormitorio sin hacer ruido para no despertarla. Se viste y vuelve a la cocina. Coge el papel y con él en la mano sale por la puerta sigilosamente.

Está solo en las calles nocturnas y desiertas, y camina pegado a las fachadas. Recorre las avenidas hasta que llega a la plaza más grande y se detiene un instante delante de un portal. Presta atención al denso silencio y apremia luego el paso hasta la puerta de cristal de la caja de ahorros. Allí pega el papel que ha arrancado del cuaderno del sindicato. Escupe en el dorso y lo pega al cristal.

Después vuelve a casa rápidamente. Una vez allí, escucha atento la respiración de ella, con el fin de asegurarse de que sigue dormida. Luego se quita la ropa, la deja en una silla de la cocina y se pone la camisa de dormir. Se sienta en una silla y sonrío para sus adentros. Hojea el cuaderno del sindicato por donde falta la hoja y, muy tarde, se acuesta en su lado de la cama para dormir por fin.

Pero ella no estaba durmiendo. Cuando él salió hacía unas horas, ella se vistió a toda prisa y lo siguió. Cuando él se detuvo en el portal, junto a la plaza más grande, y aguardó unos instantes mientras escuchaba, ella se quedó en un portal unos metros más abajo en la misma calle. Cuando él se paró ante la puerta de cristales, ella se detuvo en el mismo portal que él unos minutos atrás, y lo vigiló presa de una gran preocupación, convencida de que pensaba cometer un delito.

Cuando él se aleja del escaparate de la caja de ahorros, ella se queda en el portal. Luego sale corriendo hacia el ventanal de la caja y observa el papel, lee el texto y vuelve a la carrera por patios y callejas y llega a casa antes que él.

Se mete en la cama vestida, con el abrigo y los zapatos puestos bajo el edredón, y lo oye entrar, lo oye mientras comprueba si está dormida, lo ve desnudarse, sentarse a la mesa de la cocina y hojear el cuaderno del sindicato, y solo después de que él se haya acostado, y una vez que se ha cerciorado de que está dormido, se levanta sigilosamente de la cama, evita el listón del suelo que cruje al pisarlo, el tercero contando desde la puerta de la cocina, se quita la ropa y se acurruca otra vez bajo el edredón.

Y es entonces cuando nota que la invade la alegría, y permanece despierta hasta que es de día y los dos se levantan y Oskar le pregunta cómo ha dormido.

Luego toman café y comen gachas de avena. Oyen cómo los vecinos de arriba empiezan a discutir, y al final Oskar se levanta y va a pedirles un poco de azúcar, sabiendo que los dos se alegrarán porque así se acabará la discusión.

En 1933 Oskar empieza a trabajar otra vez. Es de los primeros en encontrar trabajo después de que el desempleo llegara a su punto culminante a principios de año. En mayo empieza a trabajar en Estocolmo, y allí es donde, un domingo, ve a los nazis desfilando por las calles. Siente un nudo en el estómago cuando los ve pasar desde la acera y reconoce al sargento Lindholm en cabeza. Se imagina echando a correr hacia el desfile y golpeando en la cara al sargento.

Luego, cuando ya ha terminado, Oskar vuelve a su casa, una habitación de alquiler en la calle Katarina Bangata, y al día siguiente lee en los periódicos que unos jóvenes comunistas, entre otros, asaltaron a los nazis en el parque de Humlegården.

Durante un mitin nazi celebrado a principios de verano Oskar se oculta tras un árbol en un parque y desde allí oye cómo el orador describe con frases roncadas y chillonas que muchos tendrán que partir, y Oskar comprende que él es uno de ellos.

Luego regresa a su ciudad y vuelve a convertirse en uno de los desempleados. Sigue llevando a pasear a Lindgren, pero evita el bosque, donde hicieron la excursión cuando ya había llegado el otoño, y es el único que asiste al entierro de Lindgren, aparte de su madre.

Cuando la mujer ya se va a casa, extiende por segunda vez aquel brazo moreno que parece un palillo, y Oskar le estrecha la mano con sus dos dedos y siente una gran emoción al notar lo turbada que está.

La primera vez que Oskar ve la cara de Hitler es un día de 1936. Está junto con Elvira delante del escaparate del quiosco de prensa viendo fotos del entierro de Hinke Bergegren. Elvira le está diciendo que cree haber reconocido a una de las mujeres que, con un abrigo gris, lleva el catafalco, y él murmura un «no me digas» ininteligible cuando ve a Hitler con el brazo en alto inspeccionando filas y filas de muchachas en un gran estadio.

Imágenes de Hitler que ha visto con anterioridad, pero es como si le viera la cara por primera vez. La tensión de las mandíbulas. La frente estrecha y esas marcas tan profundas. Y le parece que le ve la cara con claridad por vez primera mientras mira a esas jóvenes alineadas.

Luego se van y, cuando dejan atrás las cristaleras de la caja de ahorros, comparten sin saberlo una vivencia para el recuerdo.

Van caminando despacio a casa, y hablan en voz baja, con muchos pasos entre las réplicas.

—Hace frío.

—Sí.

—¿Te has acordado de pagar el alquiler?

—Claro.

—¿Aguantan los zapatos?

—¿Cómo que si aguantan?

—¿Te entra agua?

—No mucha.

—Seguro que vuelven a romperse.

- El del pie izquierdo está bien.
- Qué raro que solo se estropee uno.
- Sí, es extraño.

Y al igual que todos los demás desempleados continúan y salen poco a poco de los años treinta para entrar en una guerra que durará cerca de seis años. Esa noche de 1936 Oskar tiene cuarenta y ocho años, y mientras camina al lado de Elvira mira los adoquines de la acera.

Apenas pensaba más allá de lo que atañía a la familia. Lo que le hacía feliz era que ellos vivieran sin tener que prescindir de lo necesario.

Por las noches soñaba con lo que había visto en el cristal empañado del periódico. Soñaba con el día que había quedado atrás. Soñaba a veces que corría con otros niños y gritaba y saltaba las vallas desvencijadas que separaban un jardín de otro.

Le habría gustado no pensar, y creía en lo que soñaba.

Una tarde de 1937 llaman a la puerta de Oskar.

Una vez más, es domingo. Están sentados a la mesa de la cocina y acaban de comer.

Cuando Elvira abre la puerta, ven a una persona a la que ambos reconocen. Es una mujer de unos cuarenta años, una de las principales representantes de una asociación en defensa de los animales de la ciudad. Es una asociación muy conocida. Ha promovido de forma muy activa una campaña para que los animales domésticos reciban un trato más humano de lo habitual. Está casada con un ingeniero de la principal fábrica textil, donde Elvira trabajó en su día.

—Espero no molestar, buenos días.

—Adelante.

—Gracias. Vengo a pedirle ayuda al señor Johansson. Como seguramente saben, soy una de las personas que trabajan de forma activa para que nuestros animales domésticos más frecuentes, sobre todo los gatos y los perros, tengan mejores condiciones.

Habla con vehemencia y sin tomar aliento. Está sentada en el borde de la silla. Oskar está en el banco y Elvira se ha quedado de pie junto a la ventana.

—Resulta que estábamos pensando hacer un espectáculo amateur para la Pascua donde tenemos intención de difundir información sobre nuestra actividad y, al mismo tiempo, vender manualidades y objetos artesanales que los miembros activos o los simpatizantes de la asociación han donado o han creado en nuestras reuniones vespertinas semanales. Y resulta que habíamos pensado hacer un número en el que comparamos las lesiones que las personas irresponsables causan a los animales domésticos con las lesiones que pueden sufrir los seres humanos. Como resulta que el señor Johansson sufrió hace tiempo un accidente grave que, por suerte, acabó bien, hemos pensado que podríamos comparar la ayuda que recibió el señor Johansson con la ayuda que nunca reciben los animales. Puede que resulte rebuscado y extraño, pero sabemos que lo único que puede hacer que las personas comprendan lo mal que tratan a sus animales es que se las compare con ellos. Habíamos pensado representar un episodio en el que primero aparece un gato que sufre un accidente y acaba en el cubo de la basura, seguido de una escena en la que se vería al señor Johansson en medio de la explosión y luego cómo todos los médicos y el hospital entero lograban salvarle la vida.

La mujer ha hablado con vehemencia y se para de repente. Cuando Oskar comprende que espera una respuesta, no consigue articular palabra, así que la mujer continúa.

—El señor Johansson no tiene por qué colaborar en las escenas teatrales en sí, bastará con que aparezca con un gato en los brazos cuando todo haya terminado. Allí permanecerá unos instantes hasta que caiga el telón.

»Naturalmente, estaríamos muy agradecidos si el señor Johansson accediera a ayudarnos. Por supuesto, no podemos pagar nada, pero el objetivo merece todo el apoyo posible.

—Sí.

—Sé que no va a decir que no, señor Johansson.

—No.

Oskar está sentado en el banco de la cocina, Elvira sigue de pie junto a la ventana y, diez minutos después, está todo acordado.

Durante los dos ensayos, Oskar tiene en brazos una papelerera. La primera vez entra en escena por la derecha y permanece once minutos bajo la intensa luz, porque resulta que fallan las cuerdas del telón. La segunda vez aguarda tres minutos con la papelerera en brazos y todo marcha como debe.

En el estreno, y durante las tres representaciones, Oskar entra en el escenario con un gato castrado que es todo negro, salvo por una mancha en la frente. El gato pesa bastante y Oskar lo sostiene pegado al pecho. Cuando entra en escena, lo ciega la luz y nota un gran silencio. Luego baja el telón y el escenario se oscurece, baja y deja el gato en una cesta marrón. Luego se sienta detrás, en una escalera desvencijada, y se pasa allí más de una hora y media. Al final, sale otra vez con los demás participantes para recibir los aplausos del público.

Elvira asiste a la última función. Ya en la cama, esa noche, le dice que la cosa ha estado bien, pero que Oskar tenía un aspecto horrible a la intensa luz de los focos. No se había dado cuenta de lo fea que tiene la cara. Luego le pregunta si el gato pesaba mucho, porque parecía que sí. Oskar responde que pesaba como un mazo. Y luego se duermen. Primero Oskar. Luego ella.

Por Navidad, ese mismo año, llega una carta de la asociación protectora de animales. En ella le dan a Oskar las gracias por su colaboración y le anuncian que la recaudación total, incluidas las ventas de artesanía, ascendió a cuatrocientas noventa y cinco coronas con treinta y cuatro öre, lo que debía considerarse una buena suma.

Mucho después, Elvira le pregunta a Oskar cómo se llamaba el gato. Él no lo recuerda, pero le dice que se llamaba *Nisse*.

El cartel

A primeros de abril de 1949 Oskar compra un cartel de propaganda. Es uno de los más conocidos, de los más difundidos y de los más traducidos; pero sobre todo es el análisis del sistema capitalista más eficaz que se haya publicado. Es la célebre pirámide, que se imprimió por primera vez en Estados Unidos hacia 1910.

Es una sección de una pirámide dividida en varios niveles. En la cima hay un saco de dinero dibujado como en los cuentos, con tres símbolos del dólar. En el nivel inmediatamente inferior, donde la pirámide empieza a ensancharse, se disputan el espacio tres personas. En el centro, un rey, vestido como en un naípe o como salido de un cuento también. Lo flanquean dos jefes de Estado vestidos de frac, con el sombrero de copa en la mano. En el siguiente nivel de la pirámide hay tres sacerdotes. Uno griego ortodoxo, otro católico y otro reformista luterano. Se encuentran muy separados en su plataforma y entre ellos no se da ningún tipo de relación. El sacerdote griego ortodoxo está girado hacia la derecha con la cruz levantada en alto. El reformista luterano está en el centro y mira al frente. El sacerdote católico está mirando hacia la izquierda. Todos tienen la boca abierta en la imagen.

En el siguiente nivel, precisamente en el punto de corte del centro de la pirámide están los militares. Dos cañones apuntando hacia fuera, un oficial con el sable en alto y dos soldados rasos rígidos en posición de ataque. Son

soldados de infantería y de artillería, y llevan uniformes de Estados Unidos. En el fondo de esta imagen y de las dos anteriores se ven dos columnas góticas que sostienen el suelo de cada nivel. Las paredes del fondo son grandes ventanales.

El siguiente nivel, el penúltimo, es una gran mesa a la que se sientan acaudalados burgueses con las copas en alto, y se han vuelto como saludando al que contempla el cartel. Se los ve a todos muy animados, aunque alguno se ha dormido apoyado en la mesa. El mantel está sucio y toda la imagen da la impresión de un atracón desenfadado.

Y finalmente tenemos el último nivel, la base sobre la que se sustenta toda la pirámide. Allí están los trabajadores, aguantando el peso sobre sus hombros. Allí se agolpan apretujados los trabajadores de las fábricas, herreros, niños, mujeres, campesinos y ancianos. La imagen irradia una tensión de fuerzas enorme. A la izquierda se atisba el intenso aleteo de unas banderas rojas. Quienes las sujetan están de pie, con la vista levantada hacia los niveles superiores de la pirámide. Uno dirige la vista hacia los militares y cierra el puño. Otro contempla la mesa llena de comida. Un tercero, una mujer, mira los pies de los comensales. Pero nadie ve los demás niveles. A la derecha, en primer plano, yace un niño. No resulta difícil ver que está hambriento, quizá muerto. Sobresaliendo también por la derecha hay un hombre pala en ristre. Está mirando la pirámide, aunque es difícil saber con exactitud dónde ha fijado la vista.

Oskar compra el cartel y lo pone en la cocina. El texto está en inglés, pero la imagen es tan clara que no es necesario entender lo que dice.

We rule you, We fool you, We shoot at you, We eat for you, We work for you, y, por último, We feed you.

Sentados en la cocina, suelen contemplar el cartel. Y no solo porque pasan allí muchas horas al día y el cartel está ahí, en la pared, encima del banco, de modo que es difícil evitar verlo. Así que lo contemplan allí sentados y cada

vez se les antoja ver algo nuevo, un detalle nuevo, una nueva combinación. Y en torno a las imágenes surgen pensamientos y conversaciones. Aquel cartel de propaganda se convierte en un libro de texto, porque así lo utilizan ellos. Al mismo tiempo, es un reto y una exigencia. Es Elvira la que, en una ocasión, lo expresa de esa manera, y dice que solo haría falta que alguien más se colocara debajo del nivel más bajo para que la pirámide se volcara hacia atrás y se derrumbara entera. Y así pasan los dos un buen rato riendo y hablando del caos que eso provocaría. Cómo el que se ha dormido a la mesa tendría un despertar brusco y repentino. Cómo se quebrarían botellas y copas al caer sobre los sacerdotes y los soldados. Cómo explotarían los cañones y reventarían los sacos de dinero. Cómo a las comensales se les subirían las faldas hasta los muslos, y cómo aquellos que tanto tiempo llevaban soportando el peso de la pirámide podrían estirar por fin los hombros y erguir la espalda.

—Menudo crujir se oiría cuando todos pudieran estirarse. Sonaría como una tormenta.

Pero lo que se convierte en una idea fija mientras contemplan el cartel es la sensación de que quienes sustentan toda aquella construcción están increíblemente vivos. Cuando Oskar se tumba en la cama, dice una vez que los que están en la cocina aguantan y aguantan y aguantan todo el peso.

El 24 de abril de 1949 los socialdemócratas celebran el sexagésimo aniversario. Organizan una gran fiesta del partido en el auditorio de Estocolmo. Asisten al festival de August Söderman en un escenario lleno de flores. Las celebraciones alcanzan su culmen durante las manifestaciones del 1 de mayo, marcadas por el aniversario.

Oskar y Elvira se levantan temprano. Ya a las ocho y media de la mañana salen de casa. Hace calor y todo está en calma. Llegan a la ciudad y siguen un sendero de grava que lleva al bosque. Allí dentro, en las sombras, hace más fresco, y caminan deprisa uno junto al otro para mantenerse en calor. El suelo está reseco y cruje bajo sus pies. No se dicen nada, caminan codo con codo por la grava y siguen el sendero que sube por la ligera pendiente de la loma, y

han recorrido cuatro kilómetros cuando termina el camino y desemboca en una zona de tala del bosque. Allí hay tres grandes pilas de madera de pino sin descortezar y sin clasificar. Huele de forma muy intensa a resina, y Oskar y Elvira se apoyan en una de las pilas con cuidado, para no mancharse la ropa. Luego se quedan allí con los ojos cerrados y de cara al sol.

Permanecen así un buen rato, en silencio, con los ojos cerrados y escuchando el rumor del bosque.

Por la tarde van a la manifestación, y la siguen en el último tercio. Los manifestantes caminan de seis en seis y tanto Oskar como Elvira van cantando. Durante la marcha, cantan dos veces todos los versos de *La Internacional*, y tararean la melodía de *Hijos del Trabajo*. Los dos ponen mucho cuidado en mantenerse en su fila y procuran adelantar el pie al unísono.

En el Folkets Park, el parque del pueblo, habla el presidente local, un trabajador del metal de sesenta años de edad. Habla en todo momento de la celebración, y cita a Axel Danielsson, a Branting y a Ernst Wigforss. No aborda otras cuestiones políticas concretas que no sean la construcción de viviendas y la continuidad en la construcción de hogares para jubilados. Habla de los lavaderos colectivos y termina con una alusión a la Confederación Internacional de las Organizaciones Sindicales Libres que se reunirá ese otoño en Londres.

Habla desde la orquesta, y tiene una voz potente. Oskar y Elvira se encuentran casi delante del podio y no se mueven, miran hacia arriba y hacia delante y prestan atención a cada palabra que sale de la boca del orador.

Por la noche, sentados en la cocina, mientras hablan de la manifestación, Oskar señala de pronto el cartel que hay en la pared.

—Sin embargo, si miramos ese dibujo y comparamos, nos damos cuenta de lo poco que se consigue.

—No puedes decir eso.

—Claro que puedo. Porque, curiosamente, es como si unos cuantos de los que están en lo más bajo de pronto pudieran subirse encima de la mesa

mientras que su puesto soportando el peso de la mesa lo ocupan otras personas. Y luego es como si los de arriba, los reyes y los sacerdotes, se inclinaran y mostraran el rostro para que quienes los sostienen pudieran verlos. Pero la pirámide no deja de ser pirámide en ningún momento. Quiero decir, los que la aguantan tienen otra ropa, comen otra comida, pero siguen siendo ellos los que lo sustentan todo agitando sus banderas, y los que están arriba siguen arriba.

—Bueno, pero ya no siguen haciendo lo que les viene en gana.

—Pero siguen arriba, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, que no ganan menos porque nosotros ganemos un poco más. Y tampoco mandan menos aunque nosotros tengamos cierta capacidad para decidir, si es que la tenemos.

—Pero, si no fuera así, ¿cómo podría el Gobierno conseguir algo? Porque es verdad que algo consiguen.

—No lo sé. Pero los de arriba siguen arriba. ¿En qué lugar de la pirámide estaríamos nosotros?

—Abajo, naturalmente.

—¿Y cuánto tiempo?

—Esas cosas van despacio. No se hacen en un día. No podemos exigir que sea así.

—No, claro.

—¿No me crees?

—No es cuestión de creer o no creer. Es cuestión de cómo son las cosas.

—Ya.

—Pero si es que tengo razón.

—¿En qué?

—Que los que están arriba están arriba. Y nosotros estamos aquí. En el suelo, asomando la cabeza desde detrás del sofá.

—Bueno, no todo el mundo tendrá el cartel detrás del sofá.

—No.

—Me parece que no entiendo lo que quieres decir.

—Quiero decir que lo único que ha pasado es que ahora sabemos cómo

son las cosas. Por lo demás, todo sigue como siempre.

—No estoy de acuerdo. ¡Fíjate en cómo vivimos!

—Ya, sí, pero no es posible dibujar otra pirámide que encaje con la situación actual de Suecia. No es posible. Han cambiado la indumentaria y poco más. Y hay aviones en lugar de cañones.

—Bueno, cañones sigue habiendo, ¿no?

—Pero cada vez hay más aviones.

—Eso no mejora las cosas.

—No. Pero la pirámide es la misma, y el cartel se imprimió en 1911. Lo pone ahí abajo, en la esquina.

—Lo he visto, sí.

—Así que algo falla. Y esto no va rápido, no.

—Es lógico.

—¿Que es lógico? Pero si parece que va más lento todavía...

—¿Y qué podemos hacer?

—Pues hacernos comunistas, tal vez.

—¿Entonces irá más rápido?

—Supongo que sí. Ellos son más directos.

—Aunque no son suficientes.

—Pero pueden llegar a serlo.

—No lo creo.

—Pero puede que sí.

Y el cartel sigue vivo ante sus ojos, y Oskar contempla a los que sostienen todo, y sostienen y sostienen sin parar.

—Habría que darle el cartel a Domö.

—¿Al líder de la derecha? ¿Por qué?

—No le haría ningún daño.

—Ah, te refieres a eso.

—Sí.

- Aunque ahora va a dimitir, ¿no?
—¿No me digas?
—Eso creo. Lo he leído en algún sitio.
—¿Y quién lo va a sustituir?
—No lo sé. Puede que ni ellos mismos lo sepan.
—Sí, puede que no.

Luego se van los dos a dormir, y el cartel sigue allí colgado detrás del sofá.

Una noche se suelta una de las cuatro tiras de cinta adhesiva con las que el cartel está pegado a la pared. Al verlo por la mañana, Oskar piensa que, después de todo, la pirámide se ha derrumbado. Con la idea de comprobar si Elvira se da cuenta, le da la vuelta al cartel y lo pega a la pared boca abajo. Ella no se percata hasta la noche, y los dos se ríen y lo colocan como es debido.

Oskar tiene sesenta y un años. Empieza a notar el cansancio por las mañanas, y el domingo le gusta quedarse durmiendo hasta las once. Alguna que otra vez ha pensado que estaba enfermo, pero nunca va a que lo examinen. A veces, eso sí, se sientan a hablar de que se han vuelto viejos. Y entonces sienten en su interior un miedo intenso a quedarse solos. Nunca se lo dicen, pero a los dos les angustia mucho sobrevivir al otro. Los dos albergan esa sensación, que se fortalece con más pertinacia a medida que pasan los días. Pero ellos no hablan nunca del tema. Solo en casos excepcionales hablan de la vejez.

Por la misma época, en torno a 1950, Oskar empieza a sentir cada vez más a menudo el deseo de salir al campo con más regularidad. No tiene una idea detallada o exacta, pero en las imágenes de la naturaleza que recrea en la retina hay agua. Va variando entre arroyos y orillas marinas, lagunas del bosque y rabiones fluviales. Pero siempre hay agua, aunque él no sepa por qué.

Y al mismo tiempo que empieza a pensar en la naturaleza y el agua, siente también la esperanza de poder llegar a viejo.

No sabe por qué, pero de repente tiene un día la certeza de que alcanzará la senectud. Y se alegra, y ante sus ojos ve esas imágenes de la naturaleza cada vez con más frecuencia.

Pero los domingos prefiere seguir durmiendo antes que salir. Se queda en la cama recreando las imágenes. Solo en casos excepcionales, como el primer día de mayo, van al bosque.

Un jueves le preguntan a Oskar si quiere dejar el trabajo y jubilarse. Él se sorprende, pero al cabo de unos instantes, responde con un no inequívoco.

—No. Todavía no, a menos que sea necesario.

Y solo una vez, esa misma noche, sentado en una silla de la cocina mientras se desata el cordón del zapato, deja caer la mano y se dice que quizás habría estado bien a pesar de todo.

Pero aún quiere trabajar unos años más. Y siente en su interior que si no estuviera seguro de que iba a vivir y llegar a viejo, dejaría de trabajar en cuanto pudiera.

El proceso de revelado fotográfico

En agosto de 1958, Oskar está sentado junto a la radio escuchando cómo el popular periodista deportivo Lennart Hyland refiere el impresionante ambiente que reina cuando Rikard Dahl se desliza por encima del listón que está a 2,12 metros de altura. Lo salta por los pelos, el listón tiembla un poco y, durante unos segundos, se impone un silencio absoluto en aquel día del Campeonato Europeo de Atletismo.

Pero al ver que el listón permanece en su sitio, estalla un estruendo atroz en el Estadio de Estocolmo, y Oskar oye cómo los vecinos del piso de arriba dan patadas en el suelo y puñetazos en la mesa. Él siente cómo le late el corazón en el pecho y una alegría inmensa al ver que Rikard Dahl se ha superado a sí mismo. Que eso implica una medalla de oro para Suecia y que seguramente será la única ni se lo plantea. Luego se levanta y comprueba en la pared de la cocina hasta dónde alcanzan los 212 centímetros. Se sorprende muchísimo al ver la altura.

Durante todo 1958 Oskar lee mucho sobre deportes en la prensa, y también oye muchas noticias sobre el tema en la radio. En todas partes han dejado claro que, en este siglo, no volverá a darse en Suecia un año así en el terreno deportivo. Se han celebrado el Campeonato Europeo de Atletismo y el Mundial de Fútbol, donde Suecia acabó en segundo lugar, y al defensa Sven Axbom lo vio Oskar un día por la calle.

Pero a Oskar no le interesa mucho que digamos. Puede atraerle un ambiente determinado, de éxito y de fracaso, pero por lo general no conoce las reglas de los diferentes deportes. Y se ríe de sí mismo el día que comprende que la carrera de relevos no funciona como él creía, que los corredores vuelven corriendo en cada relevo.

Uno de los primeros partidos de fútbol del Campeonato lo juegan Suecia y Hungría. Es un partido muy equilibrado e interesante que Suecia va ganando por 2 a 1 hacia la mitad del segundo tiempo. Hasta que los húngaros empiezan a presionar y a tomar la iniciativa. Lennart Hyland está emocionado. Tras una larga presión, el interior izquierdo húngaro dispara contra la portería sueca un chute potente y bien colocado. Kalle Svensson tiene que estirarse todo lo que puede para desviar el balón fuera del larguero derecho con la yema de los dedos. Y justo cuando los húngaros preparan el saque de esquina, Oskar está nerviosísimo, aprieta con fuerza los dientes y nota un crujido en la mandíbula superior, en uno de los colmillos... Se mete el pulgar y saca medio diente, que deja encima del hule de la mesa. Siente que se le cala el diente y comprende que el nervio ha quedado al descubierto.

Al día siguiente va al dentista, que quita el resto del diente y le mata el nervio. Aprovechando la circunstancia, le examina los demás dientes y le dice que tiene piorrea en la mandíbula superior y en la inferior, y que la dolencia está demasiado avanzada para abordarla sin una intervención quirúrgica. El dentista menciona el coste y Oskar responde que es imposible. Luego pregunta cuánto tiempo podrá conservar la dentadura y el dentista le

responde que seguramente los perderá muy rápido. Al marcharse le dan un folleto que describe cómo es llevar dentadura postiza. Oskar se sienta a la mesa de la cocina y examina el folleto con atención. Trata de imaginarse el paladar postizo y la sensación física tan desagradable que sin duda provocará. Deja el folleto con la certeza de que nunca llevará dentadura postiza. Prefiere estar sin dientes. El resto del día lo pasa con un gran malestar ante la idea de que el cuerpo pronto empezará a fallar.

Por la noche se desnuda, echa las cortinas de la cocina y se sienta desnudo en una silla, en medio de la habitación. Y se pone a examinarse el cuerpo con detenimiento. Se pellizca la piel, se la araña con la uña del dedo índice. Estira y tensa los dedos de los pies y trata de doblarse hacia todos lados. Se toma el pulso en la muñeca y en el cuello. Se tapa una oreja y luego la otra y no oye ni el menor sonido de los pisos de los vecinos.

Cuando termina el examen, ve sorprendido que se ha pasado una hora desnudo en la silla. Le cuesta comprender que haya transcurrido tanto tiempo. Se pone la camisa de dormir y se va a la cama. Y allí se queda tumbado, con aquellas imágenes en la retina; y esa noche ve un mar verdiazul y en calma absoluta, y trata de evocar distintos recuerdos. Y entre esas imágenes se duerme.

Unos años atrás se vio en el país un eclipse total. Despertó una gran expectación, puesto que no volverá a repetirse en un futuro próximo. El eclipse se ha convertido en un instante sagrado que dura menos de un minuto. Oskar se prepara para ese día como todo el mundo. Con bastante antelación se busca un cristal ahumado para ponerse delante de los ojos cuando vea que el disco lunar se desliza sobre el sol. Sigue con sumo interés las discusiones de los meteorólogos acerca de si el eclipse quedará oculto detrás de gruesas capas de nubes o si será visible.

Por la mañana sale temprano. Se guarda el cristal ahumado en el bolsillo envuelto en un pañuelo y sigue el sendero de grava que conduce al bosque. Mientras camina va pensando en las ocasiones en las que ha recorrido el mismo trecho con Elvira. Se pone algo melancólico al recordarlo, pero, al

mismo tiempo, se alegra de estar vivo y de poder experimentar lo extraordinario del eclipse. Se detiene en el calvero y lo único que ve son unas nubes que se deslizan por el cielo. Se ha guardado en el otro bolsillo un despertador, y lo ha puesto según la hora de la radio. Lo planta en un tocón y se sienta en una pila de madera. El aire está caliente y Oskar entorna los ojos hacia el sol.

Y allí se queda sentado sobre la madera apilada, esperando a solas aquel instante extraordinario.

Sigue las manecillas del reloj y, con tiempo de sobra, se pone de pie cuando se acerca la hora. Ha puesto el despertador para que suene un cuarto de hora antes de que tenga lugar el eclipse. Lo oye sonar y ve una ardilla que detiene perpleja su ascenso por el tronco de un árbol. Oskar saca despacio el cristal ahumado del pañuelo y se coloca con la cabeza mirando al cielo y el ojo cubierto por el cristal.

Y así se queda, siguiendo todo el eclipse, y cuando la claridad del día se convierte en sombras se estremece un poco. Permanece inmóvil, y puede oír a su lado el tictac del reloj.

Cuando ya ha pasado y guarda el pañuelo, el cristal y el despertador, se siente feliz de haber podido vivir aquella experiencia extraordinaria. Vuelve por el camino de grava hasta que llega a la ciudad y piensa que en el momento en el que el eclipse fue total, el tiempo no iba ya hacia delante, sino que aumentaba y se ampliaba a lo ancho. Y piensa que así le gustaría que fuera siempre el tiempo. Pero también piensa que no es posible, y cuando llega a casa, arroja el cristal y el pañuelo sucio en el contenedor que hay fuera.

Un día del año siguiente lee en el periódico local una explicación detallada de cómo funciona el revelado fotográfico. Oskar lee el artículo varias veces antes de dejarlo encima de la mesa.

Luego se le ocurre que sus pensamientos y sueños son como el proceso de revelado sobre el que acaba de leer. Cómo el negativo, bien contrastado pero

sin detalles, va convirtiéndose en una imagen completa que reproduce exactamente un instante y una situación, y quizá también un ambiente. Justo de esa manera siente él que le funciona el cerebro, así que recorta el artículo y lo mete en el cajón de la mesa de la cocina.

Durante los años cincuenta tienen lugar cuatro sucesos que influyen en la postura política de Oskar. Y tres de ellos son importantes y decisivos para esa década de los cincuenta, que tan erradamente se interpreta como algo estático, como un vacío político en comparación con los años sesenta y con los cuarenta. Los tres primeros sucesos son: la bomba atómica y el debate sobre si Suecia debería hacerse con armas de ese tipo, la rebelión de Hungría en 1956 y la crisis del canal de Suez. El cuarto acontecimiento es cómo construyen un barrio de bloques de pisos en la zona que él se ve obligado a abandonar en diciembre de 1959.

A Oskar lo aterrorizó la bomba atómica. Cuando leyó las descripciones de la cantidad ingente de víctimas que cada bomba ocasionó, y cuando leyó la gran cantidad de bombas que las potencias mundiales habían empezado a fabricar, casi sintió pánico. Oskar solo leía el diario local, pero en él citaban a menudo declaraciones de otros periódicos, y él seguía el desarrollo del debate con un desánimo creciente, combinado con una creciente insatisfacción ante el proceder de los partidos políticos. Oskar leyó las palabras de Tingsten, que citaban en el periódico. Y se alegró por un instante de la declaración relativamente contundente de Östen Undén contra las armas atómicas, pero le pareció insuficiente de todos modos.

Y todo el tiempo lo atemorizaba un episodio sin importancia, un reportaje sobre las dos bombas que cayeron sobre Japón en el verano de 1945. Tardó quince años en enterarse de que las bombas llevaban nombre de mujer.

Nunca olvidó ese detalle, y le infundió una gran desconfianza con

respecto a Estados Unidos; desconfianza que se fortalecería durante la guerra de Vietnam.

Al mismo tiempo, la cuestión de la bomba atómica fue lo que separó definitivamente a Oskar del Partido Socialdemócrata. Cuando lo dejó, sintió una gran congoja al verse obligado a dar semejante paso, pero no había vuelta atrás, y se inscribió como miembro del nuevo partido.

El alzamiento en Hungría le supuso una conmoción. Cuando leyó las noticias sobre los tanques por las calles de Budapest, cuando leyó las noticias sobre la lucha desatada y oyó las voces que, muy alteradas, daban informes aterradores sobre el brutal ataque, se sintió desesperado. Era capaz de apagar la radio y volver a encenderla un segundo después. Era capaz de levantarse, ir a abrir la ventana, volver a la radio y luego levantarse otra vez para cerrarla de nuevo.

Lo que reforzó el cambio de su filiación política más aún fue la crisis de Suez. En ese caso, Oskar no llega a comprender en ningún momento cuáles son las causas verdaderas de la guerra, pero las descripciones del sufrimiento de la población civil le afectan muchísimo.

Al final de los años cincuenta deciden derribar el barrio en el que vive Oskar para hacer sitio a grandes edificios de muchos pisos. Ese es el cuarto acontecimiento y quizás el más importante para Oskar durante los años cincuenta.

Una tarde baja a tirar la basura envuelta en un periódico y se encuentra con que el contenedor está en medio del patio. En el lugar donde suele estar hay ahora dos hombres haciendo comprobaciones y mediciones. Oskar se queda un rato dudando en el patio antes de tirar el paquete de basura al contenedor a pesar de que no se encuentra donde siempre. Luego se acerca a los dos hombres y les pregunta qué están haciendo.

—Nada, los cálculos para los edificios que vamos a construir.

—¿Van a construir casas nuevas aquí?

—Sí, los dos barrios, Nypan y Smeden, van fuera.

—Pues yo no he oído nada.

—Bueno, todavía no hay nada concreto, pero ya está decidido.

—¿Cómo que decidido?

—Que van a construir aquí.

—¿Y nosotros?

—¿Cómo?

—Los que vivimos aquí.

—Os facilitarán otras viviendas, me figuro, pero de eso nosotros no sabemos nada. El propietario de estos barrios es el ayuntamiento, así que ellos son los que tienen el deber de informar de qué van a hacer con los inquilinos.

Oskar se ha quedado sin palabras, sube las escaleras muy despacio.

Dos meses después recibe la rescisión del contrato y el comunicado de que le facilitarán una vivienda en un edificio de alquiler de una zona del extrarradio, a tres kilómetros del centro. En la carta le advierten de que tiene que mudarse antes del 30 de septiembre de ese año. Asimismo, le piden que se ponga en contacto con el señor Evertsson, de la Oficina Municipal de la Vivienda, que le ampliará y le detallará la información.

Una vez en la oficina, Oskar tiene que esperar cuarenta minutos antes de que Evertsson vuelva a su despacho. Se queda mirando a Oskar un buen rato antes de pedirle que pase. Deja abierta la puerta que da al pasillo y se sienta detrás del escritorio.

—Señor Johansson, no ha sido demasiado difícil encontrarle vivienda. Hemos partido de la base de que quería usted más o menos la misma superficie que tiene ahora.

—Yo no quiero mudarme.

—No, claro, nadie quiere. Pero todos debemos acoger de forma positiva el hecho de que la construcción de viviendas por fin haya despegado. Y además, mejorar el estándar también es importante. Para las familias con hijos, por ejemplo.

—¿Y tienen que construir justo donde vivo yo?

—El ayuntamiento considera que es una zona apropiada. Sobre todo, es muy céntrica.

—Exacto. Y precisamente por eso vivo ahí.

Oskar está a punto de decir que tiene una minusvalía, pero guarda silencio.

—Se concederán ayudas para la mudanza.

—Pero ¿y el alquiler?

—Aún no está establecido para el año que viene, pero tendrá que ser un poco más alto, teniendo en cuenta que son viviendas nuevas.

—¿Y cómo se llega hasta allí?

—Ahora mismo están con los proyectos de nuevas líneas de autobús.

—Ya.

—En fin, ¿quiere saber alguna cosa más, señor Johansson?

—¿Cómo son las casas?

—En el vestíbulo del ayuntamiento expondrán los planos y las maquetas dentro de unas semanas. Ahí podrá hacerse una idea global de la zona, y también de los apartamentos.

—Ya.

—O sea, que puede ir a verlo allí.

—Ya.

Una vez en el vestíbulo, Oskar se encuentra totalmente solo. Cruza el suelo de piedra, ve unos planos clavados con chinchetas en unos marcos de madera colocados en el rincón más oscuro de la gran sala. Se acerca a los planos y enseguida se da cuenta de que allí no hay ningún dibujo definido de cómo quedará el barrio. Solo hay unos planos de edificios y algunos cálculos presupuestarios. A su espalda oye el eco de pisadas en pasillos alejados de allí, oye los golpes contra el suelo de piedra. Se queda allí unos instantes contemplando aquellos dibujos abstractos e incomprensibles. Ve las líneas negras que se entrecruzan como formando laberintos. Ve las cifras, separadas por signos extraños.

En ese instante, Oskar se siente engañado y se enfurece. Mira alrededor, suelta uno de los planos y lo pone del revés. Luego saca un bolígrafo del bolsillo y añade un cero aquí y otra cifra allá en los diferentes cálculos. Se toma la molestia de hacer que los números parezcan tan verosímiles como sea posible, y no para hasta quedar satisfecho.

Luego se marcha de allí.

Unos días después lee en el periódico local que se ha producido una desagradable contrariedad en relación con la visita de unos estudiantes de Finlandia. Los visitantes finlandeses recorrían el ayuntamiento guiados por uno de los arquitectos del consistorio, y cuando iban a mostrarles los planos del nuevo barrio de Hamnborgen expuestos en el vestíbulo, el arquitecto y guía descubrió que uno de los planos estaba colocado del revés. Naturalmente, lo corrigieron enseguida. Se cree que fue un arrebatado fruto del sentido del humor un tanto extraño de algún visitante. La oficina municipal de la vivienda no ha visto necesario adoptar otra medida que la de mandar a un vigilante a que compruebe los planos de vez en cuando.

Muchas mañanas después, Oskar sigue buscando en el periódico información que le confirme que también han descubierto el sabotaje numérico, pero no encuentra nada, así que un día va al ayuntamiento y ve que los planos han desaparecido y los han sustituido por una exposición fotográfica de una biblioteca recién inaugurada en la ciudad.

El episodio de los números que Oskar falseó y que nadie descubrió cobra para él una importancia decisiva. Toma conciencia de la arbitrariedad con la que actúan los técnicos y los funcionarios y del poder que han adquirido. Siente un intenso desprecio por la falsa trascendencia que tienen esas personas. Sabe que la mayoría de ellos se han forjado la carrera por pertenecer al Partido Socialdemócrata. Y él no quiere seguir perteneciendo a

ese partido.

Durante aquellos años, a finales de los cincuenta, cuando Oskar se queda solo, rara vez habla con otras personas. Mantiene el contacto con sus hijos, pero no se relaciona con nadie, y tampoco lo necesita. Experimenta el silencio como un lugar espacioso y acogedor en el que pensar, soñar y evocar imágenes de la naturaleza. Establece una rutina sencilla y eficaz para sí mismo, y se encuentra a gusto con ella.

El día de Fin de Año de 1959 Oskar se encuentra delante de una ventana que acaba de abrir. Fuera hace frío, y él contempla la ciudad desde el apartamento de la cuarta planta del edificio al que lo han obligado a mudarse. Oye en la distancia las doce campanadas desde las tres iglesias de la ciudad. Luego empiezan a lanzar cohetes desde el balcón del piso de abajo, y entonces cierra la ventana y se sienta en la cocina. Ha colgado el cartel en la pared, encima del sofá. Se sienta en silencio y escucha los ruidos que hacen las tuberías que van por el suelo y por el techo y por dos de las paredes. Donde vivía antes también se oían ruidos, pero aquí le parece que los ruidos que se filtran a través del cemento son más fríos y más agudos y, sobre todo, más negativos. A veces se siente como un fisgón, alguien que oye lo que no debería oír. En su antigua casa nunca experimentó una sensación así. Allí se daba por hecho que habría ruidos y así se aceptaba, y uno adaptaba sus ruidos y sus movimientos. En la casa nueva se supone que no debe oírse nada, y los sonidos se vuelven amenazadores y extraños.

Vive en el cuarto piso, no conoce a sus vecinos y no se encuentra a gusto. Dedicar todo el tiempo a intentar cambiar el piso por otro para volver al centro.

Y vive en esa casa de la calle Tomtvägen 9d durante un año y medio hasta que un día llega uno de sus hijos y le dice que sabe de un piso en el centro que podría conseguir. Oskar se decide sin ir a verlo antes siquiera, y un mes después ya está instalado allí, y aquel piso se convierte en el último

hogar de su vida. Allí ha de vivir hasta la muerte, y desde principios de primavera hasta finales de otoño, pasa el tiempo en la sauna que tiene en el archipiélago.

Así entró Oskar en la década de los sesenta, y de los cincuenta le quedaban la soledad, que era nueva, y la pertenencia al partido, que era otro. Pero para él lo más importante era que su añoranza de la naturaleza y del mar se había visto colmada.

Todo el tiempo lo embargaban también la conciencia firme y la confianza en su papel en la vida, en que nunca ha sido ni llegará a ser nada excepcional, sino que era sencillamente alguien que, a finales del siglo anterior, había jugado a los mismos juegos que otros niños. Corría y chillaba y gritaba, trepaba las vallas que separaban las casas y siempre, a lo largo de toda su vida, vuelve a esa visión de sí mismo. Para él, ese es el punto de partida de su vida y, al mismo tiempo, el patrón de lo que ocurrió después. Tampoco alberga la menor nostalgia. Cuando su añoranza del mar halló satisfacción, se sintió colmado.

Pero siguió al tanto de los cambios de la sociedad y, según decía, estaba presente pero no participaba en que los cambios se produjeran. No se eximía de responsabilidad ni rehusaba sus obligaciones, pero tampoco valoraba en mucho su papel en el todo, ni siquiera en detalles particulares. Había vivido y había trabajado, y había tenido sus opiniones, cambiado de partido y, en lo más hondo de su ser, había tenido deseos y sueños.

El cartel del salón se va desgastando cada vez más con los años, y un día tiene las esquinas tan destrozadas de tanta chincheta que se cae al suelo. Entonces Oskar lo enrolla y lo ata con un cordel. Luego lo deja en un estante del armario y no vuelve a sacarlo nunca más.

Y Oskar sigue viviendo con sus pensamientos y sus sueños, que él compara con el proceso de revelado fotográfico.

De una sola explosión y saluda de mi parte

—Harstena, 3. Despejado a casi despejado.

—Eso está bien, sí.

Oskar pulsa la tecla del transistor.

—Necesito pilas nuevas, ¿puedes comprármelas?

—Por supuesto.

Mediados de mayo. Primavera de 1966.

—Elvira se pasó toda la vida de camarera. Y siempre en el mismo sitio. Seguro que lo has visto, un café bar que se encuentra junto a la estación de ferrocarril. Al principio se llamó Tunnan, el tonel, durante diez años. Luego cambió de dueño. Compró tres mesas nuevas y le cambió el nombre por el de café Paradiset. Nos hacía mucha gracia. Yo creo que fue entonces cuando Elvira lo pasó peor. El propietario quería convertir aquello en un sitio más fino. Quería echar a los cerveceros y atraer a otros clientes. Pero los clientes desaparecieron por completo. Vendió el bar y llegó un nuevo dueño. Fue al cabo, tan solo, de tres años, justo antes de la guerra. Compró sillas nuevas y volvió a llamar al sitio Tunnan. Elvira estaba a gusto allí. Conocía a los

clientes y sabía lo que iban a pedir. Cerveza, sobre todo. Café y bocadillos, porque el bar abría temprano. A las seis, para servir desayunos. Así que Elvira se pasó la vida levantándose a las cinco. Trabajó incluso después de que nacieran los niños. No faltó nunca. Cuando los niños eran pequeños, se los llevaba y los dejaba en la oficina, detrás de la cocina. Nadie decía nada al respecto.

»Pero Elvira se acostaba temprano por las noches para estar descansada durante el día. Cuando se vio mayor, empezó a acostarse a las nueve. Yo me quedaba levantado un rato más. A ella le gustaba muchísimo su trabajo. Siempre estuvo mal pagado, pero se encontraba a gusto con los hombres. Estuvo trabajando desde 1919 hasta que murió. Un día empezó a llorar mientras cenábamos. Le pregunté y me dijo la verdad. En solo un par de semanas se le había debilitado muchísimo la vista. Fuimos al médico y dijo que tenía cataratas en los dos ojos. Recibiría tratamiento, pero era imposible garantizar nada. No mejoró, pero tampoco empeoró. Los días anteriores a su muerte no veía nada, pero por otras causas. El derrame cerebral. Hasta entonces no había estado enferma en toda su vida. Reía a menudo y a los hombres del bar les gustaba. Muchos de los que iban a aquel café eran compañeros míos de trabajo, y siempre decían que era estupenda. No le importaba que alguien estuviera un poco borracho alguna vez, y si uno de ellos se volvía más pesado de la cuenta, lo ponía de patitas en la calle. No tenía miedo.

»El invierno pasado cerró el bar, y por lo visto lo han convertido en un pub. Juegan a la diana y beben cerveza.

»El bar cerraba los domingos, y los sábados nos quedábamos despiertos hasta más tarde. No salíamos. Nos gustaba estar en casa. Cuando los niños vivían con nosotros era obvio. Nos sentábamos a tomar té y a escuchar la radio antes de que llegara el televisor. Los programas *20 preguntas* y *La rueda*. A veces daban alguna historia de asesinatos. Luego apareció el televisor. Algún domingo iba al fútbol con el chico. A él le interesaba ese deporte. Aún hoy le interesa. A mí nunca me pareció entretenido, pero iba porque a él le gustaba.

»Luego empezaron a salir uno tras otro, y allí nos quedábamos esperando

hasta que llegaban a casa. Pero ninguno se metió en líos. Elvira y yo lo comentábamos a menudo. Y nos alegrábamos de que así fuera.

»Cuando Elvira murió, sobrevino la soledad. Yo trataba de que todo estuviera como antes. Conservé las plantas, y solía regarlas, pero era como si no lo estuviera haciendo bien. En todo caso, no cambié nada. Cuando estoy aquí, es un vecino el que va a regarlas.

»Ni Elvira ni yo hemos creído nunca en Dios. Cuando éramos pequeños le teníamos miedo, claro, como todo el mundo en aquella época. Pero cuando nos hicimos socialistas, Dios desapareció. Es verdad que hubo un sacerdote en el entierro de Elvira, pero eso es distinto. Ninguno de nuestros hijos está confirmado. Ellos querían, porque así les harían regalos, como a los demás, pero Elvira y yo dijimos que no. Y tampoco fueron a la escuela dominical. En cambio, todos estuvieron en los *scouts*. Y les encantaba.

»Ahora en invierno me dedico sobre todo a hacer solitarios y a ver la tele. Dan muchos programas estupendos. Puedo pasarme las tardes enteras delante del televisor, y tengo la sensación de que aprendo mucho. El invierno pasado también lo encendía por las mañanas, cuando daban el programa para las escuelas. Era entretenido aprender cosas.

»Una vez encontré un libro en inglés en el cuarto de la basura. Intenté leerlo, pero no lo conseguí.

»Cuando uno envejece, es fácil que sienta envidia de los jóvenes. Uno quiere vivir y participar de todo. Yo creo que mucha gente riñe a los jóvenes porque tiene envidia. Y hay que entenderlo. Es natural. Nadie quiere llegar a viejo y que lo aparquen, con los huesos doloridos y el corazón pendiente de un hilo en el pecho. En el piso de arriba vive un matrimonio mayor. Tienen medicamentos en todas las habitaciones, por si se sienten mal en la cocina o en el baño... No salen nunca. Eran misioneros en África. Nunca he hablado con ellos. Antes la sociedad trataba mal a los ancianos, ahora los tratan mal la sociedad y también sus familiares. Hacerse viejo es feo, pero el hombre ha envejecido en todas las épocas.

»A mí me da mucho miedo morir. Cuando peor lo llevo es por las noches, antes de dormirme. Entonces se me ocurre que nunca voy a despertarme, y es terrible. Por la mañana, al despertar, dejo de darle vueltas. Cuando tenía

veinte años, pensaba que después de la muerte no había nada.

»Nada. Nos convertimos en tierra y hierba. Diez años después, creía que tal vez hubiera algo más. Y luego empecé a creer que nacemos en otra persona. He ido cambiando todo el tiempo. Ahora pienso que vivir no es tan divertido como para querer repetir. Pero eso también puede cambiar. Además, están los hijos, de alguna manera, seguimos viviendo en ellos.

»Elvira y yo salimos de viaje una sola vez. Fue en 1950.

»Hicimos un viaje en autobús a Austria. No sé por qué fuimos. Nos embarcamos sin más. Íbamos a estar fuera dos semanas de junio. Elvira y yo éramos los únicos trabajadores. Los demás eran diferentes. No nos relacionábamos con nadie. Pero estuvo bien poder salir al menos una vez. Aún se apreciaban las huellas de la guerra, y la gente vivía muy pobremente. Creo que dimos a los mendigos casi todo el dinero que llevábamos para el viaje. En Viena estuvimos viendo un palacio que era muy bonito. Paseamos y comimos y lo pasamos bien. A Elvira no le daba miedo. Ninguno de los dos hablaba aquella lengua, pero ella siempre se las arreglaba para decir qué queríamos. Y reía todo el rato. Durante el viaje compramos muchas postales. Elvira fue anotando cosas en la agenda. Cuando murió y yo me puse a hacer limpieza en los cajones, encontré la agenda y las postales. Leí las notas. Luego lo tiré todo a la basura. Se me hacía demasiado duro conservarlo. Me ponía muy triste. Lo único que conservo es una fotografía en la que estamos Elvira y yo delante de una iglesia en alguna ciudad de Alemania. Nos la hizo un fotógrafo que nos dijo que nos iba a enviar la foto. Le pagamos convencidos de que nunca la recibiríamos. Pero nos llegó en otoño. Se portó bien al no engañarnos. La foto empieza a verse un poco rara. Empieza a difuminarse. Pero todavía la conservo. Lo que recuerdo del viaje es lo mal que vivía la gente. Espero que allí también hubiera socialistas.

»Salvo esa vez, nunca hicimos ningún otro viaje. No nos lo podíamos permitir.

—A pesar de que los dos trabajábamos, gastábamos el dinero en los niños. Queríamos que vivieran bien. Una vez, Elvira dijo que ella y yo juntos

ganábamos al mes la mitad de lo que les pagaban a muchos cantantes mediocres por una noche de espectáculo en un parque. Aquello nos enfadaba a los dos, pero ya éramos viejos. Si hubiéramos sido jóvenes, habríamos seguido luchando.

»La decadencia más vergonzosa de los socialdemócratas es que han convertido el socialismo en una especie de organización para funcionarios inútiles que se llenan los bolsillos a costa de los trabajadores. Para acceder a esta sociedad hay una entrada, y luego una salida, pero lo que hay en medio..., eso no se sabe.

»Todo se ha torcido. Se ha torcido por completo. No se puede arreglar. La juventud se ha dado cuenta, así que estoy tranquilo, porque tarde o temprano ellos van a traer el socialismo. O quizá venga de fuera. Eso ya lo sabemos, que el resto del mundo nos obligará a introducir cambios aquí también. Es inevitable. Cada vez que estalla una revolución en alguna parte, me alegro muchísimo. Entonces me tumbo en la cama y sueño que yo también estoy con ellos. Y en cierto modo, así es.

En 1962, Oskar escribe una carta a uno de los periódicos locales. En ella aboga por que les suban a los jubilados la renta básica para que así puedan arreglárselas medianamente bien. Es una carta breve y clara. Oskar escribe debajo su nombre y su dirección. Él es uno de los pocos que lo hacen. Ese día, es el único.

—Una vez entré en una librería y compré un mapamundi. Luego me pasé muchos días repasándolo, un país tras otro. Resultó que había varios países de los que nunca había oído hablar. Y siempre lo tengo delante cuando veo la tele.

»Los libros de Moberg los he leído todos. Son muy buenos. Son como libros de historia, pero más emocionantes. Se queda uno sobrecogido. Las personas de las que hablan no eran nada excepcionales. Eran como todo el mundo. Pero en ellos ve uno lo mucho que pasaron. Deberían escribir más

libros así. El pueblo solo ha tenido la posibilidad de hablar bajito a lo largo de los siglos, pero ha sido el pueblo el que ha luchado y el que ha perdido. Deberían escribir más sobre lo que el pueblo solo ha tenido la posibilidad de hablar bajito.

El avión Lansen vuela bajo. Las palabras se ahogan y Oskar guarda silencio.

—Una vez participé en un programa de televisión. Estaba entre el público. Seríamos cincuenta personas. Era en el programa *Forum*. Pero me enfadé cuando nos dijeron que teníamos que reírnos si decían algo gracioso. No me gusta que me traten así. Luego me contó mi chico que habían sacado algún primer plano mío en el que se apreciaban las lesiones. La del ojo y la del brazo. Así son las cosas.

—No me gusta que el chico empezara a llamarse director en cuanto se compró una lavadora y empezó a lavarle la ropa a la gente. A cuento de qué iban a llamarse directoras las lavanderas de antaño, aunque se pasaron la vida lavando para otros. Y tampoco quienes se dedican a limpiar la mierda que dejan otros. La sola palabra me saca de quicio. Ahora tiene algo así como una lavandería, pero de todos modos, no debería llamarse director. Ya se lo he dicho, pero él se limita a reírse. Me ha decepcionado. Hubo un tiempo, cuando tenía veinte años, en que era un chico estupendo, protestaba y armaba jaleo. Pero ahora es de los que votan por los azules. Es una mierda. Es como si lo hubiera traicionado todo. Pero uno tiene debilidad por sus hijos. Yo se lo digo. Una vez al año, más o menos. Pero él se ríe y nada más.

»Tiene una casa grande, y barcos y coches. Y sí, ha trabajado mucho, pero, de todos modos, parece que se lo hubieran dado gratis. Es evidente que la sociedad se ha torcido.

»Yo creo que solo se pueden cambiar las cosas haciendo la revolución. Y la habrá. Tarde o temprano. Pero habría sido estupendo participar.

Hay prácticas bélicas en el archipiélago. Una mañana, Oskar y yo vemos un submarino que pasa por delante de la isla bajo la superficie del agua.

—Elvira y yo siempre estuvimos bien. Solíamos quedarnos en la cama charlando después. Siempre estábamos cansados, pero un par de veces a la semana sí lo hacíamos. Después de casarnos, ninguno de los dos estuvo con otra persona. Yo creo que nunca sentimos la necesidad. Y uno no arriesga algo valioso por una tontería. Así que nos quedábamos charlando sobre cómo eran antes las cosas. Elvira sabía cosas, y yo también. Nunca nos aburríamos. Y hablábamos de cómo es la vida ahora y estábamos muy de acuerdo. Elvira participó activamente en el sindicato durante varios años. Habría sido buena si se hubiera dedicado a la política. Y procuraba que yo también hiciera las tareas de la casa. Pero yo las hacía de todos modos, eso nunca supuso ningún problema. Alguna vez nos enfadamos de verdad el uno con el otro, pero poco más. Elvira se enfadó mucho y se puso muy triste cuando en una ocasión le dije a nuestra hija pequeña que tenía un morro muy feo. Lo dije de broma, pero la niña se lo tomó a mal y se lo contó a Elvira. Ella también comprendió que había sido una broma, pero dijo que las niñas ya lo tienen bastante difícil. Y en eso lleva razón. Y luego yo me enfadé con Elvira aquella vez que se pasó fuera toda la noche sin avisar. Fue por una reunión que se prolongó más de la cuenta, y cuando terminó, se acostó en el sofá de la trastienda del café, puesto que tenía la llave. Y también ella entendió que me hubiera enfadado, así que, en realidad, nunca nos enfadamos. Ni siquiera cuando no teníamos dinero. Siempre nos las arreglamos de alguna forma.

»Elvira sabía casi todo lo que había que saber de las flores. Cuando íbamos por la calle, se sabía el nombre de todas las que veíamos. Incluso si nos parábamos delante de una floristería, conocía el nombre de todas las plantas, y sabía de dónde venían. Pero lo mejor era que también sabía describir el perfume de las flores. Y luego, cuando yo acercaba la nariz y aspiraba el olor, resultaba que era como ella lo había descrito. A mí me parece fantástico poder describir un olor con palabras. Y ella era capaz de

hacerlo.

El 3 de junio. Viajamos todo el día cruzando Alemania. Están a veinticinco grados por lo menos. Oskar va en el lado de la ventanilla. Yo nunca he visto unos sembrados tan extensos como esos. Por la noche llegamos a Hamburgo.

4 de junio. Hoy hace más calor aún. Salimos y vemos varias cosas en Hamburgo, antes de continuar. Hoy soy yo quien se sienta junto a la ventanilla.

5 de junio.

6 de junio.

7 de junio. Ya estamos en Viena. Es una ciudad preciosa. Hace calor y hemos ido a ver un palacio enorme. Entramos en los jardines. También había un lugar con diversos animales.

8 de junio. Hoy hace casi demasiado calor para estar fuera. Pero hemos visto la ciudad. Hemos enviado postales a los niños.

Las notas que Oskar desecha.

—A veces, cuando nos poníamos a limpiar, se atascaba la aspiradora. Entonces la desmontábamos juntos y la arreglábamos. O cuando íbamos a preparar la cena solíamos estar los dos en la cocina. Y uno fregaba los cacharros mientras el otro cocinaba. Con esas cosas nunca había ningún problema.

»Votábamos lo mismo porque opinábamos lo mismo. Cambiamos de partido al mismo tiempo.

»En Navidad siempre lo pasábamos bien. Los niños sí recibían regalos, pero Elvira y yo no nos regalábamos nada. Cantábamos canciones navideñas con los niños y bailábamos alrededor del árbol. Seguro que armábamos un jaleo tremendo, pero lo pasábamos bien. Y los niños aprendieron a estar a gusto en casa. Yo creo que eso, a cierta edad, es importante. Sentirse bienvenido allí donde uno vive.

El verano de 1967. El relato sigue adelante. Oskar está sentado en la sauna con el bastón de verano sobre los pantalones azules. Se lo ve más cansado, más viejo. Cuando no le salen los solitarios, deja las cartas. En lugar

de levantarse y dirigirse a la encimera donde se encuentran la cafetera y el infiernillo, me pide que prepare café. Los periódicos están sin leer. Los olores a hombre mayor se hacen más intensos.

Parquedad de palabras.

Pausas largas.

Cada vez se sienta con más frecuencia en el banco que hay delante de la casa a contemplar el agua. Una vez llego y me lo encuentro sentado fuera, a pesar de que está lloviendo.

—¿Por qué no entramos?

—Sí, se ve que me he quedado aquí sentado.

Entramos. Está mojado, pero no se pone ninguna prenda de abrigo.

—De todos modos, yo nunca me resfrío. Nunca he estado resfriado. Pero un café sí que podemos tomarnos. ¿Lo preparas tú?

La taza entre el índice y el pulgar. Tragos largos, ruidosos. El azucarillo en la lengua.

—Lo del azúcar con el café es de este invierno, empecé entonces. No sé por qué, porque más rico no está.

El creciente olvido.

Si no recuerdo mal.

Aunque no estoy seguro.

Ya no me acuerdo.

No importa cuándo fue.

Da lo mismo cómo se llamara.

Los ojos han perdido el brillo. Lo blanco se ha vuelto gris. Los movimientos son más pesados. La cabeza, casi siempre inclinada hacia delante.

—La verdad es que uno se pregunta cómo están las cosas en realidad. Hay organizaciones mundiales. La ONU, por ejemplo. Y aun así, hay que ver cómo están las cosas en Grecia. O en España. O en otros sitios. Este invierno leí que todavía castigan a los ladrones cortándoles los brazos o las manos o los pies. Miro el muñón de mi brazo y no entiendo nada. Cómo puede ser. ¿Eso es todo lo que hemos avanzado? Recuerdo a uno al que ejecutaron en Suecia en torno a 1910. Pero luego ya no hubo más ejecuciones, y pensamos que así sería en todas partes. Era un ladrón y un asesino, pero no recuerdo cómo se llamaba.

—¿No era Ander?

—¿Cómo?

—Ander.

—Sí, puede ser. No lo recuerdo. ¿Es él?

—Podría serlo.

—Vaya. ¿Era pariente del piloto del globo aerostático?

—Ese era Andrée.

—Ah, bueno. Uno de ellos se llamaba Strindberg, eso es seguro.

—Sí, él estuvo en la expedición al Polo Norte. Nils Strindberg. Fue el primero en morir.

—¿Y eso cómo se sabe?

—Eso creen.

—Ya.

—Sí.

—Pero bueno, yo no he perdido la esperanza. Yo creo que tú tendrás ocasión de ver cómo toda esta sociedad se esfuma como en una sola explosión. Cuando llegue el momento, saluda de mi parte.

Más tarde, justo antes de irme.

—No creo que llegue a más viejo de lo que ya soy. Tengo ese palpito.

Ahora ya solo echamos las redes una tarde por semana. Pero a veces Oskar se anima, y entonces salimos todas las tardes y todas las mañanas.

—Hay que espabilarse. De lo contrario, empieza uno a no hacer nada más que ver pasar los días sentado lamentándose.

De una sola explosión.

Y saluda de mi parte.

El verano de 1968

El verano de 1968. El último.

—¿Cómo has pasado el invierno?

—Bueno, como siempre. Viendo la tele.

—Ya.

—Procurando entretenerme. Pero ahora me acuesto más temprano. Me canso enseguida.

—Vaya.

—Este año pensaba que no podría venir.

—Vaya.

—Ganas sí que tenía, pero estaba cansado. Aunque al final vine.

—Aquí se está muy bien.

—Sí. ¿Nos tomamos un café?

—De mil amores.

—¿Lo preparas tú?

—Claro.

—Primero tendrás que ir por agua.

—El cubo aún no está vacío.

—Ah, bueno.

—¿Sigues tomando azúcar?

—Sí. Saca un par de panecillos tostados también. Hay pan de otro tipo, si

quieres.

—Un panecillo está bien.

—Están buenos. Pero no van bien para los dientes.

—¿Te duelen?

—¿Los tres dientes que tengo? Qué va. Pero se me mueven. No es posible morder a fondo.

—¿Y no has pensado en ponerte dentadura postiza?

—No. No tiene ningún sentido.

—¿Ah, no?

—No. Así está bien.

—Has comprado una baraja nueva.

—La otra estaba asquerosa. Las cartas se pegaban... Me costó muy barata.

—Se ve que Öberg son los únicos que hacen barajas.

—No me digas.

—Yo nunca he visto otras.

—Ya, bueno, el agua está hirviendo.

—Ya la retiro.

—La radio no funciona bien.

—¿Qué le pasa?

—Hace ruido. Como suena tan mal, no la pongo mucho.

—¿Cuándo has venido este año?

—Hará tres semanas. Ha hecho frío.

—¿Has salido a navegar?

—El barco hace agua. Pensaba que podrías ayudarme.

—Mañana lo miramos.

—¿Tú crees que pescaremos algo?

—Pues claro.

—Seguro que algo conseguimos.

—¿Ya hay gente por aquí?

—No he visto a nadie. Los veraneantes todavía tardarán en llegar. Por cierto, gracias por la postal.

—Anda, te llegó.

—Sí, yo diría que es la única correspondencia que he recibido este

invierno. Pero no me resultó fácil leer lo que ponía.

—¿Tan borroso estaba?

—Es la vista, seguro.

—¿No ves bien?

—Veo peor, desde luego, pero no me quejo.

—Es una postal de Londres.

—Carajo.

—Pasé unas semanas allí.

—Vaya.

—Estaba bien.

—Vaya.

Café, café. Tragos largos y calientes.

—Están pasando muchas cosas.

—Sí, y está muy bien.

—Ha habido manifestaciones por todas partes.

—Las he visto en la tele. Qué cerdos, los policías.

—Son muy brutos.

—Me habría gustado participar. Se lo pensarían antes de meterse con un inválido.

—Puede.

—Me pongo de buen humor solo de pensarlo. Tú participarás, ¿no?

—Claro.

—Muy bien. He comprado pintura para el barco. Parece que contiene algún tipo de plástico que hace que no entre agua.

—Lo haremos mañana.

—Será estupendo que me ayudes.

—¿Vamos a echar las redes mañana?

—¿Dará tiempo de que se seque la pintura?

—Seguro que sí.
—He reparado un poco las redes. Pero empiezan a estar algo viejas.
—A ver si puedo comprar unas nuevas en alguna subasta este verano.
—Estaría bien.
—No suelen ser muy caras.
—¿Tomamos un poco más?
—Te sirvo.
—Ya vale.
—Está bien salir otra vez.
—Sí, está bien.
—Todavía hace un poco de frío.
—¿Vamos a echarle un ojo al tejado este año también?
—Quizá deberíamos. Los inviernos aquí son muy duros. La cama también está rota.
—¿Ah, sí? ¿Y eso?
—Si miras debajo, verás que uno de los muelles de acero se ha soltado por un lado. A lo mejor podrías poner un tablón para que sirva de sujeción.
—Claro, cuenta con ello. ¿Has comprado otro edredón?
—Me traje uno de la ciudad. Me lo dejó mi hijo, ellos han comprado unos nuevos.
—Qué bien.
—Son bonitos, de ese color verde.
—Bueno, pues me voy a ir a mi casa ya. Pero nos vemos mañana.
—Claro. ¿Puedes quitar la cafetera?
—Sí, y también voy a ir por agua. ¿Hay mucha en el pozo?
—Sí, sí hay.
—Pues nos vemos.
—Sí, adiós.
—Enseguida te traigo el agua. ¿Dónde está la cuerda?
—Sobre la tapa del pozo.

Caminar por la tierra fría de la isla. Levantar la tapa del pozo y mirar al fondo

de las aguas oscuras. Soltar el cubo, ver cómo se llena. Volver a la sauna, dejar el cubo gris dentro, en el suelo. Oskar está sentado con el bastón en las rodillas. Lleva sobre la camisa un viejo jersey con agujeros.

—Pues nada, nos vemos mañana. Adiós.

—Adiós.

Ya se acerca el verano.

Oskar Johansson, 1888-1969.

Los recuerdos

Los tranvías amarillos.

El dedo rozando el papel pintado.

El trabajador del canal, Johannes Johansson.

El vestido blanco de Elly.

El vestido blanco de Elvira.

Yo jugaba a los mismos juegos que los demás.

Uno siempre ha sido un trabajador.

Las cosas han cambiado, pero para nosotros, no.

Todo saltará por los aires en una sola explosión.

Y saluda de mi parte.

El bastón de verano

Oskar sube a la cima de la pendiente que hay detrás de la casa para hacer sus necesidades. Lleva un rollo de papel higiénico en la mano izquierda. Se baja los pantalones detrás de un enebro, se agacha y tensa los músculos, y se apoya en el bastón de verano. Los mosquitos zumban mientras se estrellan contra la piel desnuda. Él mira fijamente el brezo y los excrementos caen al suelo. Oskar se limpia, se levanta, se abotona el pantalón y se agacha para recoger el papel. Luego baja a la casa y tira el papel a la bolsa de la basura.

Entra.

Cierra la puerta.

Da unos pasos.

Apoya el bastón en la silla.

Se sienta en el borde de la cama.

Alisa la sábana y el almohadón.

Se acuesta.

Respira.

Descansa.

Contempla la habitación,
como si la luz brillara en el quinqué,

como si el fuego ardiera en el infiernillo,
como si se oyera el carraspeo de la radio.

Pasa un barco pesquero.

Arrecia el viento.

Aviones lejanos.

Oskar en la sauna. Luz gris.

A veces se echa en su tumba y mira. Observa la tierra que arroja el pastor, que le revolotea en la cara. La madera del ataúd y la piel de la cara se entremezclan. El ojo se funde con una superficie azul a lo lejos. Una gaviota bate las alas en el azul, describe un movimiento sobre un fondo azulado.

Gritos de gaviotas en la lejanía.

A veces Oskar se tumba y dirige una vivencia de muerte. Dibuja una escenografía, se encarga de la dirección. Sonríe ante las lágrimas que caen del único ojo, tantea despacio su sueño. Tamborilea con el índice sobre el edredón. La luz empieza a volverse gris.

Pronto llegará el narrador, pero todavía quedan unos sueños.

Elvira entra por la puerta.

Elvira sale por la puerta.

Sueños, sueños.

Los sueños de Oskar.

¿Cuántos eran? ¿Cuántos soñó en estado de vigilia? ¿Cuántas veces se tumbó en la cama para soñar, por la tarde, cuando la casa estaba vacía y silenciosa?

Muchas.
Muchas.

Las imágenes son luminosas. Su claridad le centellea en los ojos. Oskar sueña con los ojos abiertos.

Está en la manifestación que desfila delante del líder revolucionario. Sostiene un cartel con la imagen de una cara entre un millón de otras caras. Grita.

La cara tiembla. Los labios se alargan elevándose hacia las mejillas. Brillan los dientes. Miles de caras.

Millones de dientes blancos.

El pueblo te defiende...[1]

¡El pueblo te defiende!

La revolución. Femenino. La mujer que alumbró el futuro. La cara de Oskar entre las de otros.

Su cara entre las de otros. Está tumbado en la cama, en su sauna. Hace frío. Está solo en el archipiélago. Soñando con su revolución.

El sueño más importante. El que se repite.

Luego, todos los demás. Con Elly.

Con Elvira.

Con los niños que caen por precipicios.

Con el trabajo.

Con el accidente que nunca vivió pero del que resultó víctima.

Con vestidos blancos.

Con peces que colean en el fondo de un barco de masonita verde.

Oskar conoce sus sueños. Los ata corto. Conoce su realidad. Oskar es una persona que ha elegido miles de veces en la vida. Nunca ha estado confundido. Ha sabido evitar el caos. Ha elegido. Si ha elegido bien o no es otra cosa. Pero Oskar, que le da la mano a Elvira, siempre ha elegido. Ha elegido, ha descartado, ha vuelto a elegir. Ha elegido pertenecer, ha elegido en contra, ha elegido algo.

Las imágenes que alisan la piel, impregnadas del olor a hombre mayor. Antes de que el camino toque a su fin. El muñón del brazo, que descansa en el pecho, se eleva y desciende, se eleva y desciende.

Está tumbado en la sauna. Los sueños se apiñan en el interior. Ya se acerca.

Y pide que salude el narrador.

—Lo que estaba bien por aquel entonces, y aún sigue siendo así, es que el socialismo combate la soledad. Íbamos caminando hacia la izquierda y a cada paso era más numerosa la muchedumbre de manifestantes. Así fue como conocí a Elvira. Ahora, en cambio, veo en los periódicos a la gente arrodillada suplicando compañía. Y eso que en este país se supone que tenemos un Gobierno socialista. Esos anuncios son terribles. La gente está muy sola. Hablan de si su situación económica es buena o mala, hombres o mujeres, hablan de lo que les interesa y se arrastran suplicando compañía. ¿Qué demonios ha sido del socialismo? Entonces estábamos unidos. Pensábamos en cambiar las cosas para todos. Era casi como una competición sin competencia. Todos querían dar algo al que caminaba a su lado, aunque apenas lo conociera, eso nunca tuvo importancia. Entonces nos alegrábamos cuando venía alguien nuevo, alguien a quien no habíamos visto antes. Ahora, en cambio, la gente se enfada si llega un desconocido. ¿Qué demonios hace aquí? ¿Será una amenaza para mi situación?

»Mal asunto.

»¿Qué me importa a mí si tienen el pelo largo? Lo principal es que participan y arman jaleo. A mí me da igual que huelan mal, con tal de que

participen.

»Y si se ponen a tirarle piedras a la ventana de la lavandería de mi hijo, me parece muy bien. Lo respaldo.

»Hay quien dice que ha visto suficientes trabajadores como para no creer en la revolución. Yo respondía y aún hoy respondo: pues sí que tienes espejos en las paredes de tu casa.

»No sé si lo comprenden. Espero que sí, porque no dicen más que sandeces.

¿Qué ha sido del socialismo? Oskar se encoge ante la respuesta. La conoce, la conoce muy bien. Pero se siente responsable, y su parte de culpa se vuelve poco clara, difusa. Una y otra vez le aflora a la garganta: una sola explosión. Y saluda de mi parte.

Me llamo Oskar.

Johansson, exdinamitero.

—Las manos no las tengo muy enteras que digamos, pero seguro que puedo cortar. Y seguro que tengo una pinta horrenda con un solo ojo, pero al menos puedo ver.

Me llamo Oskar.

No os tengo miedo.

Os diré lo que pienso de vosotros.

Llamadme lo que queráis.

Un día os vais a enterar.

El bastón de verano golpea con fuerza la pata de la mesa. Se le cae, y yo me agacho a recogerlo y se lo doy.

—Es indignante. Seguramente es el último sentimiento en abandonarnos.

Oskar. El no extraordinario. Johansson según el registro del sindicato. Johansson para los capataces. Johansson en el certificado de la pensión. Johansson en las votaciones. Johansson para todos.

—Tengo nombre de rey, y regio suena, no me dirás que no.

—Johansson es un buen apellido, la gente lo entiende por teléfono sin que haya que deletrearlo. Y nadie lo escribe mal.

¿Una ese o dos eses?

¿Por qué?

—Yo creo que todavía tengo el pasaporte de aquel viaje en autobús. Era un pasaporte conjunto para Elvira y para mí. Teníamos una pinta... Elvira, como si tuviera un huevo en la boca. Ella quería repetir las fotos, pero le dije que no debíamos ser vanidosos. ¿O es que quieres que me ponga un poco de maquillaje en el ojo izquierdo?

Los sueños son rojos.

El bastón golpea la pata de la mesa.

Oskar tiene más de setenta años.

—*El pueblo te defiende.*^[2] No sé lo que significa, pero, al ver las imágenes, se entiende de todos modos.

—Fíjate y verás.

—¿Ves qué fuerza?

—Persiguen algo.

—¿Lo has visto?

—¿Lo has visto?

—Lo que quieren es vivir mejor.

—Puedes llevarte el periódico si quieres leerlo. Yo eso ya me lo sé.

—Bueno, mañana a las cuatro y media.

—Tráete un poco de azúcar, si es que tienes.

—Hay muchas moscas.

—Entonces, mañana a las cuatro y media. Tendré el café listo.

Oskar Johansson 1888-1969

Otoño, invierno, primavera. 1968-1969.

Oskar deja la isla a finales de octubre. Los robles están pelados y la nieve acecha en el aire. El barco llegará a buscarlo a las diez. El motor retumba y el barquero ayuda a Oskar con la maleta. Oskar cierra la puerta, echa la llave y se la guarda en el bolsillo. Lleva un abrigo gris y la cabeza cubierta con un sombrero. El pescador le ayuda a bajar al barco. Oskar se sienta en un banco de la bodega. Por el hueco solo se ven el sombrero y parte de la frente.

El barco sale del puerto marcha atrás, gira y desaparece rodeando el cabo.

Es domingo. En el puerto de tierra firme lo espera su hijo. Oskar se acomoda en el asiento trasero del gran coche americano que desaparece cuesta arriba. Se nota la grava dura y fría bajo las ruedas.

Se sienta a la mesa de la cocina de su apartamento de la planta baja. Reina el silencio. Apenas le llegan sonidos lejanos procedentes de la calle. El reloj de la cocina resuena con su tictac. Son las siete y cuarto. Tiene delante una taza de café. Un plato con panecillos tostados. Un cartón de leche. El hule es de color beige. En la mesa está el bastón de invierno, el de color negro.

Gira la cabeza y nos mira directamente. Se oye un crujido en el buzón de la puerta y el golpe de la correspondencia al caer en la alfombra de la entrada. Se levanta, coge el bastón y empieza a salir de la cocina. Se mantiene todo el tiempo cerca de la pared. Va pasando al lado del fregadero, del escobero, del marco de la puerta..., y se inclina y recoge un montón de papeles de distintos colores que están esparcidos en el suelo. Luego vuelve a la cocina. Para inclinarse se encaja el bastón debajo del brazo derecho y dobla el cuerpo. Luego cambia, se mete las cartas debajo del brazo y coge el bastón entre los dos dedos.

Se sienta a la mesa de la cocina y hojea la correspondencia del día. Son folletos publicitarios. Los mira uno a uno.

Algunos de ellos.

Ropa de otoño de Algots. Gente joven posando con rigidez, dando zancadas sobre fondos vacíos de diversos colores. Colores fríos, que repelen. En las fotos saltan dando brincos grotescos y miran a Oskar con gesto exigente.

Cómprame.

Este otoño, ve caliente y seguro.

Cómprame.

Cómprame.

Oferta especial de Domus. Esta semana el pollo campero es baratísimo y buenísimo.

La fotocopia está pegajosa y no se lee bien.

Y hay que aprovechar para echar un vistazo a la sección deportiva. La moda de invierno ofrece unas novedades extraordinarias.

Oskar con esquís.

Oskar con patines sobre hielo.

Oskar dando un paseo en un paisaje nevado.

El programa de cursos de ABF.

Nuestro objetivo es...

Costura o inglés.

Teatro creativo o español a nivel universitario.

Oskar sostiene en la mano el folleto de los cursos y mira por la ventana. El coche de mantenimiento pasa haciendo un ruido atronador.

Yo me hago la compra.

Yo me lavo la ropa. No hay mucha.

Y limpiar, limpio yo.

Luego se sienta delante del televisor y ve un programa para los colegios. Física, nivel de instituto. Presta muchísima atención. Asiente cuando comprende. Para él nada es demasiado tarde todavía. Él sigue en la brecha, Oskar Johansson, a pesar de que pronto cumplirá ochenta años.

Un día señalado. En el periódico dice que cumple ochenta. Pero no hay foto.

Están sentados alrededor de la mesa del salón. Dos tartas grandes, ya partidas. Tazas de café humeantes. Oskar lleva una camisa blanca, corbata y americana. Allí están sus hijos, los tres, las hijas están allí con sus maridos, y

el hijo ha ido con su mujer. Hablan entre sí y Oskar guarda silencio y escucha. Los regalos están en la mesa.

Un jersey gris. Un par de zapatillas. Unas gafas de sol, con cristales polarizados.

O bien: Oskar está solo, sentado a la mesa de la cocina, con los pantalones azules. La taza de café, los panecillos y el vaso de leche. Hoy cumple ochenta años.

O volvemos atrás.

—¿Quieres más café, papá?

—No, ya está bien.

—Venga, un poquito más, después de todo, hoy es tu cumpleaños.

—Bueno, un poco.

—Estás estupendo, ¿has pasado un buen verano?

—Sí, muy bueno.

—¿Te has enterado de que voy a abrir una filial en la misma ciudad donde vive mi hermana?

—Caracoles.

—Será la tercera.

—¿Y te va bien?

—Sí, me va bien. Por lo menos de momento.

El flash de la cámara cruza la habitación. El hijo toma las fotos, las hijas están sentadas una a cada lado de Oskar. Y así llega el momento de despedirse. Se levantan, se alisan el vestido, se atusan el pelo con la mano. Sonríen, y ríen. Se inclinan y le dan un abrazo suave. Se vuelven a atusar el pelo.

—Gracias, papá, y cuídate mucho.

—Gracias a ti, hija.

—Te escribiremos.

—Conducid con cuidado.

La puerta se cierra. Reina el silencio. Se oye el tictac del reloj. Oskar se tumba encima de la cama. Está cansado. Se queda allí tumbado mirando el techo.

Los días.

La cafetera. Los panecillos. El periódico de la mañana.

Los folletos publicitarios. En alguna ocasión, una carta o una postal.

Limpiar un poco, lavarse. Ver la tele.

La cena. Café otra vez.

Ir a comprar si hace falta. Ordenar un poco los cajones. Alisar bien una alfombra.

Sentarse junto a la ventana.

La tele. Más café.

Desnudarse. Tumbarse a mirar el techo. El sueño, el sueño.

—Claro que me atormentaban las lesiones, claro que me sentía solo como un idiota. Si no hubiera conocido a Elvira no sé qué habría sido de mí. No era capaz de mirarme al espejo, y me asqueaba ver el muñón del brazo. Encima, tenía aquella sensación tan rara, sentía la mano derecha a pesar de que no la tenía. Era terrible. Por las noches soñaba que estaba bien, y luego, cuando me despertaba por la mañana, a veces comenzaba a gritar y me ponía rarísimo. De no haber tenido a Elvira no sé qué habría pasado. Yo era tímido, claro, y en cierto modo, me avergonzaba de mi aspecto. Pero no me rendí. Aprendí pronto a arreglármelas con dos dedos. No es tan difícil como cree la gente. Es difícil cuando lo imaginas, pero una vez que te ves en esa situación, te apañas. Es peor estar ciego o sordo.

»Pero yo no sé cómo habrían sido las cosas sin Elvira. Ella me infundía la confianza que yo necesitaba. Nada de compasión, sino patadas en el trasero. Y al final, uno se acostumbra. Al cabo de cuatro o cinco años, ya no

experimentaba ninguna sensación desagradable relacionada con la minusvalía. Sucedían entonces tantas cosas importantes, como ya he contado... Solo cuando me vi mayor y Elvira murió, empecé a irritarme otra vez. Aunque supongo que eso se debía a que el cuerpo empezaba a fallarme de muchas maneras. Sin embargo, yo no tengo la sensación de haber sido un inválido. No, de ninguna manera. Nunca. Y feo ya era antes del accidente. En todo caso, como es lógico, no le deseo a nadie lo que me pasó a mí. Cuando leo noticias sobre accidentes donde la gente ha quedado mutilada de una forma u otra, o cuando veo lo que ocasionan las bombas, sé perfectamente lo que significa. Y no todo el mundo tiene la suerte de conocer a una Elvira poco después. El caso es que siempre se presentaba otro asunto que era más importante. Y ahora también, seguramente, solo que ahora empieza uno a quedarse fuera. La vejez no es agradable. Uno tiene que vivir en otro tipo de situación de inferioridad. Tiene uno que pasar muchas cosas. Pero, con todo, se puede, claro.

»La mayor parte es gracias a Elvira. Pero mi carácter y aquello en lo que creía también significaron mucho. Hoy aún creo, pero no hay mucho que se pueda hacer.

»Por lo menos no hablo solo en voz alta. Se ve que mucha gente que vive sola sí lo hace. Cabe preguntarse qué tendrán que decirse a sí mismos. Ojalá sean cosas divertidas.

»Si yo fuera joven, habría hecho lo mismo. Por lo menos, habría creído en lo mismo. El socialismo no es nada extraordinario. Es algo natural, una vez que uno comprende cómo funcionan las cosas. Y entonces, todo lo demás resulta erróneo y extraño. ¿Cabe imaginar algo más ilógico y menos razonable que el capitalismo? Yo no me lo imagino.

»El socialismo no es nada extraordinario. Y yo tampoco lo soy. Así que encajamos bien el uno con el otro. Elvira decía a veces que, en su opinión, ella y yo también encajábamos. Y luego se echaba a reír, claro. Ella reía siempre.

»Yo no habría querido nacer siendo otro. No es eso lo que cuenta.

»Y uno siempre forma parte... Escupe en el mar una vez y tendrás toda la eternidad que desees.

Oskar.

Un viejo divertido que vive en una vieja sauna militar.

Siempre saluda cuando te ve pasar. Solo tiene una mano y un ojo.

Tendrías que verle el dedo índice. Lo tiene así de grueso.

Seguramente, se sienta ahí a beber aguardiente. Debe de tenerlo todo hecho un desastre. ¿Y quién le hace la limpieza? Seguro que no se lava nunca.

Y además, ¿de quién es la tierra en la que vive?

Es un viejo muy agradable. Era dinamitero, y sufrió un accidente horrible. Aun así, siempre está de buen humor. Es un viejo estupendo. Y se cuida él solito. Tiene la sauna limpia y ordenada, dicen.

Oskar, en el piso de abajo.

El hijo de Oskar es propietario de esa lavandería tan grande, ya sabes.

También tiene dos hijas.

Su mujer murió.

Acaba de cumplir los ochenta hace nada.

Hace la compra él mismo.

—Va con bastón.

—Está muy impedido.

—Siempre saluda.

—Yo lo oigo cuando tira la basura.

A mediados de noviembre lo ingresan en el hospital y le amputan la pierna derecha. No hay otra forma de detener la gangrena. Pasa los días en la cama inmaculada y, unos días antes de Navidad, sufre el primer derrame cerebral. Se queda parálítico y no puede hablar. El día de Nochebuena van a verlo sus hijos por la tarde. Rodean la cama donde él descansa, Oskar los mira. La boca se le ha quedado rígida en medio de una sonrisa. Los hijos le acarician la mejilla y el pelo, le tocan los dedos. Luego salen de la habitación.

—Pobre papá.

—Ojalá no tenga que pasar así mucho tiempo.

—Lo mejor es que llegue pronto la muerte.

—Pues así pueden tirarse hasta diez años. Y él tiene el corazón fuerte.

—Si ya no queda casi nada de él...

—Es una visión horrenda.

—Tendremos que hacernos a la idea de que puede morir en cualquier momento.

—Nos llamamos.

—Yo vendré en cuanto pueda.

Y salen por la puerta del hospital. Nada de nieve en la calle, Nochebuena. Se extiende la oscuridad.

—Bueno, pues feliz Navidad. Saluda a la familia de mi parte.

—Lo mismo digo.

—Nos llamamos.

—Sí. ¿Tú en qué dirección vas? Te puedo llevar si quieres.

—No hace falta.

—Tengo el coche aquí mismo.

La auxiliar de enfermería se ha sentado al lado de la cama y le da de comer.

Es Nochebuena.

Después, un día de abril, se produce el segundo derrame. La taza de papilla se le vuelca en el pecho, Oskar está muerto.

Después

Primavera de 1971.

Voy a la ciudad a hacer un recado. Llego por la mañana y me quedaré solo unas horas.

Antes de tomar el tren de regreso, me da tiempo de entrar en un bar que hay al lado de la estación y tomarme una cerveza.

Está lleno de gente. Lleno de humo y del aroma agrio de la cerveza.

Los dardos van girando a través del humo y dan en la diana. Bullicio, vasos, mucha gente.

Oskar ha muerto.

Ahora queda el futuro.

Tal y como él decía.

Notas

[1] En español en el original. (*N. de la T.*)

[2] En español en el original. (*N. de la T.*)

El hombre de la dinamita
Henning Mankell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Bergsprängaren*

Ilustración de la portada: W. Eugene Smith / The LIFE Picture Collection / Getty Images

© Henning Mankell, 1973. Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency Aps, Copenhagen

© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-9066-574-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

